

731

CUENTOS
ESCOGIDOS

PQ6257
C8

13401



1020027171



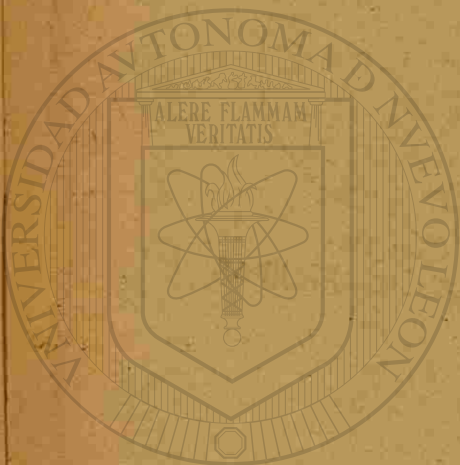
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CUENTOS ESCOGIDOS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. CC 14934
Núm. Autor 30976
Núm. Adg. -8-
Procedencia AS
Precio
Fecha
Clasificó
Catálogo

LA ESPAÑA MODERNA

REVISTA DE ESPAÑA

Año VI

Esta publicación verá la luz el día 1.º de cada mes-
escrita por los mejores publicistas españoles. El Sr. Me-
néndez y Pelayo se ha encargado de la Revista Crítica y
el Sr. Echegaray de las Cuestiones Científicas.

REVISTA INTERNACIONAL

Esta nueva publicación verá la luz el 15 de cada mes,
a partir del año 1894.

El objeto que nos proponemos al publicarla es el dar á
conocer en correctas traducciones castellanas las obras
más notables que produzca el ingenio humano de ambos
mundos.

Las novelas de mayor interés que vayan apareciendo,
los estudios de crítica, de filosofía, de jurisprudencia, de
bellas artes, historia, ciencia, etc., verán la luz en esta
publicación.

CONDICIONES DE SUSCRICIÓN

*Lo mismo para LA ESPAÑA MODERNA que para la
REVISTA INTERNACIONAL*

Cada número formará un grueso volumen que contenga
tanta cantidad de lectura como cuatro tomos de los
que en Francia suelen venderse á 3,50 francos.

Precios: En España, seis meses, diez y siete pesetas;
un año, treinta pesetas.

En las demás naciones europeas y americanas, y en
las posesiones españolas, un año, cuarenta francos, en-
viando el importe á esta Administración en letras sobre
Madrid, París ó Londres.

Todas las suscripciones deben partir de Enero ó Julio
de cada año. Se suscribe en la Cuesta de Santo Domingo,
16, principal, Madrid.

DIRECTOR: J. LÁZARO

COLECCIÓN DE LIBROS ESCOGIDOS

CUENTOS

ESCOGIDOS

POR

Moutón (Merinos), Catulo Mendés,
Banville, Richepin, Chchedrine, Merimée, Zola,
Sainte-Beuve, Coppée y Daudet.

MADRID
LA ESPAÑA MODERNA

Ota. de Sto. Domingo, 16.
Tel 280

098446

30976



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

AGUSTÍN AVRIAL, impresor. — San Bernardo, 82.
Teléfono 3.074

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

SEMBLANZA

DE

EUGENIO MOUTÓN (MERINOS) ⁽¹⁾

Tal vez fuera difícil definir qué es un humorista; á bien que no es absolutamente necesario hacerlo, puesto que todo el mundo comprende esta palabra en el mismo sentido, un poco indeterminado. La definición encerraría al humorista en un círculo de donde no podría salir, y el humorista no aguanta de ningún modo que le encierren; bastaría que se le quisieran fijar límites, para que saltase por encima de ellos.

(1) La publicamos al frente de este volumen para dar á conocer á uno de los más ilustres publicistas franceses, cuyo nombre y cuyas obras, muy notables todas, son en España y en América completamente desconocidos.
—(N. DEL E.)



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

AGUSTÍN AVRIAL, impresor. — San Bernardo, 82.
Teléfono 3.074

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

SEMBLANZA

DE

EUGENIO MOUTÓN (MERINOS) ⁽¹⁾

Tal vez fuera difícil definir qué es un humorista; á bien que no es absolutamente necesario hacerlo, puesto que todo el mundo comprende esta palabra en el mismo sentido, un poco indeterminado. La definición encerraría al humorista en un círculo de donde no podría salir, y el humorista no aguanta de ningún modo que le encierren; bastaría que se le quisieran fijar límites, para que saltase por encima de ellos.

(1) La publicamos al frente de este volumen para dar á conocer á uno de los más ilustres publicistas franceses, cuyo nombre y cuyas obras, muy notables todas, son en España y en América completamente desconocidos.
—(N. DEL E.)

Es bastante singular que hayamos ido á tomar prestada la palabra *humour* á la lengua inglesa. ¿Será el *humour* una cualidad del ingenio inglés y no podremos pretender nosotros poseerla? Esta suposición no soporta el examen. Es cosa admitida en todos tiempos, á lo menos en Francia, que los franceses son el pueblo más chispeante de la tierra; y es muy justo que conserven esta reputación, que les ha costado bastante cara por la legítima dentera que causa á los otros pueblos. No tenemos inconveniente en confesar que nos faltan ciertas cualidades ó que las poseemos en menor grado; pero en cuanto á chispa, en eso jamás nos avendremos á ceder á otros la delantera, y menos que á nadie á los ingleses, que nunca imperarán en Francia.

El *humour* nos pertenece, por ser una variedad del ingenio; no hemos pensado en darle un nombre especial, porque hubiera sido menester bautizar

también á todas las demás variedades de nuestro ingenio, lo cual hubiese sido harto largo; se le ha dado nombre en Inglaterra, porque allí es la única agudeza que se conoce. Si esta explicación no es la verdadera, por lo menos tiene el mérito de satisfacer á nuestro patriotismo.

Es innegable que también tenemos humoristas nosotros; y el primer nombre que acude á la memoria, al querer enumerarlos, es el de M. Eugenio Mouton.

Aunque ha dado ya á luz quince ó veinte tomos, M. Eugenio Mouton no es escritor de oficio; esto quiere decir que no es redactor con título de un diario ó de una revista, ni proveedor corriente de un editor; no tiene esa buena clientela habitual que asegura una salida continua é igual á la prosa de algunos productores, y su público se compone de individuos aislados, sin enlace entre sí, que han leído cual-

quiera cosa de él y aprovechan con gusto la ocasión de leer otra. Para gustar de su lectura se necesita cierta disposición de ánimo, que puede faltar á gentes muy honradas, pues las hay á quienes este linaje de obras horripila. Los lectores que quieran verse halagados en sus ideas, que se gocen en ver impreso lo que piensan ellos mismos, harán bien en no enfrascarse con esta lectura, donde se verían harto contrariados por la inverosimilitud de las situaciones y por lo inesperado de las reflexiones que sugieren al autor.

El Inválido de la cabeza de madera, por ejemplo, que es el primero por orden de fechas y uno de los más conocidos de esos extravagantes caprichos, tiene una fuerza cómica tan violenta que no se compagina con todos los gustos: como se rompa á reir desde las primeras páginas, ya no se suspende la risa hasta el final; pero de no reirse en seguida, se queda uno consternado.

El efecto es completo ó nulo: no hay término medio. Si se objeta que un hombre no puede vivir teniendo de madera la cabeza, es inútil tratar de explicaros esta historia: no la comprenderíais nunca. Sólo después de admitir la premisa, sin regatear, es cuando podréis sacarle gusto á dejaros pasear á través de todas las consecuencias de aquella caprichosa idea.

En efecto; uno de los principales rasgos característicos de la mayoría de los cuentos, novelitas y fantasías de M. Eugenio Mouton, es la lógica, el poder deductivo que emplea en sacar las consecuencias de su primera premisa, hasta el extremo límite de lo imaginable. Os pide, como Euclides, que le concedáis un postulado, por medio del cual en seguida se encarga de llevaros al fin del mundo. En *El Buey*, en *El Sapo blanco*, en *El Sable y los quevedos*, en la mayor parte de sus cuentos alegres, el autor consigue el

efecto de sorpresa y de jocosidad por lo intenso de una reflexión prolongada; para recreo del lector, se toma el trabajo de sacar de una situación todo lo que ésta puede dar de sí; en vano trataría de espigarse alguna cosa nueva después de él.

A todo el mundo le acontece ocurrírsele una idea rara; pero una idea rara pronto queda dicha, y no es de un gran uso. Las personas que conocen á algún autor le dicen á veces: «Tome V., he aquí un asunto de comedia ó de novela, se lo regalo.» Esto no es muy grande regalo, pues falta escribir la comedia ó la novela. Y lo que constituye el arte es, precisamente, saber sacar de una idea todo lo que contiene.

En su calidad de humorista, conócese, sobre todo, á M. Eugenio Mouton, como autor festivo, lo cual no es flojo mérito en unos tiempos en que la mayoría de los escritores ven la vida negra ó fea, y no sabrían contar una his-

toria sin descubrir en ella todas las razones posibles para desconsolarse. Sin embargo, cuando se examina el conjunto de sus obras, encuéntranse en ellas tantos asuntos dramáticos como regocijados, y en unos y otros pone la misma intensidad de trabajo, y manifiesta la misma aptitud para elevar el efecto hasta su última potencia.

La Fablia del almirante, que se ha hecho clásica, es por completo de esta cuerda. Este breve relato, que en pocas páginas proporciona la sensación de la tempestad, puede colocarse, por lo sobrio de los detalles, el arte conciso de la descripción y lo fiel de las impresiones, al lado del famoso episodio de Mérimée, *La Toma del reducto*. Algunas otras novelitas, como *El Barbo maldito* y *El Gallo del campanario*, menos conocidas que *La Fablia del almirante*, muestran también el lado trágico del talento del autor, y no es la menor singularidad de sus obras este igual tesón

en el efecto penetrante que en el efecto burlesco. Esta exuberancia de medios, esta continua intensidad en la expresión, llegan hasta el exceso, y á veces van más allá del fin propuesto.

Pero, sobre todo, en los cuentos filosóficos es donde aparece claramente la fuerza humorística de M. Eugenio Mouton. *El Historiósopo*, por ejemplo, es una mezcla de la más exagerada fantasía y de los datos más puramente científicos. Sin hablar de los detalles de ejecución, la idea tiene profunda originalidad. Sabido es que la luz, por rápida que sea su velocidad de transmisión, emplea, sin embargo, cierto tiempo en recorrer el espacio; de suerte, que estrellas que vemos actualmente en el cielo, hace ya largo tiempo que no están en el punto donde las vemos, y hasta pueden haber dejado de existir hace millares de años en el momento en que llega á nuestros ojos su vibración lumínica. No tiene nada de

excesivo el imaginar un ser cuya vista natural, ó con ayuda de instrumentos ópticos, fuese lo suficiente delicada para ver los sucesos que ocurren en la tierra á una distancia tal, que tardase miles de años en llegar á él la imagen de esos sucesos, como acontece con la imagen que percibimos de las estrellas que ya no existen. Dicho ser vería, pues, hoy hechos que se realizaron muchos siglos ha; para él sería de actualidad lo que para nosotros ha llegado á ser historia antigua que se pierde en la noche de los tiempos. Tampoco va contra las leyes del entendimiento el imaginar que el referido ser esté dotado de una facultad de locomoción cuya velocidad supere á la de la luz. En ese caso, pudiera partir de nuestro planeta después de haber visto en él un acontecimiento, alcanzar y adelantarse á la vibración luminosa que lleva en sus alas la imagen de ese acontecimiento, é ir á situarse en el punto re-

querido para recibir por segunda vez en los ojos la impresión visual de un hecho ya visto. Colocándose en tal ó cual punto del espacio, vería así á su antojo la historia de tal ó cual época, y no habría para él ni pasado ni presente, puesto que siempre podría disfrutar de la visión actual de un hecho, cualquiera que fuere su fecha.

Evidentemente, este concepto no es susceptible de ninguna aplicación práctica; pero ofrece una amalgama de ciencia y de fantasmagoría, no exenta de agrado para los ingenios curiosos que tienen vagar para ello, y puede emplearse el tiempo de un modo peor que en estas lubraciones de alto vuelo.

En el género fúnebre, está *El Esqueleto homogéneo*, que es sugestivo hasta más no poder. Un artista, ávido de la verdad anatómica, quiere adquirir un esqueleto homogéneo; es decir, un esqueleto cuyos huesos hayan pertenecido todos ellos al mismo individuo, lo cual

parece ser en extremo raro, pues los traficantes en esqueletos acostumbran á armarlos con huesos tomados de acá y allá. Se le ha prometido el esqueleto de un moribundo que está en el hospital, y el artista va todos los días á ver al infeliz de quien espera poseer el esqueleto, con una impaciencia mezclada de remordimientos. Sólo la idea tiene ya algo de siniestra y burlesca á la vez; por los detalles del relato y las reflexiones á que se presta, hace de ella el autor una cosa que aturde en absoluto.

La fortuna de los libros, como la de los hombres, á menudo es caprichosa y difícil de explicar. Hay obras de M. Eugenio Mouton que desde el principio han conseguido notoriedad; otras, que no valen menos, apenas han traspuesto el círculo de algunos aficionados. Así, la *Zoología moral* es poco conocida; sin embargo, contiene algunas maravillas de arte literario. Es un tratado acerca de las relaciones del hom-

bre con los animales. Allí se encuentra hasta la historia natural de los animales que no existen, ó que por lo menos sólo tienen una existencia simbólica ó artificial. Baste citar algunos: Pegaso, Rocinante, la pava trufada, la bestia negra, el mono filosofal. Este último es notablemente curioso; sabido es que algunos muchachos saboyanos llevan un mono á quien hacen bailar, para ganar algunos cuartos; la teoría del autor es que todos nosotros, funcionarios, sabios, artistas, representantes del pueblo, tenemos cada cual nuestro mono, que explotamos para vivir. No se incomoda por eso; se sonríe con dulzura, y no quisiera hacer más daño á los monos de los demás que al suyo propio. Porque M. Eugenio Mouton es muy bueno: se adivina con leer sus libros. Hasta es fácil al enternecimiento, y se apiada de la suerte de las víctimas acaso más que ellas mismas.

Quiere á los animales, lo cual no es colocar mal el cariño, como pretenden los malos: es dar buen empleo á los afectos sobrantes, y más vale dárselos á los brutos que dejarlos perder.

Así, M. Eugenio Mouton no puede ver un perro de ciego sin que se conmueva hasta las entrañas; y refluye en el ciego un poco de su simpatía, aun cuando sea un ciego fingido. ¿Conocen Vds. la anéctota del perro de aguas? Pasaba todos los días M. Eugenio Mouton por delante de una puerta cochera, bajo la cual estaba arrodillado un hombre junto á un perro de aguas que sostenía una hucha; y, naturalmente, echaba limosna al perro. Un día advierte que el hombre no es ciego, y le hace esta observación. El hombre contesta que nunca se ha hecho pasar por ciego: está de rodillas bajo una puerta cochera y posee un perro de aguas que sostiene una hucha; pero todo el mundo tiene derecho á hacer

2

otro tanto, y concluye su explicación con este argumento irrefutable: «Es verdad que no soy ciego: pero ¿preferiría Vd. que lo fuese?» M. Eugenio queda inmediatamente convencido por esta razón, que no tiene vuelta de hoja; no menosprecia por eso al hombre, y estima tanto más al perro de aguas.

El perro de aguas tenía ya su puesto en las clasificaciones de la zoología física; pero como perro de ciego figura, con justo derecho, en la zoología moral, en medio de los animales fantásticos, de los cuales M. Eugenio Mouton ha sido el primero en estudiar las costumbres y en reconstituir los elementos paleontológicos, con tanta pasión y tan buena fe, que llega á quererlos como si fuesen animales vivientes.

Hasta es de un fondo tan candoroso, que con harta facilidad le inclina á creer que el lector le seguirá por todas partes en su entusiasmo y en sus indignaciones. Bajo el exterior del hom-

bre se encuentra á veces el corazón de un niño. Y por un contraste natural, este escritor, á menudo fluido y á veces alambicado, no tiene más que una pasión en materia de arte, de sentimientos ó de ideas: toda la estética de la literatura es la sencillez.

No es necesario conocer personalmente á un autor para apreciar sus obras, y hasta pudiera decirse que es inútil por completo, puesto que la posteridad sólo conocerá de él sus escritos; y es un antojo harto vano el de esas entrevistas en que los noticieros de periódico van á informarse á la menuda acerca de la fisonomía, costumbres domésticas y manías de los hombres de viso. Sin embargo, compréndese que los lectores de M. Eugenio Mouton tengan deseos de saber cómo es; se propende á imaginarse que no debe de ser como todo el mundo y que vamos á encontrarnos en presencia de un hombre original.

Esta esperanza no resulta fallida. Es imposible ser más propio de sí mismo, sin preocuparse de lo que puedan pensar los demás acerca de uno. A primera vista, dan tentaciones de exclamar que es feo, pero no persiste esta impresión y hasta se llega á encontrarle cierto género de belleza; aun cuando pasa con mucho de los sesenta años, disfruta con orgullo de una abundante cabellera casi negra; más flaco de lo razonable, produce, sin embargo, una impresión de fuerza poco común; y su elegancia tiene algo de refinada, que atestigua cierto rebuscamiento, pero independiente del gusto del día. Todo esto no produciría más que un efecto atemperado, sin el aire de ferocidad que da á su fisonomía un carácter enteramente especial. Este hombre excelente, tierno para las personas y los animales, propenso á emocionarse con facilidad, de exquisita cortesía en las relaciones sociales, tiene hasta el más

alto grado lo que se llama «cara de perro». Nada más que de verle se queda uno helado; y fácilmente se imagina los malos cuartos de hora que cuando era magistrado debió de hacer pasar á los presuntos reos.

Porque, en el fondo y ante todo, M. Eugenio Mouton es magistrado. Lo es todavía, aun cuando dimitió en 1868 el cargo de procurador imperial; lo era ya, antes de que le nombrasen sustituto del procurador de la república en 1848. Vino al mundo para asustar á los malos, de tal suerte, que le cuesta trabajo tranquilizar á los buenos; lo severo del ojo garzo y frío que se ve á través de su monóculo, lo duro de su palabra, lo rígido de su apostura, le dan un aspecto tan aterrador, que se experimenta la necesidad de hacer examen de conciencia antes de entablar con él una conversación que parece como que ha de convertirse en un interrogatorio. Mucho ha debido de sufrir en el ejer-

cicio de las funciones de promotor fiscal; pues, por algunos relatos donde ha fijado recuerdos del foro, se sabe que tenía el corazón lleno de lástima por los criminales á quienes tenía que acusar, colmándolos de espanto. Orador como no hay en los estrados de provincias, más de una vez, no sólo ha sacudido la somnolencia del foro, del tribunal ó del Jurado en las diversas jurisdicciones por donde pasó, sino que produjo asombro entre los abogados de París, que no esperaban encontrar en parajes lejanos aquella elocuencia enérgica y metafórica. Tomó por lo serio sus deberes de magistrado con una conciencia, casi debiera decirse con una candidez, que hoy podría sorprender. Todo el mundo se ocupó de él, con motivo de un proceso que en sus tiempos tuvo enorme resonancia: el proceso Plassiart. Tratábase de un alcalde de cabeza de partido, que ocupaba en la pequeña ciudad una situa-

ción preponderante; uno de esos tiranuelos de provincia como aún los hay, que acaban por tener en un puño á toda una población. Había cometido fechorías que le hicieron caer en las garras de la justicia; pero era un personaje oficial, apoyado por las más altas influencias, y el gobierno tenía decidido empeño en sacarle de aquel mal paso. De nada le valió: estaba en poder de M. Eugenio Mouton, y no le dió suelta; ni siquiera temió denunciar el abuso que de la autoridad municipal hacía el alcalde, persiguiendo á las gallinas de la oposición que se permitían picotear en el mercado de la villa, mientras se dejaba en paz á las gallinas ministeriales. Hubo risa para tiempo en la comarca. El alcalde fué condenado, pero también M. Eugenio Mouton; es decir, fué enviado en castigo al otro extremo de Francia, hasta el día en que cayó en la cuenta de que, no necesitando del empleo para vivir, era

muy tonto eso de aburrirse allá lejos, en vez de volver á vivir tranquilamente en París.

Esos veinte años de magistratura no han sido inútiles para él, aun desde el punto de vista literario. Los ha consagrado á una obra de derecho, *Las leyes penales de Francia*, dos voluminosos tomos que casi nadie ha leído; sin embargo, es la única obra donde se encuentran enumerados y clasificados por orden lógico los dos mil cuatrocientos delitos y faltas diferentes en que cada uno de nosotros está expuesto á caer todos los días. Y hasta en una obra de este género ha encontrado medios el autor para seguir siendo el humorista que es.

Magistrado, cuentista y animalista no son más que las menores especialidades de M. Eugenio Mouton. Es también acuarelista y escultor. Y cuando se va á verle, puede decirse que no sabe escribir y no se incomodará por

eso; pero no hay que poner en duda sus acuarelas ó sus estatuillas. Varias han sido admitidas en la Exposición anual de Bellas Artes. Esto algo prueba.

Y, además, es marino.

No porque haya navegado personalmente mucho: todas sus travesías parecen reducirse á un viaje que hizo á Guadalupe, su patria materna, cuando tenía unos cuantos meses de edad, y á una vuelta por Suecia, para donde el gobierno le había dado una comisión. Pero tiene otros títulos como navegante. En primer término, al verle pasar, se le tomaría fácilmente por un almirante inglés; después, y sobre todo, ha escrito los *Viajes y aventuras del capitán Marius Congourdán*, que son lo más marino del mundo.

Sería superfluo analizar aquí una obra que es la más leída de las del mismo autor; además, sería imposible, porque todo estriba en el tono de ella.

Es una rara fortuna para un escritor

el haber creado un tipo que produce la ilusión de la verdad real. Ya no se sabe si ese corsario marsellés es un producto de la imaginación ó si ha existido. En el siglo próximo ya no cabrá duda acerca de esto. Mario Cougourdán no pertenecerá á la novela, sino á la historia. Además, como dice M. Eugenio Mouton en su prefacio del *Cougourdán*, «el héroe muerto y el que jamás ha vivido están alojados en la misma posada, y la distinción entre los personajes reales y los personajes míticos es una simple sutileza escolástica. ¿No pasa la historia de Mario Cougourdán en esa región intermedia entre el ensueño y la realidad, única donde nosotros los espiritualistas podemos respirar con plena certidumbre?» El común de las gentes se perpetúan por medio de los hijos á quienes dan el ser; esto es un medio precario de transmitirse hasta las edades venideras. Cuando se ha creado un personaje adulto,

entero y verdadero, se está mucho más seguro de vivir en la historia.

Sin embargo, á M. Eugenio Mouton le dió un día el capricho de hacerse inmortal en seguida, entrando en la Academia. Presentaba en apoyo de su candidatura otras muchas obras aparte de las citadas, sobre todo, un tratado *De la fisonomía comparada*, al que se le acusa de ser demasiado científico para ser recreativo, y demasiado recreativo para ser científico; un estudio acerca del *Deber de castigar*; una novela filosófica titulada *Quimera*; además, *El Proceso de Scapin*, curioso trabajo acerca del modo cómo se apreciarían en nuestros días las tretas que parecen inocentes en el teatro de Molière; y *Fusil cargado*, que ha sido la primera campanada contra los abusos de la vida militar. En resumen, todo esto constituía un bagaje literario que no tenía trabajo para sostener la comparación.

A pesar de eso, M. Eugenio Mouton no ha obtenido más que tres ó cuatro votos, lo cual ya es algo. A otros les hubiera afligido este fracaso; pero él ha tomado galantemente su partido. Y por encima de todo, ¿de qué iba á quejarse? Ha ido á hacer la tradicional visita á los académicos, quienes naturalmente le han recibido con el agrado habitual, charlando acerca de las obras de él y de ellos. Se le han explicado las dificultades de la elección, se ha mezclado en las intriguillas que se agitan en torno de cada candidatura, ha visto y oído cosas divertidas. Y luego no le han nombrado; pero aún habla con gusto de su candidatura. ¿No es esto una amable y graciosa manera de desflorar los goces de este mundo, sin exponerse á la saciedad? Lo más chusco es que persiste en creer, á despecho de todo, que la elección para la Academia es el honor más grande á que puede aspirar un escritor.

En efecto, hay algo de académico en las obras de M. Eugenio Mouton, y es la manera como están escritas. Hay tal vez una cáfila de lectores que no ponen gran atención en este mérito: leen un libro para saber qué tiene dentro, y lo leen tan de prisa; que no tienen tiempo de reparar en la forma. Mas para el lector de sentido reposado, que sigue despacio el desarrollo de la frase, es un gozo el encontrar de Pascuas á Ramos la belleza y la bondad del patrio idioma, brillantes galas de la idea.

El lenguaje de M. Eugenio Mouton es puro, claro y vivo; lo cual es un mérito que subirá de precio á medida que el lector comience á orientarse en medio del hacinamiento de libros bajo los cuales sucumbe en la actualidad. Preciso es admitir que no se lee por saber solamente qué contiene un tomo, pues de otro modo bastaría con leer el índice de materias ó un análisis bien

A pesar de eso, M. Eugenio Mouton no ha obtenido más que tres ó cuatro votos, lo cual ya es algo. A otros les hubiera afligido este fracaso; pero él ha tomado galantemente su partido. Y por encima de todo, ¿de qué iba á quejarse? Ha ido á hacer la tradicional visita á los académicos, quienes naturalmente le han recibido con el agrado habitual, charlando acerca de las obras de él y de ellos. Se le han explicado las dificultades de la elección, se ha mezclado en las intriguillas que se agitan en torno de cada candidatura, ha visto y oído cosas divertidas. Y luego no le han nombrado; pero aún habla con gusto de su candidatura. ¿No es esto una amable y graciosa manera de desflorar los goces de este mundo, sin exponerse á la saciedad? Lo más chusco es que persiste en creer, á despecho de todo, que la elección para la Academia es el honor más grande á que puede aspirar un escritor.

En efecto, hay algo de académico en las obras de M. Eugenio Mouton, y es la manera como están escritas. Hay tal vez una cáfila de lectores que no ponen gran atención en este mérito: leen un libro para saber qué tiene dentro, y lo leen tan de prisa; que no tienen tiempo de reparar en la forma. Mas para el lector de sentido reposado, que sigue despacio el desarrollo de la frase, es un gozo el encontrar de Pascuas á Ramos la belleza y la bondad del patrio idioma, brillantes galas de la idea.

El lenguaje de M. Eugenio Mouton es puro, claro y vivo; lo cual es un mérito que subirá de precio á medida que el lector comience á orientarse en medio del hacinamiento de libros bajo los cuales sucumbe en la actualidad. Preciso es admitir que no se lee por saber solamente qué contiene un tomo, pues de otro modo bastaría con leer el índice de materias ó un análisis bien

hecho. También se lee por el gusto de leer, por la satisfacción de ver desarrollarse el pensamiento, en orden metódico, con cierta cadencia, á través de las sorpresas del camino, hacia la expresión final que acaba y resuelve el sentido. Esto parece poca cosa; en realidad, no dura ningún libro si no está sostenido por el estilo. Pueden interesar por un instante una acción fuertemente trabada, las ideas originales; pero si el libro está mal escrito, no dura su buen éxito. Todo el mundo puede repetir las ideas; la gloria de ellas queda para quien las ha dado su forma definitiva. Y esta perfección de lenguaje explica á veces triunfos cuya razón de ser no se encontraría en ninguna otra cosa.

Los mismos autores no siempre saben por qué tal ó cual de sus trabajos ha conquistado á la primera el aplauso del público. Hasta les sucede que les molesta esa parcialidad del público por

una obra que no es la que ellos prefieren, ni siquiera la mejor. ¡No se le ha dado mala jaqueca á M. Sully-Prudhomme con su *Vaso roto*! En cuanto cualquiera se topaba con él, parece que les entraba comezón de hablarle del *Vaso roto*, el cual no cabe duda de que tiene sus encantos, pero que ha acabado por ser harto conocido. El no tiene la culpa; pero es lo cierto que cuando se ha oído á menudo la misma composición, por buena que sea, llega á causar horror. Hasta el ingenio de Voltaire logra fatigar á fuerza de haberle releído. Y además, M. Sully-Prudhomme puede decir con razón que si ha escrito el *Vaso roto*, también ha escrito otras cosas.

También M. Eugenio Mouton ha hecho otras cosas que no son *El Inválido de la cabeza de madera* y *La Fábula del almirante*. Cuando se le habla de estos dos cuentos, por un poco los criticaría con amargura; y quéjase sobre todo de

que *Marius Congourdán*, impreso bajo todas las formas, aplaste al resto de sus obras.

Cuando se ha leído el conjunto de las de M. Eugenio Mouton y se trata de desentrañar el rasgo saliente común de sus escritos, no se tarda en advertir que lo que constituye su especial encanto es que no proceden de la observación. Se puede decir que en ellas no hay nada observado, sino que todo es imaginado. No se pone ante las personas ó las cosas para describirlas; pónese ante sí mismo, para describir lo que siente, ó piensa á la vista de las personas ó de las cosas.

En estos últimos años se ha abusado terriblemente de la observación. Los escritores se han impuesto la tarea de contemplar la naturaleza, las situaciones, los caracteres, y reproducirlos minuciosamente. Los primeros, naturalmente, han observado lo que antes se presentaba á sus miradas; los que

han venido después han querido encontrar algo nuevo, y han mirado los mismos objetos con lente de aumento para descubrir los detalles que se les habían escapado á los primeros observadores. Una vez alcanzado el límite de los instrumentos de agrandar imágenes, han buscado, para describirlos, objetos raros, situaciones excepcionales, personajes feos, y han caído en una literatura teratológica. Su constante preocupación era la exactitud, y no han advertido que la reproducción exacta de los detalles puede llevar á una reproducción falsísima del conjunto, si no se tienen en cuenta las diferencias de términos de plano. Esta manía de observación alentábala por otra parte el gusto del público, que pedía cosas vistas; hoy no se contenta ya ni aun con cosas vistas, sino que quiere libros con comprobantes; es preciso quasi el autor no ha podido ver por sí mismo las cosas, por lo menos las na-

re según el relato de testigos oculares ó bajo la fe de documentos auténticos.

Esta manera de comprender la novela proviene de una confusión en los géneros: en efecto, la observación es un excelente método en los trabajos científicos, pero no en las obras literarias. No de observación vive la literatura, sino de imaginación. Sólo que es más fácil observar que imaginar, y los autores sin imaginación han conseguido hacer creer al público que la observación hacía las veces de todo. Pues bien; es evidente que en la novela es limitadísimo el campo de la observación. Aun cuando en la vida real se haya encontrado tal tipo de personaje, tal situación crítica, no se han visto sino superficialmente. ¿Cuándo es posible observar una escena de amor, la preparación de un crimen, el desarrollo de un drama? No se ven más que migajas, y se ven mal.

En realidad, el escritor más obser-

vador, hasta cuando produce en el público la ilusión de una observación exacta, no puede hacer más que observarse á si mismo; se coloca imaginariamente en la situación, en el estado de ánimo de sus personajes; describe lo que él experimentaría si estuviese en el lugar de ellos; y cuando parece que ha observado bien, resulta que ha imaginado bien lo que hubieran dicho, hecho ó pensado sus personajes en en una situación dada.

Pues bien; la imaginación es la facultad eminente de M. Eugenio Mouton. Con seguridad, *El Inválido de la cabeza de madera* no ha sido observado; tampoco lo ha sido *La Falía del almirante*, aun cuando produce la sensación de la realidad. Entre todas las aventuras del capitán Mario Cougourdán, no hay una sola que pueda haberse visto, y, sin embargo, tienen el aspecto de haber sucedido. Como marcellés, se ha complacido M. Eugenio

Mouton en escribir las aventuras de un marsellés; ha dado á su héroe la fisonomía más marsellesa, hasta hacerle hablar de parecido y desde el primer año de su vida, jamás ha vuelto el autor á Marsella. Consigue el parecido, no copiando del natural, sino de la imaginación.

Hay muchas maneras de tener imaginación. Esta facultad de representarse hechos que no han ocurrido y las consecuencias que hubieran podido tener, puede ser una cualidad de un orden inferior si no se representan más que cosas corrientes: eso es lo que les acontece á muchos literatos que, delante del papel blanco, son capaces de escribir durante horas y horas seguidas toda una sarta de hechos y conversaciones que conciben al correr de la pluma. Ese es también el procedimiento de los folletinistas que saben escribir interminables novelones sin hartarse ni hartar á su público con la

vulgaridad de las aventuras ó de los sentimientos. Escriben vulgarmente para el lector vulgar.

Para gustar á lectores más difíciles, salvo no obtener el favor de los otros, hay que tomarse más trabajo. La imaginación consiste entonces en inventar hechos, no sólo jamás acontecidos, sino de los cuales ni siquiera tenga idea el lector. Se necesita que sean nuevos para lectores que también tienen imaginación, que han pensado ya en muchas cosas, pero á quienes encanta siempre el confesar que no habían pensado en aquello. Y no sólo el hecho imaginado puede ser nuevo, sino que también la manera de verlo y apreciarlo, y en esto, sobre todo, es en lo que despunta M. Eugenio Mouton. Inventa historias en las cuales jamás hubiera soñado otro, y en presencia de estos sucesos extraordinarios, ó hasta de sucesos muy sencillos, tiene de pronto salidas inesperadas que arrebatan de

júbilo al lector sediento de la novedad. Ocúrrensele ideas que sólo á él se le ocurren. Y quizá sea esta la verdadera definición del humorista: el hombre que tiene un modo personal, suyo propio, de ver los hechos y de juzgarlos.

Si el género humorístico nos parece más bien inglés que francés, consiste en que, en efecto, los ingleses tienen más independencia de criterio en sus apreciaciones; manifiestan un personalismo que llega hasta el desenfado, una especie de brutalidad que no tiene en cuenta las preocupaciones ni las susceptibilidades ajenas. Al paso que el francés, más urbano en sus maneras por educación, suele á menudo no aventurar sus opiniones, sino con timidez y reserva, por temor de molestar las opiniones de quienes le rodean.

No puede decirse que haya brutalidad en el talento humorístico de M. Eugenio Mouton. Por el contrario, no hay en sus obras una línea que pueda cho-

car contra las convicciones de nadie ó atropellar las más delicadas conveniencias; pero tiene una personalidad independiente, una manera original de ver las cosas sin cuidarse de lo que se haya podido pensar acerca de ellas antes que él. Y por eso es humorista, lo cual ya es raro, y lo que tiene subido precio es un humorista francés.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

ALFONSO GARCÍA

Apdo. 1625 MONTAÑEY, MEXICO

EL GALLO DEL CAMPANARIO

POR

EUGENIO MOUTON (MERINOS)

La villa de Saint-Vrain-sur-Mesle está con justicia orgullosa de su iglesia. Este monumento es una maravilla del arte ojival. Fué construida por los premonstratenses, quienes tenían allí su casa matriz y durante muchos años consagraron á esa obra la mitad de sus cuantiosísimas rentas.

La orden hallábase á la sazón en el apogeo de su poderío y de su riqueza; y los frailes, para elevar hasta las nubes el arranque de su piedad y la gloria de San Agustín, patrono suyo, quisieron que el campanario de su iglesia superase á todos los de Borgoña.

30976

Este campanil, enteramente esculpido como un encaje, igual que todo el resto del monumento, elévase en un solo cuerpo hasta la altura de trescientos pies; y desde allí, sobre una plataforma rodeada por un balconcillo de hierro forjado, sube hasta á cien pies de elevación una aguja coronada por una cruz florida.

La aguja es octogonal, con una línea de piedras salientes á lo largo de cada arista.

Los arquitectos de este edificio no parecen haber caído en la cuenta de que hubiera que tocarlo nunca, y como si se hubiesen propuesto reservar su cima á las aves ó á los ángeles, no dispusieron ninguna subida hasta ella. A partir de la plataforma, no hay escalera, ni escala en lo interior; por fuera, la techumbre lisa y pulimentada, sin más relieve que las piedras salientes de las aristas y el rodete redondeado de las losas que forman la cubierta.

La torre de Saint-Vrain parece destinada, por años y quizá por siglos aún, á justificar la ciega fe que sus constructores tuvieron en su eternidad. Desde hace cuatro siglos que está en pie, ni lluvia ni sol, ni viento ni rayo, le han podido arrancar una piedra, un grano de cemento. Comiéntase á creer que es indestructible; y en la comarca se susurra al oído que más de una vez, luego de una tormenta, á la madrugada, antes de que se despierten los vecinos de Saint-Vrain, manos invisibles han ido á componerla.

Por otra parte, preciso es convenir en que en una región un poco supersticiosa (porque Saint-Vrain está en pleno Morvan), el aspecto y la traza de esa espadaña se prestan por singular manera á las leyendas de todo género á que da margen.

Su prodigiosa altura parece duplicarse por la pequeñez del caserío que á sus pies se acurruca: se ve que si

por desgracia se llegara á caer, aplastaría á la villa de un solo golpe. Positivamente, en el fondo, lo han temido así.

Es tan atrevida, tan esbelta, que apenas se concibe cómo puede sostenerse. Aseguran los campaneros que en los grandes ventarrones se balancea como un chopo, y que más de una vez les ha dado terror al sentirse mecidos así entre sus piedras.

Aunque rigurosamente conformes sus perfiles con los principios más puros y exquisitos del arte ojival, tienen arranques y atrevimientos que ponen carne de gallina y dan sudores fríos. Aparte de los campaneros, que nunca pasan de la parte de la torre donde están suspensas las campanas, nadie se ha determinado jamás á subir hasta la plataforma, salvo el inspector de los monumentos históricos, quien afirma haberlo hecho. Esta plataforma, saliente como un canastillo, es tanto más

pavorosa cuanto que tres de sus lados caen á plomo sobre el atrio de ingreso, empedrado con anchas losas blancas que relucen al sol. La balaustrada, que apenas llega á la altura de la rodilla está tan próxima al muro, que hay el espacio preciso para deslizarse nada más; y á medida que se cambia de sitio, andando de costado, para dar la vuelta al balcón, siéntese, sobre todo al pasar por los ángulos del chapitel, el roce de la pared cual si os empujase al vacío.

Quien tuviese bastante sangre fría para examinar las esculturas de aquella parte de la torre, no podría mirar sin turbarse los extravagantes adornos y las figuras verdaderamente demoníacas que se retuercen y fisgan sardónicas en todas las rinconadas y en todos los salientes. Refiere una rancia tradición, que un extranjero que hace más de cien años se empeñó en subir á la plataforma, bajó de ella loco

por haber mirado con fijeza cierta figura de diablo en cucullas y con la barba apoyada encima de los puños.

Sin embargo, como en último término la pobre humanidad siempre encuentra medio, valga lo que valga, para proporcionarse un poco de buen tiempo entre lo que teme y lo que sufre, los vecinos de Saint-Vrain vivían en paz con su campanario, no sin mirarlo á veces con el rabillo del ojo, con aire equivoco. Por lo demás, salvo la historia del extranjero que se volvió loco, no se recordaba, ningún vivo á quien hubiera causado ninguna desgracia. Aún durarían hoy las relaciones de buena vecindad entre la humilde parroquia y la formidable torre, si un accidente inesperado (eso sí, producido por un poder digno de adversario tan colosal) no hubiese venido á inferir menoscabo á la majestuosidad del monumento arrancándole la más alta de sus in-

signias. El rayo había herido al gallo del campanario: no quedabande él sino jirones.

Este suceso causó nueva turbación en todos los ánimos. Las gentes supersticiosas veían en ello un presagio funesto para la iglesia, para la villa, para las cosechas; los feligreses ilustrados afligíanse como por un accidente irreparable que iba á privar á la villa de la única veleta merecedora de confianza. Y en último extremo, siempre había habido un gallo en la torre de la iglesia, y de ahora en adelante nunca más lo habría. Estábase habituado á ese gallo; y se le amaba tanto más, cuanto que se le había perdido y no había esperanza ninguna de reemplazarlo, puesto que, según parecer unánime de todo el mundo, teníaase por cosa imposible llegar hasta la punta de la aguja para poner allí otro.

Como en todas las ocasiones en

que se prepara una gran calamidad, una siniestra sombra de sobrenatural había venido á proyectar su misterio en este acontecimiento: á fuerza de contemplar los restos del gallo fulminado que permanecían adheridos é inmóviles en lo alto de la cruz, acabóse por descubrir con espanto que, visto desde la puerta del presbiterio, este objeto informe destacaba el recorte de la estampa del demonio, pero tan parecido, que podía verse en ello algo más que un simple capricho de la casualidad.

Y es el caso, según todo el mundo lo sabía, que el bienaventurado Pan-cracio, prior de los Mostenses, hallándose un día en oración y pensando con exceso en la futura grandeza de su iglesia, que á la sazón estaba fabricándose, el diablo le había metido maliciosamente bajo la capucha un pensamiento de orgullo; y que el bienaventurado, mientras hacía á escape un acto de contrición, con mucho

tiento había sacado del cinturón el rosario, se lo había arrojado al cuello al demonio, y, después de obligar á ese pícaro á dar tres ó cuatro vueltas por la celda rociándole con agua bendita, le había condenado á mantener en buen estado la iglesia, desde los cementos al ápice de la cruz, *usque ad consummationem seculorum*.

Pero no había mentado el gallo. La leyenda no decía ni una palabra del gallo. Veíase claro que el demonio se vengaba hoy en el pobre animalejo.

El deán de Saint-Vrain, que era un sacerdote muy ilustrado, no tardó en tener conocimiento de esas necias historias. Tomó pretexto de ellas para amonestar severamente en una plática fraterna á los supersticiosos temerarios, que no reparaban en barajar el nombre de Satanás con la historia del más venerando de los fundadores de la iglesia; y terminó prohibiendo á su grey que hablase más del asunto, ad-

virtiéndoles por añadidura que iba á colocarse de nuevo el gallo.

Tan pronto como se difundió por la villa esta noticia, produjo en ella un inmenso alivio. A la vaga ansiedad que oprimía todos los corazones, sucedió ese inexplicable jolgorio de un pueblacho que á la postre va á tener su acontecimiento. Porque sería un acontecimiento: el campanario iba á recobrar toda su gloria, se haría la mamola al diablo; además (dicho sea entre nosotros, esto era el fondo de todo aquel regocijo), se iba á presenciar uno de esos dramas vertiginosos en que el espectador, desde el seno de la más perfecta seguridad, ve á uno de sus semejantes en lucha á brazo partido con la muerte y con el destino.

Nada parece más sencillo y á sus anchas que un gallo de hoja de lata girando á todos los vientos en la punta de un campanario; pero lo difícil no es verlo allá, sino colocarlo. Cuando la

junta de fábrica se puso á deliberar acerca del modo cómo podrían arreglárselas para dar al gallo reemplazo, entonces entraron los grandes apuros. En vano se registró en el archivo de la iglesia, para saber qué dimensiones habrían de dársele; fué preciso entablar correspondencia con muchos curas de capitales de provincias. Transcurrió un mes en tales preliminares, cuya conclusión fué que el cuerpo del gallo, sin incluir la cabeza y la cola, debía ser de las proporciones de un carnero; que se construiría de cinc galbanizado, de dos milímetros de espesor y unos diez kilogramos de peso; y que en París, con unas señas que les indicaron, se encontraría quien lo construyese.

Quince días después, empaquetado con sumo esmero, desembarcaba el gallo en la casa rectoral; donde, en seguida que lo sacaron de su caja, fué expuesto á la curiosidad y admiración de los fieles.

En los pocos días que duraron sus recepciones, ese avechucho no se mostró de lo más agradable para con los visitantes: su cresta, recortada en agudos dientes, desgarró con crueldad los labios á un nene que desde los brazos de su madre habíase inclinado para besar la cabeza del pajarraco; su pico rasgó la piel de la frente de una niñita á quien unos chicuelos habían empujado á fuerza de apiñarse á empellones en torno del gallo, para verlo más de cerca; la punta de su cola se enganchó en la sotana del cura y le hizo un siete fenomenal.

¡Cosa que pasma! Hasta los mismos animales parecían sentir, al verlo, una repulsión con mezcla de terror: el perro del señor cura no pasaba por su lado sino gruñendo, bajando torcida la cabeza, y cuando estaba un poco lejos, volviéndose para ladrar; á veces iba el gato á sentarse delante de él, mirábale con extrañeza con sus verdes ojos, se

levantaba después, enarcaba el lomo erizado y se largaba de allí, trazando en el aire con el rabo á lo zorro fantásticas circunvoluciones. Aquella influencia nefasta había concluido por perturbarle el ánimo al mismo cura párroco, hasta el punto de que un día, con motivo de hablarse acerca de colocar en su sitio el gallo, ese digno sacerdote no pudo impedirse de decir á su primer vicario:

—Escuche V., mi querido colega, no puedo menos de confesarle que tengo muchísimas ganas de que me quiten de enmedio este feo bicharraco.

Y, ya fuese remordimiento por ese relámpago de superstición, ya funesto presentimiento, miró un instante al espacio, inclinó la cabeza é hizo la señal de la cruz.

Ahora que ya conocen Vds. el lugar de la escena y el prólogo de la tragedia, voy á mostrarles la víctima.

El hombre que entra en este momen-

to en la sala de la casa rectoral, es él: ese es quien va á morir.

¿Qué importa saber quién es, de dónde viene, cómo se llama? Si se quiere, es el primero que llega, el artesano que por casualidad se encontró allí en el momento de necesitarse un obrero de su profesión. En fin, repito, es un hombre. ¿No saben Vds. bastante con eso?

Ahi está, tan confiado en su propia vida como puede estarlo V. mismo en la suya propia en el momento en que le hablo. Gorra en mano, escucha con deferencia las palabras del sacerdote, meneando suavemente la cabeza á medida que le explican lo que se ha de hacer, computando con aire reflexivo é inteligente las dificultades y los gastos de su trabajo. Se pasa la mano por la frente; luego, acariciándose la barba, fija el precio de su salario: tanto por la percha, tanto por las cuerdas, tanto por los ganchos y anillos, tanto por el trabajo...

¿Y por la vida?...

El riesgo no se paga; eso es asunto del plomero.

Trato hecho. Saluda sonriéndose y se retira. Va á pasar la puerta.

El buen párroco, presa de una repentina ansiedad horrible, le grita que se detenga, le pregunta con tierna voz si está bien seguro de sus fuerzas y de su valor, si no teme que le acometa el vértigo, si ha previsto y calculado bien todos los riesgos de esta empresa.

El hombre le mira con aire sorprendido, se arremanga para enseñarle los brazos, golpea con la mano los enormes muslos, ensancha el pecho, y, levantando la cabeza, yérguese como un Titán pronto á escalar el cielo.

Llega el momento. El sol ha salido hace dos horas. Refrescado por un buen sueño, restaurado por una sólida refacción, el bravo plomero sube los peldaños del campanario, seguido de dos ayudantes que conducen hasta la plata-

forma el gallo, la pertiga y el cordaje.

El pueblo en masa de Saint-Vrain, reforzado por la concurrencia de gente de todas las parroquias comarcanas, se agita en compacta muchedumbre al pie de la torre. Gendarmes de centinela van y vienen, con paso cadencioso alrededor del atrio, para mantener vacío un espacio, en el caso de que « alguna cosa » llegara á caerse desde lo alto de la aguja. La puerta principal de la nave mayor, que se abre junto á la torre, está condenada. En la iglesia, algunas viejas de corazón intranquilo y compasivo hacen encender cirios y rezan por el hombre desconocido que allá arriba va á exponer su existencia. El cura, volviendo con mano temblorosa las hojas del breviario, se agita en la sacristía, sin atreverse ni á salir para ver, ni á hablar con nadie para conseguir noticias.

De pronto, una especie de rugido

sordo y prolongado álzase del seno de la multitud congregada en las calles y plazas: el hombre aparece en la plataforma. Medio atravesado en el hueco de la puertecilla, tira de algo, al parecer; y, en efecto, desarrolla cordeles que pone en líos encima de los bordes del balconcillo. En seguida se le ve enderezar á lo largo de la base de la aguja una pertiga más alta que él; por último, aparece el gallo envuelto en alguna cosa, y lo pone entre el balconcillo y la pared.

Está al pie del chapitel. Un reborde horizontal de media vara de anchura le permite sostenerse allí y andar. Da la vuelta en torno de la aguja y la rodea con un círculo de cordel grueso, cerrado por un nudo corredizo. Por esta cuerda pasan otras dos, que cuelgan y van á atarse la una al gallo y la otra á la percha.

Y al fin parte. De cara á la cubierta, pasa por detrás de los riñones la ma-

roma circular, cuyo nudo corredizo aprieta hasta que le adhiere lo suficiente á la techumbre de la aguja; y entonces, haciendo hincapié con las rodillas y las manos, se alza de costado elevándose un poco á cada movimiento, trazando así la primera vuelta de una espiral que le conduce á la primera piedra saliente de una arista. Una vez allí, fija en ella un gancho sujeto al pecho por medio de una correa de cuero grueso; y, libres ya las dos manos, aprieta más el nudo corredizo de la maroma y vuelve á dar vuelta subiéndolo hasta la segunda piedra saliente.

Durante una hora más larga que un siglo, los despavoridos espectadores le vieron cuarenta veces aparecer y desaparecer vuelta á vuelta, cada vez más arriba, cada vez más deprisa, siendo más fácil el ascenso conforme disminuía el diámetro de la aguja.

Llegó así á estar con la cabeza á nivel del pequeño rellano circular que

sostiene la cruz. Viósele entonces cruzar las piernas alrededor de la punta del chapitel, cuyo estrecho diámetro le permitía este movimiento; y apretando más el cinturón de maroma que le adhería á la cubierta de la aguja, se limpió la frente con la manga y después permaneció inmóvil, con la cabeza inclinada adelante como para resollar un poco. En seguida sacó del bolsillo un frasquete de aguardiente y bebió dos ó tres sorbos.

De entonces acá se ha repetido tantas veces que aquel aguardiente fué la causa de la desgracia. ¿Cómo saber si bebió con exceso, ó no bebió lo suficiente? ¿Quién sabe hasta qué grado de desfallecimiento habían decaído sus fuerzas? ¿Y si tuvo miedo?

Cuando se recapacita en el vigor y la habilidad que le había sido preciso desplegar para subir hasta el punto donde estaba, ¿cómo suponer que un hombre capaz de ese ánimo sobrehu-

mano no hubiese contado las gotas del saludable pero temible licor, con tanta precisión y tanta prudencia como un médico experimentado?

Desde el sitio donde estaba podía tocar sin esfuerzo el pie de la cruz; al cabo de algunos minutos de descanso se le vió mover varias veces los brazos en derredor de las cuatro barras de hierro que la fijan. Había pasado por allí dos ó tres vueltas de cordel, suspendiendo de este apoyo el gancho sujeto al pecho, había cogido dos de los barrotes de hierro, soltado las piernas, y, contrayendo los brazos, habíase izado á pulso hasta ponerse de rodillas en el rellano de la cruz. Entonces, midiendo con la vista la altura de ésta, advirtió satisfecho que apenas pasaba de unos diez pies; y como la pértiga suya era de doce, vió que no tendría necesidad de engancharla más que una vez, lo cual abreviaba y simplificaba la última parte de la ascensión. Se

puso de pie, pasó una vuelta de cordel por el tallo de la cruz, donde fijó el gancho del pecho, agarró una de las dos cuerdecitas que colgaban atadas á la maroma y tiró hacia sí de la percha, que hasta entonces había permanecido en la plataforma de donde arranca el chapitel.

Esta pértiga, armada en su extremo superior con un garfio de tres uñas, tenía de trecho en trecho rodetes muy salientes de cuero y alambre de hierro trenzados. El hombre enganchó el garfio de la percha en la flor del ápice de la cruz; y en pocos minutos, merced al gancho del pecho y á los estribos de pizarrero que llevaba puestos en las rodillas, trepó á lo alto de la pértiga como si fuese á lo largo de una maroma de nudos, pero con la ventaja de que la percha, rígida y sostenida por la anchura del triple garfio, no se balanceaba.

Pudo deslizarse con facilidad ponién-

dose un poco de lado, por entre los radios de la flor, la cual, una vez que pasó lo alto del cuerpo, sirvióle de apoyo para enderezarse con los brazos; y, por fin, se encontró sentado encima de la flor, con el pecho contra el eje del gallo, varilla que apenas se elevaba dos pies sobre su cabeza.

Se ató con solidez á este vástago: y con ayuda de la segunda cuerdecita, cuyo cabo tenía, izó hasta sí el gallo, que había dejado en la plataforma al pie de la aguja.

Al llegar á este punto de mi relato, no puedo menos de considerar cuán caprichosa es la muerte en sus ejecuciones. Puesto que ese desventurado había de morir, ¿no era más cómodo hacerle caer sencillamente una teja en la cabeza? Pero no; la dama pálida tiene sus antojos, y al paso que coge á unos para adormecerlos en su regazo con dulzuras maternas, condena á otros á no arrancar de ella su reden-

ción, sino á costa de mil afanes y de mil fatigas. Estaba escrito que este desventurado había de desquitarse en un solo día de todos los sufrimientos de que le preservara hasta entonces lo humilde de su existencia, y que le sería preciso agotar toda su fuerza y todo su valor para elevarse á la cima de aquella especie de mástil de cucaña, donde estaba destinado á ir á descolgar el premio de su propia muerte.

Ignoro si á músico alguno se le ha ocurrido nunca la idea de escribir las notas del coro de aullidos de una muchedumbre humana transportada por el delirio del entusiasmo. Cuando por fin vieron erguirse aquella figura en lo alto del aire, más audaz aún que el atrevido edificio dominado por ella, frenéticas aclamaciones ascendieron con terrible armonía hasta el infeliz que las promovió.

Eso fué su pérdida.

Hasta aquel instante fatal, en ese

dose un poco de lado, por entre los radios de la flor, la cual, una vez que pasó lo alto del cuerpo, sirvióle de apoyo para enderezarse con los brazos; y, por fin, se encontró sentado encima de la flor, con el pecho contra el eje del gallo, varilla que apenas se elevaba dos pies sobre su cabeza.

Se ató con solidez á este vástago: y con ayuda de la segunda cuerdecita, cuyo cabo tenía, izó hasta sí el gallo, que había dejado en la plataforma al pie de la aguja.

Al llegar á este punto de mi relato, no puedo menos de considerar cuán caprichosa es la muerte en sus ejecuciones. Puesto que ese desventurado había de morir, ¿no era más cómodo hacerle caer sencillamente una teja en la cabeza? Pero no; la dama pálida tiene sus antojos, y al paso que coge á unos para adormecerlos en su regazo con dulzuras maternas, condena á otros á no arrancar de ella su reden-

ción, sino á costa de mil afanes y de mil fatigas. Estaba escrito que este desventurado había de desquitarse en un solo día de todos los sufrimientos de que le preservara hasta entonces lo humilde de su existencia, y que le sería preciso agotar toda su fuerza y todo su valor para elevarse á la cima de aquella especie de mástil de cucaña, donde estaba destinado á ir á descolgar el premio de su propia muerte.

Ignoro si á músico alguno se le ha ocurrido nunca la idea de escribir las notas del coro de aullidos de una muchedumbre humana transportada por el delirio del entusiasmo. Cuando por fin vieron erguirse aquella figura en lo alto del aire, más audaz aún que el atrevido edificio dominado por ella, frenéticas aclamaciones ascendieron con terrible armonía hasta el infeliz que las promovió.

Eso fué su pérdida.

Hasta aquel instante fatal, en ese

humilde corazón y en esa cabeza estrecha jamás había penetrado la idea de que á los ojos del mundo pudiera ser otra cosa que un ave de paso ó una mata de hierba que se pisotea. Y aun allí, á la sazón, en el transcurso de esta peligrosa empresa, cuyo acto supremo iba á realizar, ni uno de sus nervios de acero se había doblegado, ni una de sus fibras se había estremecido, ni una sola vez había pensado en su peligro ó en su valor. Decíase en sus adentros: «duro es el trabajo». Sus pensamientos no iban más allá.

Pero ante la explosión de todas aquellas almas, sus ojos, que nunca habían visto la irradiación de la gloria, sus oídos, que jamás habían escuchado la formidable voz de ella, abriéronse con deslumbramiento y con embriaguez. Desde la altura donde se veía elevado, abarcaba el cielo, dominaba la tierra, y los millares de hombres que se rebulían y gritaban á sus pies parecíanle

menores que hormigas. ¡El, que hasta entonces no había conocido sino la miseria de la humanidad, comprendía de repente su grandeza, y sentíase revestido de toda su majestad! ¿Qué podía hacer el pobre hombre contra este entusiasmo, cuyos ecos giraban en torbellino en derredor suyo como un vértigo?

Vieron que se bajaba, le vieron sentarse en la flor, ponerse el gallo en las rodillas, quitarle algunos trapos con que lo había envuelto para preservarlo de los choques, y luego, llevándolo en una mano, y agarrándose con la otra al vástago, plantarse de pie. Bajándose entonces un poco, levantó con un hombro los restos del antiguo gallo, que cayeron rebotando con estrépito á lo largo de la flecha, y fueron á detenerse en la crestería de la techumbre de la iglesia. Y entonces, cogiendo el gallo por la cola, lo introdujo en el eje destinado á sostenerlo. Se bajó de nuevo, dióle movimiento giratorio, y un

grito del gentío saludo la primera vuelta que acababa de dar el nuevo gallo del campanario.

Ya no le faltaba al infeliz más que descender. Dejándose escurrir primero por la cruz y en seguida por la pértiga, encontraba en la punta de la aguja los cordeles que le habían servido para izar la percha y el gallo; entonces no tenía que hacer más que dar una vuelta de cuerda á cada pierna, y deslizarse hasta abajo cómodamente apoyado de espalda en la cubierta del chapitel. En tres minutos, á lo sumo, estaba en la plataforma.

Pero ese grito, ese grito de triunfo exhalado por la multitud, le arrancó lo que de razón le quedaba.

Un impulso de orgullo, grosero como él mismo, espantoso como el valor que acababa de mostrar, le inspiró la loca idea de superar todo lo que hasta entonces le habían visto hacer, con un rasgo de audacia aún más increíble.

Montó á horcajadas en el gallo, y dando un vigoroso empuje de riñones, lo puso en movimiento.

Al ver el gentío aquella tremenda locura, detúvose mudo é inmóvil, suspendió el corazón, entreabiertos los labios, mirando girar y girar y más girar el gallo.

Pasó un minuto; pasaron dos... tres... cuatro... cinco minutos.

El gallo giraba.

El hombre, que al principio había hecho saludos con la gorra, estaba á la sazón inclinado adelante, estrechando entre sus brazos el pescuezo del gallo. Trató de pasar atrás una de las piernas por encima de la cola; pero, sea que estuviese falto ya de sangre fría, sea que el obstáculo fuera demasiado alto, no pudo conseguirlo. Alargando las piernas, intentó otra vez alcanzar á la flor de la cruz, pero agitóse vanamente en el vacío: preciso es creer que había tomado un poco de impulso para mon-

tar, porque no tocaba ninguna cosa con los pies. Le vieron engancharlos uno al otro por debajo del vientre del gallo.

Y entonces el hombre se enderezó, abriendo los brazos y extendiéndolos con un ademán supremo de orgullo.

Permaneció así.

Y el gallo giraba siempre.

A medida que se prolongaba aquella escena vertiginosa, producíase poco á poco agitación entre la muchedumbre. Mirábanse unos á otros, se daban con el codo, no se atrevían á hablar. Algunas mujeres comenzaban á hacer la señal de la cruz, otras á desmayarse. Al fin se oyó un grito penetrante: era una moza que se caía de espaldas, presa de un ataque de nervios. Al instante, como si hubiese una comunicación eléctrica, otras varias mujeres cayeron con idéntico accidente; lloraban los niños, y muchas gentes, enloquecidas, extrañadas, echaron á correr gritando, sin

saber lo que hacían ni lo que decían.

Transcurrió lo menos un cuarto de hora largo. A la postre, habíase detenido el gallo; pero se veía con espanto al hombre inmóvil siempre, con las piernas enganchadas entre sí y con los brazos abiertos. Alguien dijo que era menester ir á avisar al señor cura, el cual continuaba en la sacristía esperando el término de la operación.

Ante todo, probó á tranquilizar á los que le hablaban; pero el corazón le palpitaba ya muy fuerte, cuando salió á la plaza para ir á darse cuenta por sus propios ojos de lo que sucedía.

No habiendo sido testigo del comienzo ni de la duración de la escena, no quedó tan impresionado como los espectadores. El hombre estaba tan á plomo, su ademán era tan claro y firme, que por necesidad era preciso ver en aquella prolongada postura un alarde de valor llevado hasta la exagera-

ción. Así habló el párroco; pero al decir esto, sentía llenársele de espanto el corazón, é hizo rogar al médico que le enviase un anteojo de larga vista que el profesor tenía, y que viniese...

Pocos minutos después, colocado en su trípode el anteojo, se asestaba á la punta de la flecha de la torre; y al mirar el médico por el ocular para graduar el instrumento óptico, dió un salto atrás y un fuerte grito.

Al oír el grito, precipitase el sacerdote y mira á su vez.

En el círculo negro del objetivo, destacándose sobre el fondo claro del cielo, se veía al hombre, tieso é inmóvil como una estatua. Contraída por una risa horrible su cara verde, con dos chapas negruzcas en las mejillas, dejaba ver la punta de la lengua cogida entre los dientes puestos al descubier-to; los ojos, abiertos hasta más no poder y fijos, estaban vueltos hacia arriba y sólo se veía lo blanco de ellos.

El cura, con el cuello alargado y los dedos separados, permanecía con el ojo puesto en el ocular del anteojo y como petrificado de horror. Pero era un hombre en quien dominaba el sentimiento de sus deberes de sacerdote y rechazaba toda debilidad humana. Se postró de rodillas, y alzando al cielo los brazos abiertos y los ojos llenos de lágrimas, exclamó sollozando:

—¡Dios mío, inspírame lo que debo hacer para salvar á ese cristiano!

Habíase formado un corro en torno suyo, pero á distancia y cual si no se hubieran atrevido á acercarse. El cura paseó la mirada por el rostro de todos aquellos hombres, quienes, con la cabeza baja y los ojos dirigidos al suelo, parecían abrumados por el peso espantoso de la fatalidad. Por más que habló y lloró y gritó, vióse bien pronto obligado á reconocer que aun cuando, por caso imposible, se encontrase allí un hombre capaz de tratar de

subir á lo alto de la aguja, una vez que llegara junto al infeliz, no podría prestarle ningún socorro sin estar infaliblemente seguro de verse precipitado al abismo, al menor cambio de sitio de aquel cuerpo. Por otra parte, allí no había que pensar en una escala: no hay escalas de cien pies de longitud. En cuanto á hacer un andamiaje, hubiera sido preciso ir á buscar los materiales á la ciudad próxima, lo cual requeriría dos días por lo menos, y serían necesarios siete ú ocho para instalarlo.

Cuando, por fin, se convenció de que nada podía esperarse de los hombres, dirigiéndose al médico, le dijo el cura:

—¿Vive aún?

—Quizá — respondió el médico. —

Si no ha muerto de repente por apoplejía ó por síncope seguido inmediatamente de rigidez cadavérica, para que permanezca enganchado así por los pies, necesario es que se halle en estado de catalepsia.

—Sé lo que queda que hacer— dijo el párroco.

Y habiendo hecho señas á tres ó cuatro hombres y al médico de que le acompañasen, se encaminó á la sacristía. Poniéndose sobrepelliz, alba y estola, les anunció que quería subir hasta la plataforma para enviar desde allí al moribundo la absolución *in articulo mortis*, y les rogó que subiesen con él para asistirle y sostenerle.

Por último, se le vió aparecer en el balcón de la plataforma. Con el ritual en una mano y dando con otra la bendición, con el cuerpo abalanzado al espacio y las alas de su sobrepelliz agitadas por el viento, parecía un ángel pronto á volar al cielo.

En ese momento sublime, la multitud cayó de hinojos; y mientras el sacerdote enviaba al agonizante el postrer adiós del cristiano, oíase elevarse desde abajo, mezclado con el doblar de las compaños, un murmullo de oraciones y sollozos.

¿Qué tengo ahora que añadir? Hacia la tarde, algunos cuervos empezaron á revolotear dando vueltas en torno del campanil. Al día siguiente se vió posarse dos ó tres y dar picotazos. Bien pronto acudieron de muy lejos los buitres, desde la montaña.

Cuando la noticia de este pavoroso acontecimiento llegó á la cabeza de partido, decidióse que era menester armar un andamiaje para ir á bajar de allí aquel pobre cadáver. Pero cuando, después de largas formalidades, se hizo el presupuesto, se vió que costaría ¡diez mil francos! El departamento era muy pobre. El asunto quedó, como suele decirse «enterrado» en las oficinas.

El gallo no da vueltas. Ha perdido su aspecto: proyecta sobre el cielo indefinibles perfiles, que cambian conforme el soplo de los vientos fuertes arrancan algún jirón de los mortales despojos con que aún está cargado.

Ya no gira... Sea que el agonizante

lo haya torcido en una de sus últimas convulsiones; sea que la sangre haya obstruido el eje al correr por las heridas abiertas por el pico de las aves de rapiña, dicese que así ha de quedar hasta la consumación de los siglos, inmóvil como las piedras de la iglesia donde está sujeto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA CENTRAL DE BIBLIOTECAS
"ALFONSO GARCÍA"
Apto. 1625 MONTERREY, N.L.



LA CRIADITA

POR

CATULO MENDES

Pequenuela, enclenque, pajiza, harapienta, con unos ojazos dulces y estúpidos, era quien por el estío llevaba los huevos frescos y la leche de la granja al castillo. Al entrar en la cocina decía «aquí está», y se quedaba de pie junto a la puerta, esperando que la respondiesen «está bien», mirando la batería de cocina, cuyo cobre relumbraba al sol, retorciéndose embobada con los dedos el delantal de algodón. El cocinero, vestido de blanco y serio, se le aparecía como un personaje extraño, casi ima-

ginario y lejano, á pesar de estar allí. Era hija de un hombre que trabajaba en la granja y de una mujer que había muerto. Pocas personas sabían que se llamaba Germana; como se la encontraba á menudo apacentando ánades, vara en mano, en las veredas festoneadas de espinos, llamábanla la Varera. Un día, el señor cura, con el breviario debajo del brazo, pasó junto á ella y la dió con dos dedos un golpecito en la mejilla, diciendo: «¡Je, je!» Aquella carantoña y aquel «¡je, je!» eran poco más ó menos toda su historia; la recordaba con interés todos los días. Sus ánades eran muy malas con ella, sobre todo una, la más grande. Hubiera preferido ser pastora de carneros, porque estos son pacíficos y se puede triscar con ellos. Pero era demasiado pequeña. Quizá más tarde se realizara su ensueño. Iba á cumplir ocho años por Pascua Florida.

Una vez la dijo el cocinero: «Hay

gente á comer. Quédate. Ayudarás.» ¡Eso sí que era otra cosa, y no el carito del señor cura! Estaba orgullosísima; comprendió que decididamente entraba en la vida social. En la repostería, donde comió, hiciéronla beber vino; era la vez primera que bebía «agua roja», como ella decía. Hizo un gesto y dejó el vaso; pero el cocinero, que con su aspecto solemne era un hombre muy alegre, la obligó dos ó tres veces á beber, para reírse. Embo rrachóse ella, y estuvo charla que charla. Contaba su gran aventura con el señor párroco, y que lasocas la picoteaban á veces hasta el hueso en las pobres pantorrillas desnudas. La hicieron beber más. Estuvo muy mala, teniendo que acostarse en la cocina entre dos sillas, con los flacuchos brazos colgando. «¡Tonta!» dijo el cocinero. Tenía pálida la cara y fijos los ojos. Sufría y se quejaba, sin comprender. Luciano, el hijo de la baro-

nesa, un chicuelo de diez años, pasó por allá, y al ver aquella niña que estaba enferma, la pellizcó hasta hacerla sangre en uno de los arrugados y rojos brazos. Dió un grito y le miró. Llevaba un traje de terciopelo azul y una gran gorguera de blonda de seda torcida, sobre la cual se agitaban unos rizos de cabellos rubios. Sonrióse ella y bajó dos ó tres veces la cabeza en señal de consentimiento; se acordó de los gansos, que también eran malos, pero no tan bonitos; y levantándose hasta el hombro la harapienta manga, acarició largo tiempo con gusto el daño que se le había hecho.

Más adelante, se interesó por ella la baronesa. Cuando se resolvió que la llevarían á París para convertirla en una doncellita de labor, se puso muy contenta á causa de Luciano, y muy triste á causa de las ánades. Las llevó á pastar una vez más por mucho tiempo, y las decía: «Anda, que yo voy á

París, y vosotras no vais.» Sentóse al borde del camino entre las ramas espinosas que la punzaban, dejándolas hacer, mirando las tierras de labor, los prados, los tres pobos rectos y puntia- gudos en medio de la llanura, y allá abajo el horizonte. Decía adiós inconscientemente. Fué á beber agua en una charca, detrás del seto. Debajo de una rama cogió un nido de ruiseñores de pared, un nido vacío, seco, del año anterior, y se lo llevó como un recuerdo. Acarició á los gansos, uno tras otro; y pensó que un ganso que tuviera un traje de terciopelo azul y una gorguera de blonda de seda torzal sería muy bonito; y besó tiernamente en el cuello á la mayor de aquellas aves, la que era muy mala.

En París vivió en el hueco de una ventana, junto á la antecámara, marcando pañuelos y remendando trapos de cocina. Habíanla enseñado á coser, pero no la enseñaron á leer. Para las

personas de la condición de Germana no es saludable la lectura. Leer induce á pensar; y, una vez que se piensa, ya no se repasan tan bien las camisas. La servidumbre toda la estimaba poco, porque era silenciosa, obediente y devota de su ama. Nunca salía, á no ser los domingos, para ir á la iglesia. Mostrábase muy piadosa, sin comprender. Todas las noches decía: «Padre nuestro, que estás en los cielos...» No conocía en París nada más que la calle que estaba delante de su ventana; los transeuntes le parecían personajes extraordinarios, de diferente especie que ella; los carruajes, una cosa extraña; admiraba los adoquines. Pasó dos veces la Pascua Florida. Seguía corriendo. Continuaba siempre con sus ojazos estúpidos y dulces. Jamás alma alguna estuvo tan sola como la suya. Sin embargo, no estaba triste. Veía algunas veces á su amito, tan altivo, tan bien puesto. Cuando entraba éste en el cuar-

to donde cosía ella sentada desde la mañana á la noche, temblaba con todo su cuerpo; y sin levantar cabeza, seguía cose que cose, precipitando las puntadas, pinchándose en los dedos. Un día, la dijo él de pronto: «Ven á jugar.» Levantóse ella estupefacta y con la boca abierta, como ante un milagro. Aquel día llevaba él un vestido de terciopelo negro con trencillas de oro. Jugaron. Luciano se puso á horcajadas sobre una silla tumbada en el suelo, de la cual tiraba Germana á guisa de caballo. El pesaba ya bastante y ella era aún muy débil; jadeaba extasiada. Para hacerla correr más, dábala él de puñetazos en la espalda. «¡Oh Dios mío, Dios mío!» repetía ella con arrobamiento. Y dijo él: «Necesito un látigo.» Corrió ella á la cocina y trajo una vara muy gruesa que se usaba para sacudir el polvo á la ropa. Luciano se valió de ella. Era ya muy fuerte. Azotaba él, corría ella diciendo: «¡Ah señor, señor!» y lloraba

de gozo con sus verdugones. Por la noche en la cocina, después de haber comido con los criados, sentada aún á la mesa, cerró los ojos con lentitud, sonrióse y la oyeron murmurar: «¡Qué bueno estaba aquello!» El cocinero la dijo: «¡Golosa!»

Un día Luciano robó de la alacena una botella de vino de España. Por aquella época fumaba ya Luciano cigarrillos en los rincones. Le interrogaron y respondió: «He visto á Germana llevarse una botella.» La baronesa hizo llamar á la criadita: ¿Eres tú quien ha robado la botella?» Luciano interrumpió: «Es ella.» Germana dijo: «Yo soy.» La baronesa dió un cachete á Germana. «Bien hecho» dijo Luciano. «Sí, bien hecho», repitió Germana.

Pasó tiempo. Ella continuaba siendo flaca y ruin, pequeñaja. ¿Y fea? Sí, con manchas rojizas en las mejillas, en la nariz, en la frente. Sus grandes ojos, de mirar bondadoso y vago, eran como

los de una oveja. Llevaba un vestido negro, estrecho, que caía recto desde los hombros á los tobillos; sólo el cinturón indicaba el talle. A la sazón, Luciano era ya un mocito. Una noche la dijo: «Mamá no quiere que me den la llave de la puerta principal. Me veo obligado á tocar, advierten que entro tarde, y me regañan. Escucha: no te acuestes, daré una palmada y sales á abrirme sin meter ruido.» Era en invierno. Algunas veces quedábase ella hasta el amanecer, sin dormir, en un cuarto sin lumbre, al atisbo de la seña. Luego bajaba con una lamparilla en la mano. Necesitaba atravesar el patio del palacio. Algunas veces había nevado. Para no hacer ruido, no se ponía los zapatos. Andaba con los pies desnudos por la nieve. Envolvía la el cierzo. La castañeteaban los dientes. Cogió un catarro que ya no se le quitó. Abrió la puerta, quitando una gruesa barra transversal que la helaba las manos.

Luciano decía: «Siempre me haces aguardar. Me hieló.» Una vez le respondió ella: «De ahora en adelante, esperaré en el patio.» Y así lo hizo. El invierno era muy frío.

Una noche Luciano volvió borracho. Venía de algún baile de máscaras. Estaba de veras muy guapo con su traje verde y rosa, un disfraz de paje. «¡Oh!», exclamó Germana levantando la lámpara. Subieron juntos por la escalera de servicio. Pegaba tropicónes contra la pared, canturreando este estribillo de una opereta entonces en boga: *«Cierta día, al pasar por Meudon, una joven polaca...»* y todo lo que sigue. Ella escuchaba, admirándose. Tropezó él. Al incorporarse, volvió la cabeza. Miró á Germana. Estaba beodo. Era una mujer. ¡Bah! La agarró por la cintura y la besó bruscamente en los labios. Estremeciéndose toda, como un ave que se sacude las plumas, y cayó sin sentido en los peldaños juntamente con

la lámpara, que se hizo trizas. «¡Al diablo la tonta!», exclamó Luciano, huyendo por temor á que el ruido hubiera causado alarma.

Germana ya no trabajó más en el hueco de la ventana, junto á la antecámara. Tomó la costumbre de sentarse desde la mañana en un peldaño de la escalera de servicio, siempre el mismo, y de coser allí. Los criados burláronse de ella, y los dejó que hablasen. Se había vuelto extraña. Algo se había encendido dentro de sus dulces ojos, de mirar menos vago. Canturreaba á media voz durante mucho tiempo una tonadilla, siempre la misma: *«Cierta día al pasar por Meudon, una joven polaca...»* Cantaba esto á veces muy alegremente y deprisa, otras con suma lentitud, detallando las sílabas, prolongando las notas. Aquel tarareo tenía entonces una tristeza infinita. *«Una joven polaca me dijo: Caballero, perdón...»* y de pronto se desha-

cía en lágrimas. Encontrábase muy feliz.

Luciano se formalizó. Tratóse de casarle. La señorita era rica y bonita. Se enamoró de ella. «Casadnos pronto», dijo él. Los casaron. Germana fué puesta al servicio de los nuevos esposos: ella misma había pedido este favor. El día de boda estuvo desde la mañana en el aposento nupcial. Iba, venía, correteaba, ponía los muebles en su sitio, colocaba las flores en las jardineras, sonreíase, exclamaba: «Esto es muy bonito, aquí» y jamás había estado tan contenta. Llevaba puesto un trajecito que la dió la novia. Y repetía: «Señor Luciano... señor Luciano... bienaventurado... bienaventurada.» Por la noche pensó que en aquel momento estarían bailando en la boda, y se puso á bailar también, cantando con ritmo de vals: «*Cierto día, al pasar por Meudon...*» Hacia media noche, ayudó á la recién casada á desnudarse.

El dormitorio, con colgaduras pálidas y apenas iluminado, estaba misterioso y encantador. «¡Qué guapa es V.!,» dijo á la esposa. Avivó el fuego, alineó con esmero las almohadas del lecho conyugal, besó furtivamente el que estaba más cerca del borde, y dijo riéndose á Luciano que entraba: «Buenas noches, señor Luciano.»

Una hora más tarde salió de la casa. Iba á escape, en derechura. En las calles, nadie. Había llovido. El cielo, muy nublado y oscuro, tenía acá y allá claros bruscos llenos de estrellas; la luz de los reverberos se reflejaba en las húmedas losas. Germana caminaba á lo largo de las casas. Iba muy alegre. Cantaba al andar. Anduvo más de una hora. Oyó un gran ruido, suave y uniforme, el de un río que corre. Se metió por el Puente Nuevo. Cuando llegó en medio se detuvo, miró á su alrededor, vió que estaba sola, y se puso á hablar en voz baja. Lo que decía era

una oración: *«Padre nuestro, que estás en los cielos; santificado sea tu nombre...»* Interrumpióse algunas veces en el rezo, para volver á la canción. Se subió en el pretil (*«Cierta día, al pasar por Meudon...»*), miró el agua, se quitó el delantal, arrancó la cinta (*«una joven polaca...»*), arrolló la falda en torno de sus flacas piernecillas, la sujetó con la cinta cual si temiese que alguien la viese desde abajo las piernas (*«me dijo: Caballerito, perdón... perdón... Padre nuestro, que estás en los cielos... perdón... perdón...»*) y desapareció debajo del agua, que en aquel sitio, reflejaba un claro del cielo, que estaba enteramente azul y lleno de estrellas.

SGANARELLE

POR

TEODORO DE BANVILLE

En aquella boda de honrados burgueses, fabricantes de flores para la exportación y de papeles pintados, Bixión, cuyos dibujos comenzaba á rechazar por demasiado flojos *Le Charivari* y que desde ocho días antes no había devorado ninguna presa, sentíase con ganas de guasa; por eso acogió con el más perfecto agrado la pregunta del señor Lestibondois, el comerciante en seda cruda.— ¡De modo—dijo—que es una verdadera consulta lo que V. me pide!

—Sí—contestó Lestibondois;—para un amigo mío.

una oración: *«Padre nuestro, que estás en los cielos; santificado sea tu nombre...»* Interrumpióse algunas veces en el rezo, para volver á la canción. Se subió en el pretil (*«Cierta día, al pasar por Meudon...»*), miró el agua, se quitó el delantal, arrancó la cinta (*«una joven polaca...»*), arrolló la falda en torno de sus flacas piernecillas, la sujetó con la cinta cual si temiese que alguien la viese desde abajo las piernas (*«me dijo: Caballerito, perdón... perdón... Padre nuestro, que estás en los cielos... perdón... perdón...»*) y desapareció debajo del agua, que en aquel sitio, reflejaba un claro del cielo, que estaba enteramente azul y lleno de estrellas.

SGANARELLE

POR

TEODORO DE BANVILLE

En aquella boda de honrados burgueses, fabricantes de flores para la exportación y de papeles pintados, Bixión, cuyos dibujos comenzaba á rechazar por demasiado flojos *Le Charivari* y que desde ocho días antes no había devorado ninguna presa, sentíase con ganas de guasa; por eso acogió con el más perfecto agrado la pregunta del señor Lestibondois, el comerciante en seda cruda.— ¡De modo—dijo—que es una verdadera consulta lo que V. me pide!

—Sí—contestó Lestibondois;—para un amigo mío.

— Comprendo — replicó Bixión. — Quiere V. saber si una persona formal puede ser sin ridiculez lo que Molière, que no disfraza las palabras, denomina...

— Justo y cabal — dijo Lestibondoís.

— Dios mío — prosiguió con abandono el artista — en general, vale más no serlo; y hay un medio muy sencillo. Basta con elegir una buena mujer, sencillota, robusta, en la cual no predomine el sistema nervioso, educada en el seno de la familia, apta para tener un hijo cada año... y pagar el débito, cumpliendo como buen marido.

— Pero — objetó lastimeramente el mercader — ¿y si se ha escogido de otro modo y hay que conservarla tal como es?...

— Vamos — dijo Bixión — veo que V. quiere que vayamos al asunto, y no es hombre á quien se le puede satisfacer con subterfugios. Pues entremos en el riñón de la cosa; conocí á un

marido que encontró el medio de aguantar sin hacer reír á nadie... eso de que tratamos. El marqués de Esternay...

— ¡Ah! — exclamó Lestibondoís. — ¡Era marqués!

— Y lo es todavía — continuó Bixión. — Pero desde la Revolución todos somos iguales. El marqués de Esternay, guapo como todos los de su raza, había sido teniente de cazadores de Africa, antes de casarse. En el regimiento era célebre por sus temeridades heroicas á lo Orlando; un día se arrojó él solo contra un grupo de árabes, y quedó en el campo de batalla por muerto, herido de dos balazos y con la cabeza abierta de una cuchillada. Sin embargo, había salido con bien; y era un buen mozo, esbelto, bien formado, de alta estatura y daba gusto verle con su rostro atezado, de facciones atrevidas y profundos ojos azules; los cabellos cortos, espesos y rígidos, á

la vez que su ligera barba negra, le daban el más varonil carácter. Y siendo así el marqués de Esternay, y además con un capital de dos millones de francos, amén de las esperanzas, se casó sin dote y por amor con la señorita Marcela Jacquelin, hija de un empleado de correos, y cuyo equipo de novia no valía cien escudos. Era lindísima, pero no sabía conllevar ni hacer valer su belleza á lo Watteau, y de la cual no tenía la clave. ¡Añádase á esto que Esternay no tiene ningún talento de adorno! Hábil como un maestro en equitación y esgrima, y sabio como un benedictino en toda clase de ciencias y de artes, pero sencillo como un cuchillero de Manchester, es además de esto ingenioso como si lo tuviera por oficio; con la mayor facilidad puede quitar el pellejo á su interlocutor, á la manera que Apolo desolló, al sátiro Marsias; pero este genio cómico nunca lo emplea sino en defensa de

esos mártires que hay en toda sociedad, y á expensas de los cuales demuestran ingenio á poca costa los bravucones (que los hay en todo, ¡hasta en la conversación!). Además, es idealmente bueno sin debilidades, conocedor en materia de muebles y cuadros, se viste con el gusto más exquisito, y sin quitarse los guantes puede liar un pitillo que no haya más que pedir.

—Y á pesar de todo eso—murmuró Lestibondoís—su mujer le ha puesto los...

—Con un pianista—dijo Bixión.—y á los seis meses de casado. Ese pianista, que se pasa por las melenas una mano imitación de la de Listz y lleva chalecos de alamares, componía romanzas sin palabras y con palabras, á las cuales pocas mujeres se han resistido. Todo París supo bien pronto sus relaciones con la marquesa de Esternay, y no hubo persona que las igno-

rase. Tan sólo Esternay se obstinó en no conocer esas relaciones ni al pianista, del cual hizo tanto caso como de una mosca que se paseara por una cortina de encaje. Acaso haya ocultado dentro de su corazón y de su cerebro dramas terribles, porque adoraba á su mujer; pero nadie los ha sabido, porque el marqués piensa que el gemir no sirve para nada, y es de los que ponen en práctica la noble divisa de «¡Ayúdame!» Solamente tuvo en la misma época tres duelos consecutivos, en los cuales hirió de gravedad á sus tres adversarios; pero (aquí es preciso admirar su elegancia), no había buscado ninguno de sus desafíos, sino que los aceptó en condiciones tales que todo hombre galante hubiera hecho lo mismo que él. Una vez, su tío materno, el anciano general Ars, había sido insultado en un periódico; otra vez, un fatuo habló más que ligeramente delante de él de la mujer de su mejor

amigo, el capitán Cardonne, que navegaba á la sazón por los mares de la India; y, en fin, Esternay se había batido por tercera vez, estando de viaje, con un ruso que sin saber que él había sido militar, pronunció á su presencia en la mesa de un hotel, las frases más insultantes para el ejército. Esta casualidad tan pertinaz le pintará á V. de cuerpo entero quién es nuestro hombre, el cual no busca dramas, pero es lo suficiente discreto para no desaprovechar nunca las ocasiones de hacer las cosas que le conviene hacer. Jamás incurrió en la ridiculez de ponerse en campaña con premeditación para detener los caballos desbocados, á la hora de los elegantes, en la avenida de los Campos Eliseos; ó para hacer competencia á los salvadores de náufragos, sacando del agua á los cajeros infieles que se arrojan al río por la noche desde el puente de Nuestra Señora, para ahogarse. Pero con segu-

ridad que durante su última estancia en Turaine no fué culpa suya si el incendio devoró la granja dependiente de su castillo (¡como que no había él prendido fuego!); y si, triunfando allí donde los intrépidos bomberos habían tenido que retirarse tres veces, pudo entre el humo y sobre las vigas hechas brasa, salvar unos tras otro á la mujer del hortelano y á sus cuatro pequeñines y al mismo hortelano, á quienes bajó en hombros por una cuerda de nudos, sublime, espantoso, alegre, con el rostro y los cabellos quemados, con admiración de los enloquecidos lugareños que al ver su fuerza indomable reconocían en él su señor. Por más que se empeñe uno en ser modesto, en esta época de periódicos noticieros, no pudo impedir Esternay que la anécdota llegase á París, donde á su regreso la conocía todo el mundo. El pianista comprendió que estaba perdido si no conseguía tener un duelo con un hom-

bre que legítimamente habíase creado tal reputación de valentía. Así pues, lo encontró Esternay sin cesar siguiéndole los pasos, pero jamás consintió en verlo; y hasta ni siquiera permitió que sus labios se sonrieran lo más mínimo cuando el pianista, que había caído en el último grado de humillación, fué despedido vergonzosamente por su querida.

—Ciertamente—dijo Lestibondois—que la valentía...

—No es más que un aspecto de la cuestión—interrumpió Bixion.—Pero Esternay tenía demasiado tacto para descuidar el otro aspecto. Hasta entonces, como hombre de interior que prefería á todo, su casa y sus libros, había vivido muy retirado. Pero echado de su hogar por el canto de reclamo de su mujer, comenzó á presentarse en sociedad y en la Opera; el encanto de su belleza y de su incomparable elegancia, no tardó en meter ruido en

Landerneau. Había entonces allí una de esas crueles, mil veces descritas por los noveladores, que inspiran amor sin sentirlo ellas, y se gozan en la desesperación de sus víctimas, y no tienen más gusto que hacer derramar mucha sangre y muchas lágrimas. Si en lugar de ser una princesa con minas de plata y de platino, hermosa como un ensueño, con su gracia salvaje é infantil y con la majestad de una reina, hubiera sido aquella húngara (llamada Sarolta-Batsanyi), una parisiense tasada en cien mil francos, hubiera podido tomar por divisa las palabras que el caricaturista Gavarni pone en boca de uno de sus diablejos con faldas: *¡Es igual; el que me vuelva melancólica podrá gloriarse de ser un famoso conejo!* Pues por lo que ha podido saberse, nadie fué nunca lo suficiente favorecido para tocarla la puntita del guante.

Pero experimentó una pasión furi-

bunda por Esternay —se lo dijo así á éste, y quiso entregarse á él violenta y brutalmente, á todo escape. Un teniente de cazadores de Africa no tiene derecho á hacerse el casto José; pero al cabo de unas breves relaciones, durante las cuales la princesa conoció el paraíso (según refiere ella misma con todo descaro), recobró él su libertad. Y desde ese día la hermosa Sarolta, vencida, idiota, embrutecida por el amor, sigue desde lejos á Esternay como una perra; se viste con los colores de la librea de él, y le mira como un pobre de solemnidad contempla las monedas de oro en el escaparate de los cambistas. Ya sabe V. lo que son las epidemias en París. Todas las jóvenes empezaron á volverse locas por Esternay, y recibió más cartas amorosas que un tenor ó un gimnasta de circo. Pero lo que más le chocará á V. es que el contagio alcanzó á la marquesa de Esternay. Se ha prendado de

su marido, viéndosela quedar pálida, quebrantada, con los ojos hundidos, próxima á morir; y se hubiese muerto, si el marqués no se la hubiera llevado, cual una apetecida presa, al lindo palacio que en secreto había hecho edificar para ella en la calle de Assas. La primera vez que se encontró sola con él en la alcoba, tapizada de canutillo blanco, quizá temió la primera frase que la diría su marido; pero éste, dándola en los cerrados ojos un largo beso ardiente y lleno de gozo, no la dijo más que estas palabras: «¡Siempre te he amado!» Por el ejemplo del marqués de Esternay, ya ve V., caballero, que sin excesiva ridiculez puede un marido ser un...

—Sí, lo que dice Molière—interrumpió Lestibondoís. —¡Mas para eso requiérense ciertas condiciones especiales!

—Y si no se pueden reunir—dijo sentenciosamente Bixion—quizá lo

más cuerdo es quedarse muy tranquilo y desarrollar bien los músculos *biceps* para demostrar á los vecinos que se puede ayudar á un carretero á contener su carreta cargada de piedras de sillería.

—Sí, también queda ese recurso—suspiró el comerciante en seda cruda, echando una mirada furtiva y melancólica á su brazo, más delgado que un alambre.



LA OBRA MAESTRA DEL CRIMEN

POR

JUAN RICHPIN

I

El ojo del público es un
aguijón de gloria.

(STENDHAL.)

Pícaro suerte! Su nombre de pila era Oscar y su apellido Lapissotte; era pobre, sin talento, y se creía un genio.

Al entrar en la vida, su primer cuidado fué adoptar un seudónimo; su segundo cuidado, adoptar otro; y así sucesivamente, por espacio de diez años, usó todos los vocablos de capricho que pudo imaginarse para despertar la curiosidad de sus contemporáneos.

Por supuesto, esa curiosidad, que aparentaba temer apeteciéndola con todas sus fuerzas, no intentaba rasgar las densas tinieblas de su existencia. Con todos los rótulos prestados, ya se hiciera llamar Jacobo de la Mole, Antonio Guirland, Tildy Bob, Gregorius Hanpska, ya se revistiese de desinencias nobles, plebeyas, extranjeras, románticas ó modernas, no por eso dejaba de ser el más desconocido de los hombres de pluma, el más oscuro de los incomprendidos y el más pobre de los literatos. La gloria no quería nada con él.

—*E pur, si muove!* ¡Aquí dentro tengo algo!—decíase convencido, golpeando con el dedo la caja ósea de su cráneo, que le parecía profundo porque sonaba á hueco.

Es increíble á qué aberraciones puede conducir la vanidad literaria. Hay hombres de verdadero talento á quienes ha hecho cometer inconcebibles ridi-

leces, induciéndoles hasta á ejecutar actos vergonzosos ú odiosos. ¿Qué será, pues, cuando atormenta á un miserable, nulo de marca mayor? La paciencia agotada, el orgullo agriado, la impotencia adquirida, una vida encenagada por una esperanza inútil y tenaz: no se necesita ni aun tanto para concebir la idea de acabar por un suicidio ó por un crimen.

Oscar Lapissotte no era bastante valiente para elegir su propia muerte. Por otra parte, sus pretensiones de superioridad intelectual hallaron pasto en la resolución de un delito. Y, en efecto, pensó que su genio había seguido hasta entonces mal camino al dedicarse á los ensueños del arte, y que estaba destinado á las violencias de la acción. Además, el delito le produciría una fortuna, y la riqueza pondría al fin de manifiesto á la luz del día ese espíritu trascendente que se marchitaba en la pobreza. Artística y moral-

mente probóse, pues, á sí mismo que era necesario cometer un crimen.

Lo cometió. Y, como si la realidad quisiera darle la razón, por la vez primera de su vida hizo una obra maestra.

II

Unos diez años antes del día en que se convirtió en un malvado, Oscar Lapissothe había vivido en el sexto piso de una casa de la calle de San Dionisio. Perdido entre una treintena de inquilinos, conocido tan sólo por uno de sus numerosos seudónimos, había sido amante de una antigua criada parlanchina, que le contaba todas sus menudencias. Servía á una viuda muy anciana, enferma y bastante rica. Por cierto que sólo permaneció él en aquella casa apenas un mes.

Una noche en que acababa de dejar á uno de sus amigos, interno en el hospital de la *Pitié*, al pasar por una sala para irse, reconoció á la criada, que se hallaba moribunda. Díjole ésta que sólo hacía tres semanas que no estaba en casa de la viuda, que por el momento la había reemplazado una asistente, que su señora estaba demasiado valedudinaria para ir á visitarla y que esto era muy desconsolador.

—Comprendo—dijo Oscar.—Quisieras verla, ¿no es así?

—¡Oh! no es por eso. Es que, si muero aquí, tengo miedo de que la señora lea todas las cartas que he dejado en su casa y me desprecie después de mi muerte.

—¿Y por qué te había de despreciar?

—¡Escuche V., voy á decirle la verdad entera! V. ha sido mi amante, pero hace mucho que pasó eso. Puedo confiarle que he tenido otros amores. No lo llevará V. á mal, ¿eh? Y luego, bien

sabe V. que yo no era lo que á V. le corresponde. V. es un artista, un hombre de buena sociedad; me consiguió de paso, sin darle importancia. Pero en la casa tengo una especie de hombre que es de mi clase, un cochero; y si lo supiese la señora, sería mi perdición. ¡He hecho tantas cosas malas por él! ¡Ah, tunante, me tenía loca! Es el padre de mi hijo; por eso he hecho cuanto ha querido. Siempre me prometía reconocerle y casarse conmigo. Hoy bien veo que era decir por decir; ¡pero, no importa! Mi hijito no será desdichado del todo con lo que le dejo, y la señora es bastante buena para cuidar de él también; porque he escrito á la señora que tengo un hijo. Aquí está la carta, debajo de la almohada; y quiero que se la entreguen cuando ya no exista yo, pero sólo si antes queman mis papeles. Sin eso, primero me trago la carta. No quiero que la señora sepa todo lo que he hecho. No tendría compasión del

niño, si supiera que es hijo de una andorra y de una ladrona.

—Veamos, veamos, mi querida amiga—dijo bruscamente Oscar—explícame mejor tu situación. Hablas demasiado deprisa, todo lo embrollas; y es preciso que me pongas al corriente con claridad, si quieres que te preste algún servicio. No pretendo otra cosa, si es posible; pero, necesito comprender bien.

En ese momento, Oscar Lapissotte no pensaba de ningún modo en el crimen. Dejábase llevar sencillamente de su curiosidad de literato, husmeaba una novela y se disponía á obtener *original*.

—¡Pues bien—prosiguió la criada—he aquí de lo que se trata! Me propongo hablar claro. He caído enferma de repente, con un ataque de apoplejía, en la calle, y me han traído al hospital. La señora me ha dejado aquí, porque no se me podía transportar. La he escrito y me ha contestado. Ha venido

de su parte á verme la asistenta. Pero ni á ésta, ni á la señora he podido hablarles de lo que me aflige. Tengo un paquete de cartas del cocheró, ya sabe V., del padre de la criatura. En las cartas hay un montón de cosas malas, robos que me aconseja y gracias que me enviaba cuando yo los cometía. Porque he robado, sí; he robado para él, robado á mi ama. Debí haber quemado esas malditas cartas. Pero tenían muchos «amor mío» y promesas de matrimonio y seguridades de que reconocería al pequeño. Entonces las guardé. Un día me amenazó el bribón con cogérmelas para comprometerme. Yo le negaba dinero, y me dió á entender que una vez dueño de mis papeles haría de mí cuanto se le antojara. Me entró un miedo de mil diablos. A pesar de todo, no quise desprenderme de las cartas. Para ponerlas en sitio seguro, dije á la señora que deseaba confiarla papeles de familia que me

interesaban mucho, y así he logrado guardar mis cartas en su gaveta. La señora me ha cedido un cajón, con llave y todo. Bien sé que pudiera decirle que necesito esos papeles. Pero desconfío de la asistenta, que me los traería. Por palabras que se le han escapado, creo adivinar que también está enredada ahora con el cocheró. Es un engañador, se lo digo á V. Y si la engaña es por conseguir el paquete, cuyo escondite conoce. Ya comprenderá V. mis apuros. ¡Oh, si fuera V. lo suficiente bueno! Verdad es que no lo merezco; pero por parte de V., sería una buena obra prestarme ese servicio.

—¿Qué servicio?

—Traerme mis cartas.

—Pero, ¿cómo quieres que yo las obtenga?

—¡Es muy sencillo, yendo por ellas! Por la noche, á las diez, la señora ha tomado ya el cloral para dormir; y en ese momento duerme como un tronco. Du-

rante ese tiempo no está allí la asistente, puesto que se marcha á las siete, después de comer. Ya comprenderá V. que la señora no la ha dicho que tomaba cloral, por temor á un robo. No se lo ha dicho más que á mí, en quien la pobre tenía plena confianza. Pues bien; entra V. entonces, que ella no le oirá, y puede V. salir y traerme las cartas. Ya sabe V. que la casa tiene dos entradas. Por la escalera de servicio, el portero nada notaría. ¡Oh! ¿Hará V. eso por mí, diga?

—¡Estás loca! ¿Y cómo abrir la gaveta? ¿Y cómo pasar de la puerta de la habitación?

—Tengo doble llave de la gaveta: para vergüenza mía, la hice fabricar con el objeto de robar á la señora. Aquí está, con la de mi cajón. Aquí tiene V. también la llave para entrar por la cocina, por la escalera de la servidumbre. Se lo suplico. Sin embargo, nada sé; pero tengo fe en V., estoy se-

gura de que lo hará para que muera yo en paz.

Oscar Lapissotte tomó las llaves. Tenía fijos los ojos. Una repentina palidez inundó su rostro. Nerviosas contracciones tiraban de las comisuras de sus delgados labios. Bruscamente se le había presentado la posibilidad del crimen. Muerta aquella mujer, era fácil de ejecutar la cosa.

—¡Oh, me ahogo, me ahogo—dijo la enferma, á quien la larga confianza había agotado las fuerzas.—¡Beber! ¡Deme V. de beber!

El dormitorio estaba á oscuras, vagamente iluminado por una lamparilla. Todo el mundo dormía en las camas próximas. Oscar levantó la cabeza de la enferma, sacó la almohada y se la puso encima de la boca, donde la mantuvo con puños de hierro durante lo menos diez minutos. Tuvo el horrible valor de esperar, reloj en mano.

Cuando la destapó la cara, la enfer-

ma estaba asfixiada. No había podido hacer un movimiento, ni dar un grito. Parecía haber sucumbido de un derrame de sangre. Volvió á poner la almohada debajo de la cabeza y el cobertor debajo de la barba. El cadáver parecía una persona dormida.

Como la cama de la criada estaba bastante cerca de la puerta, el asesino salió sin hacer ruido. Pasó de largo el corredor de los internos, atravesó por una puertecilla de la calle de la Pitié y se encontró fuera sin haber sido visto.

Eran las nueve y veinte minutos.

Sin perder tiempo, con la fiebre de la ejecución, el miserable fué á paso largo á la calle de San Dinisio. Entró en la casa antes de las diez.

En el camino había madurado todo su plan.

Penetró primero en la cuadra, donde debían de estar los objetos del cochero. Cogió allí una corbata, desga-

rró un pedacito de ella y se lo metió en el bolsillo.

Luego subió por la escalera de servicio de cuatro en cuatro peldaños. Era en el primer piso, y se podían subir á zancadas los diez y ocho escalones sin riesgo de ser visto.

Abrió la puerta, entró sin ruido, llegó á la alcoba, y de un solo esfuerzo estranguló á la anciana, que dormía. También allí tuvo la sangre fría de continuar apretando la garganta durante un cuarto de hora largo.

En seguida abrió la gaveta. En el cajón grande de en medio había acciones y obligaciones; en el de la izquierda, billetes de Banco; y en el de la derecha, rollos de lises. Apartó los títulos al portador y dejó los otros. En total, títulos, oro y billetes, había ciento cuarenta mil francos, con los cuales llenóse los bolsillos.

En seguida se ocupó de las cartas. Las encontró fácilmente en el rincon-

cito, arriba, donde la criada le había dicho que estaban.

Las quemó en la chimenea, pero cuidando de dejar intactos los párrafos más comprometedores para la criada y el cochero. Sólo con algunos bien escogidos, bastaba para reconstituir toda la historia del niño, de las provocaciones al robo, de los robos cometidos. Las puso en evidencia junto al guardafuego, admirablemente colocadas para hacer creer que las habían quemado de prisa y corriendo, y que se había huido antes de que se consumieran por completo.

Arrugó y desgarró el trozo de corbata dentro de la mano derecha del cadáver, cerrada y rígida.

Salióse entonces y se deslizó como un relámpago hasta la calle; é inmediatamente se puso á andar con el paso tranquilo y distraído de un soñador desocupado.

Decididamente, Oscar Lapissotte no

se había engañado al creerse un hombre de genio: tenía el genio del crimen, y había trabajado de mano maestra.

III

En efecto; un crimen no es una verdadera obra maestra, sino cuando su autor queda impune. Y por otra parte, la impunidad no es completa sino cuando la justicia condena á un falso culpable.

Oscar Lapissotte obtuvo la impunidad completa.

La justicia no vaciló un solo instante para encontrar al asesino. Evidentemente, era el cochero. Los fragmentos de las cartas eran indicios infalibles. ¿Quién si no el cochero, amante de la criada, podía conocer tan bien las co-

sas favorables para el crimen? ¿Quién otro podía tener las llaves? ¿No había comenzado por robar á la viuda, de concierto con la criada? ¿No era lógico dar el paso que separa el robo del asesinato? Además, el acusador pedazo de corbata hablaba con claridad. Para colmo de desventuras, el cochero tenía malos antecedentes. Como última circunstancia abrumadora, no pudo justificar el empleo de su tiempo en la hora fatal. Por más que negó, protestando su inocencia, todo estaba en contra suya y nada abogaba en su favor.

Fué procesado, condenado á muerte, ejecutado; y los jueces, los jurados, el defensor, los periódicos, el público, estuvieron conformes en tener la conciencia tranquila acerca de este punto. Sólo quedó un hecho oscuro en el asunto: la fortuna, que no se pudo encontrar. Creyóse que el criminal la había ocultado en sitio seguro,

pero á nadie le cupo la menor duda de que la había robado.

En resumen: si hubo en el mundo delincuente á quien se le reconociese culpable de su crimen, lo fué él.

IV

Dicese que la conciencia de una buena acción da una paz profunda. Pero pocas personas han tenido el atrevimiento de decir que la impunidad de una mala acción proporciona también la felicidad. Barbey d'Aurevilly no ha temido escribir, entre sus admirables *Diabólicas*, una novelita rotulada *La Dicha en el crimen*, y no le ha faltado razón para ello; porque los malvados conocen la serenidad.

Oscar Lapissotte pudo gozar plenamente de su doble asesinato y saborear sus frutos con una serenidad absoluta. No experimentó remordimientos (1), ni terror. La única cosa trastornadora que sintió y fué acreciéndose más y más, era un orgullo inmenso.

Sobre todo, orgullo de artista. Lo que le hizo olvidar toda consideración moral, es precisamente la perfección de su obra y el convencimiento de que se había mostrado impecable de veras.

Pues bien; sólo con esto, su sed de superioridad tuvo con que hartarse hasta la embriaguez.

En todo lo demás continuó siendo un hombre mediano, oscuro, con razón desconocido. Por más que quiso apro-

(1) Véase acerca del remordimiento en los delicuentes el admirable estudio de Enrique Ferry incluido en la «Colección de libros escogidos», tomos 42 y 73, *Estudios de Antropología criminal*.

vecharse de su nueva fortuna para forzar las puertas de los periódicos y revistas, por más que quiso agasajar á la crítica, no podía hacerse escuchar por el público. Sus versos, su prosa, sus ensayos teatrales estaban marcados con el sello de la nulidad. Las gentes del oficio conocían un poco á Anatolio Desroses, el literato de afición con más rentas que talentos; pero los lectores se burlaban de sus rentas, y todo el mundo estaba conforme en negarle la menor partícula de talento. Estaba en debida forma convicto de impotencia.

«¡Y, sin embargo—se decía á veces á sí propio con las miradas centelleantes;—sin embargo, si yo quisiera! ¡Si narrase mi obra maestra!... porque he hecho una obra maestra. En eso no caben dudas. Anatolio Desroses quizá sea un cretino, pase; pero Oscar Lapissotte es un hombre de genio. Es una lástima grande el pensar que una cosa

tan bien maquinada, con tanta potencia concebida, con tamaño vigor de ejecución, de tan completo buen éxito, permanezca desconocida eternamente. ¡Ah, ese día tuve inspiración, la verdadera, aquella en virtud de la cual se hacen las cosas perfectas. ¡Dios mío! el abate Prévost ha emborronado más de cien detestables novelas, y sólo ha escrito una *Manon Lescaut*. Bernardino de Saint-Pierre no dejará más que *Pablo y Virginia*. Hay muchos de esos genios singulares que solamente producen una obra. Pero también, ¡qué obra! Queda como un monumento en una literatura. Yo pertenezco á esa familia de ingenios. No he hecho sino una sola cosa buena. ¿Por qué la he vivido, en lugar de escribirla? Si la hubiese escrito, sería yo célebre. No tendría más que un cuento que enseñar; pero todo el mundo querría leerlo, por ser único en su género. He hecho *La Obra maestra del crimen*.»

Esta idea convirtiéndose á la larga en una idea fija.

Durante diez años luchó contra ella. Se dejó devorar ante todo por la pena de no haber hecho el sueño en vez de la acción, y después por el deseo de contar la acción como un ensueño. Lo que de continuo le incitaba no era el demonio de la perversidad, aquella extraña fuerza que impelía á los personajes de Edgard Poe á pregonar su secreto; sino tan sólo una preocupación literaria, la necesidad de fama, el prurito de la gloria.

Como un sutil consejero que refuta una por una las objeciones y hace valer los argumentos capciosos, su idea fija perseguíale con mil razones.

«¿Por qué no has de escribir la verdad? ¿Qué temes? Anatolio Desroses está al abrigo de la justicia. El crimen es antiguo. Todo el mundo lo tiene en olvido. Conócese su autor: está muerto y enterrado con la cabeza entre las

piernas. Parecerá como que has arreglado artísticamente una añeja historia judicial. Pondrás en ella todos tus pensamientos recónditos, todos los rencores que te han impelido al asesinato, todas las habilidades que has combinado por cometerlo, todas las circunstancias suministradas por ese asombroso inventor á quien llaman la casualidad. Tú sólo estás en el secreto de la obra, y nadie adivinará que la tomaste de lo real. En tu cuento no se verá nada más que el esfuerzo de una imaginación extraordinaria. Y entonces serás el hombre que apeteces ser, el gran escritor que se revela tarde, pero con un golpe de maestro. Gozarás de tu crimen como jamás criminal alguno ha podido gozar del suyo. Obtendrás con él, no sólo la fortuna, sino también lauros. ¿Y quién sabe? Después de este primer triunfo, cuando tengas nombradía, harás que se lean tus otras obras y no cabe duda de que

cambiará por completo la injusta opinión que de ti se tiene. En el camino de la celebridad, sólo el primer paso es el que cuesta. ¡Animo! Recupera un poco de aquella pasmosa audacia que tuviste un día en tu existencia. Mira qué bien te salió. Supiste agarrar una vez por los cabellos á la ocasión. De nuevo la tienes hoy en tus manos. ¿La dejarás huir? Bien sabes que la obra es magnífica, ¿no es así? Pues bien; nárrala sin miedo, sin rodeos, con altivez, en su majestuoso horror. Y si quieres crearme, llega hasta el fin de tu orgullo, ten abierto descaro y renuncia al seudónimo que parece ser ya tu nombre y apellido, para firmar con los tuyos propios que parecerán un seudónimo. No hay que hacer ilustres á Jacobo de la Mole, á Antonio Guirland, ni siquiera á Anatolio Desroses; no hay que hacer ilustre á ese montón de individuos sin talento, sino á ti solo, á Oscar Lapissotte.»

Y llegó un día en que Oscar Lapisotte sentóse ante las cuartillas en blanco, llena de fuego la cabeza y febriles las manos, como un gran poeta que se siente dispuesto á dar á luz una gran cosa; y de un tirón escribió la historia de su crimen.

Narraba los míseros comienzos de Oscar Lapissotte, su vida de bohemia, sus múltiples fracasos, su patente medianía, sus terribles rencores, las ideas de suicidio y de crimen que danzaban dentro de su cerebro, las sublevaciones de un corazón engañado por lo quimérico y que busca su venganza en lo real, toda una novela psicológica penetrante, la anatomía de su alma. Luego, con sobrios rasgos de una espantosa claridad, describía la escena de la *Pitié*, la escena de la calle de San Dionisio, la muerte del falso culpable, el triunfo del verdadero asesino. Entonces, con una curiosa y diabólica sutileza de detalles, anali-

zaba las causas que habían decidido al autor á publicar su delito, y acababa por hacer la apoteosis de Oscar Lapisotte, que ponía su verdadera firma al pie de aquella confesión.

V

La Obra maestra del crimen apareció en la *Revista de Ambos Mundos*, y tuvo prodigioso buen éxito.

Puede formarse idea de él por los siguientes párrafos de los artículos de crítica que saludaron su aparición:

«Todo el mundo sabe que bajo el seudónimo de Oscar Lapissotte, de un capricho tal vez galo en demasía (1),

(1) Por el jocoso contraste entre lo romántico del nombre Oscar y lo indecente del apellido Lapissotte (la meadita).—(N. DEL T.

se esconde un autor que se complace en este género de disfraces, el señor D. Anatolio Desroses. Después de haber malgastado por mucho tiempo su talento en el periodismo insignificante, D. Anatolio Desroses acaba de darnos cumplida muestra de él. La narración está tomada de un drama procesal acaecido unos diez años ha en la calle de San Dionisio. Pero la imaginación del cuentista ha sabido transformar un vulgar asesinato en una obra cuya combinación es asombrosa. El mismo pobre Gaboriau no hubiera encontrado las complicaciones inventadas por don Anatolio Desroses. Daremos *La Obra maestra del crimen* en nuestro número doble del domingo próximo.»—(FELIPE GILLE.—*Figaro*.)

«Mientras hablo de la gallina con arroz, debo decir alguna cosa de la carne de gallina que me ha puesto *La Obra maestra del crimen*. En el análisis de los sentimientos hay su pizca de

metafísica, que para mí desluce un poco la fantasía verdaderamente extraordinaria del relato. ¿Pero hay algún libro sin defectos? La misma extravagancia de esos detalles sutiles es como una salsa agradable. Primod de la Reynière y Restif de la Bretonne tienen esa clase de oscuridades regocijantes. Anatolio Desroses pertenece á la misma familia. Como ellos, ha escrito un fárrago de cosas desconocidas, entre las cuales destacan cincuenta páginas notabilísimas. Será el más célebre entre los *olvidados* y los *desdeñados* de nuestros tiempos.» (CARLOS MONSELET.—*Evénement*.)

«El autor de este cuento no es un lírico, tal como nosotros lo entendemos; pero tampoco es un realista. Su genio fantástico tiene las alas de la oda. Sin embargo, preciso es confesar que Anatolio Desroses se ha amamantado á los pechos de las Euménides, de las perras sanguinarias que ladran

tras la pista de Orestes, asesino de la gran Clytemnestra, más bien que á los de las Gracias, de seno hermoso. Mas, ¿qué importa el terreno, con tal de que en él se vean brotar los laureles?» — (TEODORO DE BANVILLE. — *National.*)

«¡No hay remordimientos! Así es el crimen de un ateo. Si por esas tinieblas cruzase un rayo de la fe cristiana, el Sr. Anatolio Desroses podría pasar por el Dante del infierno á la moderna. No es más que su Disderi. Pero eso es fotografía iluminada con colores. Hay toques. Escribe. Llega hasta á saber analizar. Tal vez sondee los riñones de su generación, que bien enfermos los tiene.» — (LUIS VEUILLOT. — *Univers.*)

«¡Obra maestra es, en efecto, esta *Obra maestra del crimen!* ¡Y no hay crimen como él! Porque esta pluma tiene fulgores de espada y corte de escalpelo. Da estocadas terribles á la serenidad del delito y lo diseca como

en anatomía, aunque le haga una aureola de molinetes flamígeros. Se ve allí más claro, ¡eso es todo! Por supuesto, es la sulfúrea claridad que despide el ojo del Diablo; y también es el dedo del Diablo ese rabioso dedo de Anatolio Desroses, que desgarrar la túnica del crimen y muestra el corazón humano sin hoja de parra. Me gusta este Sr. Anatolio *de las Rosas*, quien debiera llamarse *de las Espinas* ó *de las Ortigas*. Me gusta como un vicio.» — (J. BARBEY D'AUREVILLY. — *Constitutionnel.*)

Sarcey dió en el bulevar de las Capuchinas una conferencia acerca de *La Obra maestra del crimen*. Hizo comparaciones con Hoffmann y Edgard Poe, dos frases sobre el arte dramático con motivo de las preparaciones psicológicas que conducían á las escenas de asesinato, una digresión sobre el género zarzuelero, otra sobre la Escuela normal, una tercera sobre la esencia

de la digresión, y, finalmente, llamó «un cuarto de genio» al autor, á la vez que le daba familiares palmaditas en la barriga.

En resumen: hubo un concierto de elogios, aparte de los indispensables graznidos de los envidiosos, de los necios, de los mojigatos y otros peces menudos del periodismo.

VI

Sin embargo, en todos los artículos, incluso en los más halagüeños, había dos cosas que irritaron mucho á Oscar Lapissotte.

La primera, ¡que se obstinaban en tomar su verdadero nombre por un seudónimo y en llamarle Anatolio Desroses!

La segunda, que se hablaba dema-

siado de su imaginación, y no se hacía resaltar bastante lo verosímil de su relato.

Estos dos *desiderata* le atormentaron hasta el punto de que olvidó toda la ventura de su gloria naciente. Los artistas son así: hasta cuando la crítica los acuesta sobre un lecho de rosas, sufren si alguna hoja hace el menor pliegue.

Por eso, cierto día, como un quidam felicitase al grande hombre que había escrito *La Obra maestra del crimen*, y le diera con el incensario en las narices á todo vuelo, el grande hombre le contestó á quemarropa:

—¡Eh, caballero, de otro modo me felicitaría V. si estuviese al tanto de las cosas. Mi novela no es un cuento, sino un sucedido. El crimen se cometió como lo he narrado. Y yo lo cometi. Firmo con mi verdadero nombre de Oscar Lapissotte.

Dijo esto friamente, con un gran

aspecto de convicción, recalando bien sus frases como quien quiere que le crean.

—¡Ah! ¡Delicioso! ¡Encantador!— exclamó su interlocutor.—La jocosidad es de un carácter lúgubre que tira de espaldas. Es género Baudelaire puro.

Y el día siguiente, todos los periódicos contaban la anécdota. Encontraron deliciosa la tentativa de mixtificación, por la cual Anatolio Desroses quería hacerse pasar por un asesino. Decididamente, era original y digno de ocupar á París.

Oscar Lapissotte se puso furioso. Al hacer aquella terrible confesión, había obrado maquinalmente en cierto modo. Ahora tenía verdadera necesidad de ser creído por alguien.

Renovó su confianza á todos los amigos á quienes halló en la calle. El primer día hizo mucha gracia. El segundo día parecióles monótona la farsa. El tercer día produjo aburrimiento.

Al cabo de la semana, concluyó por pasar por un majadero en toda la extensión de la palabra.

No sabía sostenerse á la altura de su reputación de grande hombre. Sus más fervientes partidarios hicieron chacota de él.

Este comienzo de caída le exasperó.

—¡Ah! ¡Es mucha cosa ésta!—dijo á los incrédulos en pleno café:—¿Conque nadie quiere creer lo que es la pura verdad? ¡Nadie quiere reconocer que, no sólo he escrito, sino ejecutado *La Obra maestra del crimen*! Pues bien; voy á descargar mi corazón. ¡Mañana sabrá todo París quién es Oscar Lapissotte!

VII

Fué en busca del juez de instrucción que había actuado en el proceso de la calle de San Dionisio.

—Señor—le dijo—vengo á entregar-me como preso. Soy Oscar Lapissothe.

—Caballero, no siga V. adelante—le respondió el juez con amabilidad.—He leído la novelita de V. y le felicito por ella. También conozco la excentricidad con que se divierte V. desde hace ocho días. Quizá cualquiera otro se ofendiese al ver que la burla de V. alcanza á la magistratura. Pero me gustan las letras, y no le recrimino porque ensaye V. conmigo también su ingeniosa farsa, puesto que eso me proporciona el gusto de conocerle.

—¡Eh, señor—dijo Oscar, impacien-

te con tales cortesias — no se trata de burlas! Le juro á V. que soy Oscar Lapissothe, que he cometido el crimen y voy á probárselo.

—Pues bien, caballero—repuso el magistrado—verá V. como soy de buen arreglo. Por lo curioso del caso, no tengo inconveniente en seguir la broma. Y hasta confesaré á V. que de antemano me regodeo en ver cómo un ingenio tan sutil cual el suyo podrá amañárselas para probarme lo absurdo.

—¿Lo absurdo? ¡Pero si lo que he narrado es la verdad absoluta! El cochero no fué culpable. Yo fui quien dispuse...

—Creo haber dicho á V., apreciable señor mío, que he leído su narración. Si le place volvérmela á contar V. mismo, tendré en ello sumo gusto. Pero eso no me probará nada más sino lo que ya tengo por bien probado, á saber: que tiene V. una imaginación asombrosamente fértil y extraña.

—No he tenido nunca ni pizca de imaginación, como no sea para cometer mi delito.

—No para cometer: para escribirlo, señor mío, para escribirlo. ¡Y permítame V. emitir con franqueza mi parecer sobre el asunto! Ha tenido V. excesiva imaginación, ha pasado de los límites trazados á la fantasía del escritor, ha inventado V. ciertas circunstancias que pecan contra la verosimilitud.

—Pero, ¿no le digo á V....?

—¡Permita, permítame V.! Me dispensará V. que me crea algo competente en materia de crímenes. Pues bien; le aseguro, con la mano en la conciencia, que el crimen de V. no está combinado con naturalidad. El encuentro con la criada en *la Pitie* es una cosa casual en demasía. El cloral (dispénseme el juego de palabras) es durillo de digerir. Y por el estilo otros muchos detalles. Como obra de arte, el cuento de V. es hechicero, original,

bien urdido, lo que llaman Vds. interesantísimo; y admito que, como escritor, ha hecho V. perfectamente en disfrazar así la realidad. Pero su famoso crimen, en sí mismo, es imposible. Mi querido Sr. Desroses, hartamente deploro haber de causarle pena; pero si le admiro como literato, no puedo verdaderamente tomarle en serio como criminal.

—¡Ahora vas á verlo!—rugió Oscar Lapissotte, saltando al magistrado.

Tenía espuma en los labios, sangre en los ojos, y todo el cuerpo agitado por un acceso de ira. Hubiera estrangulado al juez si no hubiesen acudido á los gritos.

Apoderáronse de aquel furioso, le ataron é inmediatamente fué encerrado.

Cinco días después lo condujeron á Charenton, como loco.

«¡He aquí á dónde lleva la literatura!—dijo al siguiente día no recuerdo qué cronista de periódico.—Anatalio

Desroses ha hecho una vez, por casualidad, una cosa buena. Eso le ha trastornado de tal modo, que acabó por creer en lo real de su ficción. Es la añeja fábula de Pigmalión enamorado de su estatua. El pobre Murger me decía una vez..., etc..., etc....»

VIII

Y lo más espantoso es que Oscar Lapissotte no estaba loco, sino en su cabal juicio y cada vez más atormentado por ello.

—De manera—pensaba—que tengo todas las desventuras. No quieren creer en mi nombre ni en mi crimen. Cuando haya muerto, pasará sencillamente por Anatolio Desroses, un *escribidor* que tuvo la suerte de estar en vena para escribir un solo cuento bonito; y se tomará por un protagonista de novela á

este Oscar Lapissotte, de carne y hueso como soy, el hombre de sangre fría, resuelto, de acción, el héroe de la ferocidad, la viva negación del remordimiento. ¡Oh, que me guillotinen, pero que se sepa la verdad! Aunque sólo sea un minuto, antes de poner el cuello en la media luna; aunque sólo sea un segundo, mientras caiga la cuchilla; aunque sólo sea lo que dura un relámpago, quiero tener la certidumbre de mi gloria y la visión de mi inmortalidad.

Trataban con duchas esta exaltación.

Al cabo, en fuerza de vivir con su idea fija y en compañía de los locos, volvióse loco también.

Y precisamente entonces le dieron de alta por curado.

Oscar Lapissotte había concluido por creer que, en efecto, era Anatolio Desroses y que nunca había asesinado.

Ha muerto convencido de haber *imaginado* su obra y de no haberla *escrito*.



LOS GENERALES Y EL MUYIK ⁽¹⁾

FOR

CHCHEDRINE

Había una vez dos generales, gentes de poco seso.

De pronto se vieron transportados, por arte de encantamiento, á una isla desierta.

Esos dos generales habían servido

(1) El autor del presente cuento es uno de los más ilustres escritores de Rusia y el primero de sus satíricos. El objeto del actual escrito es, como notará el lector, poner en ridículo á ciertos generales que para nada sirven, y que tanto abundan, no sólo en Rusia, sino en las demás naciones, entregados á la vida ociosa y regalada, mientras el país hace todo género de sacrificios para costear sus sueldos.—(N. DEL E.)

durante toda su vida no sé en qué oficinas. Allí se puede decir que habían nacido y crecido, y allí se habían hecho viejos; de modo que no sabían una palabra de nada. No conocían más voces de la lengua que las de la fórmula «Dios guarde á V. muchos años.»

Sucedió, pues, que se suprimió su destino por inútil; y, recobrada de esa suerte su libertad, nuestros dos generales se establecieron en San Petersburgo, en la calle Podiacheskaia. Cada uno tenía su habitación y su cocinera, y los dos recibían una pensión del gobierno.

Pero, héte aquí que, cuando menos lo pensaban, y según ya se ha dicho, un día se encontraron de repente en una isla desierta, y se despertaron metidos en una misma y única cama.

Naturalmente, al pronto no comprendieron lo que les sucedía, y empezaron á hablar como si no hubiese ocurrido nada de extraordinario.

—Acabo de tener un sueño muy raro—dijo uno de ellos.—Me parecía que estaba en una isla desierta...

Pero de repente se quedó parado y se levantó. Su compañero hizo lo mismo.

—¡Señor! ¿Qué significa esto? ¿En dónde estamos?—exclamaron con voz alterada por la emoción. Y empezaron á palparse el uno al otro para ver si el lance era sueño ó realidad; pero á pesar de todos sus esfuerzos por convenirse de que aquello no era más que una alucinación, tuvieron que rendirse á la triste evidencia.

Por un lado había mar; por el otro, un escrúpulo de tierra; y á la parte allende, mar de nuevo, nada más que mar, hasta perderse de vista.

Entonces nuestros generales derramaron lágrimas, las primeras que vertían desde la supresión de sus destinos.

Se miraron el uno al otro, y echaron de ver que estaban en camisa, con sus condecoraciones colgadas al cuello.

—¡Qué bien sabría tomar el café!— dijo uno; pero, acordándose en seguida de la inaudita aventura que acababa de sucederles, se puso á llorar con su compañero.—¿Qué hacer?—añadió entre sollozos.—¿Escribir una comunicación sobre nuestra aventura? ¿De qué serviría?

—Lo que hay que hacer—contestó el otro—es que V. E. se digne marchar hacia Levante, mientras yo me dirijo hacia Poniente; á la noche volveremos á reunirnos en este sitio, y quizá habremos encontrado una solución.

Se pusieron, pues, á buscar el Este y el Oeste. Recordaron al efecto que su jefe les dijo un día: «Cuando quieran Vds. encontrar el Oriente, miren al Norte, y lo tendrán á su derecha.»

Así que empezaron por buscar el Norte. Probaron de todas maneras; pero como se habían pasado toda la vida en las oficinas, no dieron pie con bola.

—Verá S. E. lo que debemos hacer—dijo uno de ellos.—V. E. se va hacia la derecha, y yo hacia la izquierda; ya verá cómo así salimos del paso.

El que hablaba en estos términos no había servido sólo en las oficinas; había enseñado además caligrafía en la escuela de niños de la clase de tropa, y por eso tenía más cacumen.

En un santiamén se puso por obra su consejo. El uno se fué por la derecha, y topó con árboles cargados de toda clase de frutos.

Bien hubiese querido coger, aunque no fuese más que una manzana; pero andaban tan por las nubes esos frutos, que hubiera sido preciso trepar á los árboles. Aunque lo intentó, no consiguió más que hacerse jirones la camisa.

Llega después á un riachuelo, ¿y qué ven sus ojos? Un hormiguero de peces, ni más ni menos que en el vivero de Fontanka de San Petersburgo.

—¡Si tuviésemos peces así en la calle Podiacheskaia!—pensó nuestro general, y se explayó su semblante ante esa imagen tentadora.

Luego entró en un bosque plagado de ortegas, gallos silvestres y liebres.

—¡Santo Dios! ¡Qué delicia! ¡Vaya un festín!—exclamó, y en el mismo punto empezó á sentir cierta desazón en el estómago; pero no tuvo más remedio que volverse al lugar convenido con las manos vacías. El otro general ya lo estaba esperando.

—Vamos. ¿Encontró algo V. E.?

—Aquí está todo lo que he encontrado: un número antiguo de la *Gaceta de Moscú*. ¡Nada más!

Tomaron el partido de volver á acostarse, pero con el estómago vacío no pudieron dormir. Tan pronto los atormentaba la comezón de saber quién cobraría por ellos sus pensiones, como los asediaba el recuerdo de los frutos, de los peces, de las ortegas, de los ga-

llos silvestres y de las liebres que habían aparecido durante el día.

—¿Quién hubiera podido figurarse—dijo el uno—que el alimento del hombre, considerado bajo su aspecto primordial, vuela por los aires, nada en las aguas y crece en los árboles?

—Seguramente—respondió el otro.—Confieso que yo había creído hasta aquí que los panecillos nacían ya hechos, como se sirven con el café por las mañanas.

—De forma—prosiguió el otro—que, si uno tiene ganas de comerse, pongo por caso, una perdiz, primero habrá que cazarla, después habrá que matarla, luego que pelarla, luego que asarla... Pero ¿cómo se arregla uno para todo eso?

—Justo: ¿cómo se arregla uno para todo eso?—repitió á modo de eco el otro general.

Callaron y trataron de dormir; pero decididamente no los dejaba el hambre.

Pasaban y repasaban por sus ojos ortegas, pavos y cochinillos de leche, acompañados de cohombres, de escabeches y de diversas ensaladas.

—En este momento creo que me comería de buena gana mis propias botas—dijo uno de los generales.

—Tampoco estarían mal unos guantes, después de muy usados—respondió suspirando el otro.

De repente se cruzaron sus miradas. Los ojos despedían un fulgor siniestro; los dientes rechinaban. Salió de sus pechos un sordo rugido. Se arrastraron el uno hacia el otro, y en un instante se tornaron dos fieras. Volaron mechones de pelo y resonaron gritos, que acabaron por convertirse en gemidos.

El general que había sido profesor de caligrafía, arrancó al otro su condecoración de una dentellada, y se la tragó entera en un decir Jesús.

La vista de la sangre que corría los restituyó á la razón.

—¡Somos cristianos—exclamaron—é íbamos á comernos!

—¿Cómo hemos podido llegar hasta ese punto? ¿De qué mal genio hemos sido juguetes?

—Es preciso que nos distraigamos con alguna conversación, ó aquí va á dejar uno el pellejo.

—Empiece V. E.

—Pues empiezo preguntando á qué causa atribuye V. E. que el sol empiece por levantarse y acabe por ponerse, en vez de ser á la inversa.

—Permítame V. E. decirle que S. E. es de lo más original. V. E. hace lo mismo que el sol: primero se levanta; luego va al ministerio; después escribe, y, por último, se acuesta.

—Pero, ¿por qué no admitir el orden siguiente? Empiezo por acostarme, sueño con una multitud de cosas, y después me levanto.

—¿Si?... ¡Pues es verdad!... Merece pensarse. Hablando francamente, cuan-

do yo servía en el ministerio, no tenía más que una manera de ver las cosas. Yo me decía: Ahora estamos en la mañana; después vendrá la tarde; luego me servirán la cena, y, por fin, llegará la hora de acostarse.

La idea de la cena los volvió á sumir en su tristeza y cortó la conversación.

Uno de ellos la reanudó en esta forma:

—Yo he oído decir á un médico que el hombre puede nutrirse mucho tiempo de sus propios jugos.

—¿Y cómo?

—Verá V. E.: los jugos humanos, si me es lícito hablar de esta suerte, vuelven á producir jugos; los cuales, á su vez, producen otros, y así sucesivamente hasta que se agotan.

—¿Y entonces?

—Entonces se hace preciso tomar algún alimento.

—¡Ay, qué demonio!

En resumen: cualquiera que fuese

el tema de sus conversaciones, siempre venían á parar á la comida, lo cual no servía más que para excitar su apetito. Convinieron, pues, en dejarse de conversación; y acordándose del encuentro de la *Gaceta de Moscú*, empezaron á leer con avidez.

«Ayer—leyó conmovido uno de los generales—hubo comida de gala en casa del respetable gobernador de nuestra antigua capital. La mesa era de cien cubiertos, y fué servida con un lujo inaudito. Los productos de todas las partes de la tierra habíanse dado cita, por decirlo así, en aquel festín maravilloso. Allí se veía el dorado esterlete, pescado en las ondas del Cheksna, y el habitante de los bosques del Cáucaso, el faisán. ¡Allí se veían fresas en el mes de Febrero, raro fenómeno en nuestro clima septentrional!...»

—¡Basta, por Dios! ¿No puede V. E. encontrar otro asunto?—exclamó el

general que oía; y arrebatando el periódico de manos de su compañero, leyó lo que sigue:

«Nos escriben de Tula:

«Ayer, con ocasión de la pesca de un esturión en el río Oupa (los habitantes de más edad no tienen memoria de un acontecimiento semejante, tanto más extraordinario cuanto que ese esturión ofrecía notable semejanza con el comisario de policía B...), el club de nuestra ciudad organizó un banquete. El héroe de la fiesta fué servido en una inmensa fuente de madera. Estaba guarnecido de pepinillos y tenía en la boca un manojo de verdura. El doctor P..., encargado ese día de la presidencia del club, cuidó solícitamente de que no faltase una buena ración á cada invitado. Las salsas eran variadísimas, hasta un extremo rayano en la excentricidad.»

—Perdone V. E.—exclamó el otro general, interrumpiendo á su colega

—pero me parece que también elige los asuntos sin discernimiento.

Cogiendo á su vez el periódico, leyó lo que sigue:

«Nos escriben de Viatka:

«Un antiguo habitante de nuestra población ha inventado la siguiente receta para preparar la sopa de pescado: tómese una lota viva; golpéese la de firme, y, cuando se hinche el hígado con la fuerza del dolor...»

Los generales bajaron la cabeza. Cuanto leían les hablaba de comer. Sus mismos pensamientos conspiraban en contra suya, pues por más que se esforzaban en desechar la imagen de los *beaftecks*, la imagen tornaba y se imponía á viva fuerza á su espíritu.

De pronto cruzó una inspiración por la mente del general que había sido profesor de caligrafía, y apareció radiante su cara.

—¿Qué diría V. E.—exclamó alegremente—si encontrásemos un *muzik*?

—¿Cómo? ¿Un *muyik*?

—Sí, sencillamente un *muyik*, tal y como son de ordinario los *muyiks*. En seguida nos traería panecillos, nos cogería ortegas y peces.

—¡Hum!... un *muyik*... pero ¿dónde se le echa el guante, si aquí no los hay?

—¿Cómo que no los hay? *Muyiks* hay en todas partes; la cuestión es conseguir sacarlo de su escondrijo. A buen seguro que está escondido en cualquier lado para librarse de trabajar.

Esa idea dió ánimos á nuestros generales; tanto que, olvidando sus desventuras, se levantaron como movidos por un resorte, y se pusieron en busca del *muyik*.

Vagaron mucho tiempo por la isla sin resultado alguno; pero á la postre los puso sobre la pista un olor acre de pan de munición y de piel de carnero.

Al pie de un árbol, tendido boca

arriba, con las manos debajo de la cabeza, dormía un *muyik* descomunal, huyendo del trabajo de la manera más desvergonzada.

La indignación de los generales no conoció límites. Se precipitaron sobre él, gritando:

—¡Tú durmiendo, haragán, sin pizca de aprensión, mientras aquí se mueren de hambre dos generales desde hace cuarenta y ocho horas! ¡Andando vivito! ¡A trabajar!

El *muyik* se levantó. Vió que los generales no se bromeaban. Se le pasaron buenas ganas de escurrirse, pero ellos lo tenían bien sujeto.

Empezó, pues, á trabajar en su presencia.

Primero trepó á un árbol, y les cogió diez manzanas de las más maduras. Para él no cogió más que una verde.

Después removi6 la tierra, y sacó patatas. Después cogió dos maderos,

los frotó uno contra otro, y encendió lumbré. Después hizo un lazo con su propio pelo, y cazó una ortega. Después se dió traza á preparar platos tan variados, que los generales se preguntaron uno á otro si no sería cosa de dar un bocadillo á aquel gandúl.

Nuestros generales se regocijaban contemplando la faena del *muyik*, y latían de gozo sus corazones. Olvidaban ya que hacia un momento estaban casi muertos de hambre, y se decían: «Es bueno ser general; siempre sale uno de apuros.»

—¿Están contentos los señores generales?—preguntó aquella inutilidad de *muyik*.

—Vemos con satisfacción tu celo, amiguito — respondieron los generales.

—¿Me permiten ahora descansar?

—Descansa, buen amigo; pero antes haznos una cuerda.

El *muyik* cogió al punto cáñamo sil-

vestre; lo mojó, lo maceró, lo retorció, y á la tarde tenía lista la cuerda.

Con esa cuerda le ataron los generales á un árbol para que no se escapara, y ellos á su vez se echaron á dormir.

Pasó un día; pasó otro. El *muyik* hacia maravillas de habilidad, hasta el punto de hervir la sopa en el hueco de la mano.

Nuestros generales se ponían más gruesos, más lucidos, más alegres y vivarachos cada vez. Consideraban que estaban mantenidos de todo, y que, en el interin, su pensión se acumulaba sin cesar en San Petersburgo.

—Pero ¿qué le parece á V. E.?—dijo un día uno de los generales almorzando.—La construcción de la torre de Babel, ¿ha sido un hecho realmente, ó no es más que una alegoría?

—Yo creo que ha sido un hecho, realmente. ¿Cómo explicar de otro modo la diversidad de lenguas que hay en el mundo?

—Entonces, ¿también cree V. E. en el Diluvio?

—Seguramente; porque, ¿cómo explicar si no, la existencia de animales antediluvianos? Tanto más, cuanto que se anuncia en la *Gaceta de Moscú*...

—Hombre, ¿si diésemos un vistazo á la *Gaceta de Moscú*...?

Fueron á buscar el número del periódico; se sentaron á la sombra; leyeron de cabo á rabo las reseñas de la comida de Moscú, de la comida de Tula, de la comida de Penza, de la comida de Riazan, y nada: ya no les hacía la impresión que antes.

Pero al cabo de cierto tiempo, nuestros generales empezaron á aburrirse. Cada vez pensaban más á menudo en las cocineras que habían dejado en San Petersburgo, y hasta derramaron algunas lágrimas en silencio.

—¿Qué harán ahora en la calle Podiacheskaia?—preguntó uno.

—No me hable de eso V. E.; se me

encoge el corazón—respondió el otro.

—Aquí se está muy bien; no puede uno quejarse. Pero tiene razón la sabiduría de las naciones: la soledad no es buena para el hombre; no se concibe el cordero sin la oveja. Luego, echo de menos mi uniforme.

—Yo echo mucho de menos el mío. Como es de cuarta clase, le vuelve á uno del revés la cabeza sólo el acordarse de los bordados.

Y empezaron á marear al *muyik* para que los llevase á la calle Podiacheskaia.

¡Oh, bien conocía esa calle el *muyik*; había ido á ella en persona; allí había bebido agua-miel y cerveza, y no como se quiera, sino grandes tragos!

—¡Pues si nosotros somos generales de la calle Podiacheskaia!—exclamaron los dos con júbilo.

—Pues, en cuanto á mí—respondió el *muyik*—si han visto muchas veces un hombre que andaba sujeto á una

cuerda, por la parte afuera de una casa, con un tarro de colores, y pintando las paredes, ó corriendo otras veces por los tejados como una mosca, ese era yo.

Y el *muyik* caviló cómo dar gusto á los generales, en reconocimiento de la benevolencia que se dignaban atestiguar á un holgazán como él, y por no haber despreciado su trabajo de *muyik*. Y construyó un navío, ó por mejor decir, una barca, que pudiese atravesar el mar y arribar frente á la calle Podiacheskaia.

—Pero ten cuenta con no ahogarnos, canalla—dijeron los generales al ver el barquichuelo sacudido por las olas.

—Pueden estar tranquilos los señores generales; á mí me conoce el mar—respondió el *muyik*, y se preparó para el viaje.

Reunió plumón de cisne, y lo extendió en el fondo de la barca. Hecho

esto, acomodó allí á los generales, se santiguó, y puso en movimiento la barca.

Las veces que los generales tuvieron miedo de las tempestades y de los vientos durante la travesía; las veces que insultaron al *muyik* por su holgazanería, exceden á toda ponderación.

El *muyik* remaba á más y mejor entre tanto, y alimentaba á los generales con arenques.

Por último, volvieron á encontrarse en el Neva, llegó á divisarse el famoso canal de Catalina, y apareció la gran Podiacheskaia.

Las cocineras batieron palmas al volver á ver á los generales tan orondos y rollizos.

Los generales tomaron café, se atiborraron de panecillos azucarados, y se plantaron sus uniformes. Se fueron al Tesoro, y el dinero que allí rebañaron es imposible de decir en un cuento, ni de describir con la pluma.

Pero no se crea que olvidaron al *muyik*: le mandaron un vasito de aguardiente y una moneda de cinco kopeks (1). ¡Regodéate, *muyik*!

(1) O sea, veinte céntimos. — (N. DEL T.)

LA PARTIDA DE CHAQUETE

POR

PRÓSPERO MERIMÉE

Las velas pendían inmóviles, pegadas á los palos; el mar estaba liso como un espejo; hacía un calor asfixiante, una calma desesperadora.

Muy pronto se agotan en un viaje por mar los recursos para recrearse que pueden tener los pasajeros de un buque. Harto se conocen unos á otros ¡ay! cuando han pasado juntos cuatro meses en una casa de madera de ciento veinte pies de longitud. Cuando veis acercarse al primer teniente, ya sabéis

Pero no se crea que olvidaron al *muyik*: le mandaron un vasito de aguardiente y una moneda de cinco kopeks (1). ¡Regodéate, *muyik*!

(1) O sea, veinte céntimos. — (N. DEL T.)

LA PARTIDA DE CHAQUETE

POR

PRÓSPERO MERIMÉE

Las velas pendían inmóviles, pegadas á los palos; el mar estaba liso como un espejo; hacía un calor asfixiante, una calma desesperadora.

Muy pronto se agotan en un viaje por mar los recursos para recrearse que pueden tener los pasajeros de un buque. Harto se conocen unos á otros ¡ay! cuando han pasado juntos cuatro meses en una casa de madera de ciento veinte pies de longitud. Cuando veis acercarse al primer teniente, ya sabéis

de antemano que os hablará de Río-Janeiro, de donde viene; y después, del famoso puente de Essling, que vió hacer por los marinos de la guardia imperial, de los cuales formaba parte. Al cabo de quince días conocéis hasta las muletillas que usa al hablar, la puntuación de sus frases, las diferentes entonaciones de su voz. ¿Cuándo ha dejado nunca de pararse con tristeza después de pronunciar por primera vez en su relato esta palabra, *el emperador*... «¡¡¡Si le hubiesen Vds. visto entonces!!!» (tres signos de admiración) —añade invariablemente. ¡Y el episodio del caballo del trompeta! ¡Y la bala de cañón que rebota y se lleva una cartuchera donde había por valor de siete mil quinientos francos en oro y alhajas, etc., etc.! El segundo teniente es un gran político; comenta todos los días el último número de *El Constitucional*, que ha traído de Brest; ó si abandona las sublimidades de la política

para descender á la literatura, os regalará el oído con el análisis de la última zarzuelilla que ha visto representar. ¡Santo Dios!... El comisario de marina tenía una historia muy interesante. ¡Cómo nos encantó la primera vez que hubo de relatarnos su fuga del pontón de Cádiz! Pero al repetirla por vigésima vez, á fe mía, ya no era posible aguantar más... ¿Y los alféreces y los guardias marinas? El recuerdo de sus conversaciones me pone los pelos de punta. En cuanto al capitán, por lo común es el menos fastidioso de á bordo. Con su carácter de comandante despótico, se halla en secreta hostilidad contra todo el estado mayor. Veja y oprime algunas veces, pero hay cierto placer en decir pestes de él. Si tiene alguna mania cargante para sus subordinados, tiene-se el gusto de ver en ridículo á su superior, y al fin y al cabo eso consuela un poco.

A bordo del buque en que iba yo em-

barcado, los oficiales eran las mejores personas del mundo, todos ellos unos pobres diablos, que se querían como hermanos, pero se aburrían á más y mejor. El capitán era el más dulce de los hombres y nada quisquilloso, lo cual es una rareza. Siempre dejaba sentir á despecho suyo, su autoridad dictatorial. Sin embargo, ¡qué largo me pareció el viaje, y sobre todo esa calma que reinó en torno nuestro pocos días antes de ver tierra!...

Un día, después de la comida, que la falta de ocupación nos hizo prolongar todo el tiempo humanamente posible, estábamos todos reunidos en el puente, esperando el espectáculo monótono, pero siempre majestuoso, de una puesta de sol en el mar. Unos fumaban, otros volvían á leer por vigésima vez alguno de los treinta tomos de nuestra mezquina biblioteca; todos bostezaban hasta saltárseles las lágrimas. Un alférez sentado junto á mí divertíase, con

toda la gravedad de una ocupación seria, en dejar caer con la punta hacia abajo sobre las tablas del combés el puñal que los oficiales de marina suelen llevar con el uniforme de diario. Es un entretenimiento como otro cualquiera y exige habilidad para que la punta se clave verticalmente en la madera. Deseoso de hacer lo mismo que el alférez, y no teniendo yo puñal, quise que el capitán me dejase el suyo, pero me lo negó. Tenía en particular aprecio aquel arma, y hasta le hubiese incomodado verla servir para tan fútil recreo. Ese puñal había pertenecido en otro tiempo á un valeroso oficial, muerto desgraciadamente en la última guerra... Comprendí que iba á narrarse una historia, y no me equivoqué. El capitán dió comienzo sin hacerse rogar. En cuanto á los oficiales que nos rodeaban, como cada uno de ellos conocía al dedillo los infortunios del teniente Roger, emprendieron en segui-

da una prudente retirada. He aquí, poco más ó menos, cuál fué el relato del capitán:

«Cuando conocí á Roger (me llevaba tres años de edad), él era teniente y yo alférez. Les aseguro á Vds. que era uno de los mejores oficiales de nuestro cuerpo; tenía además un corazón excelente, ingenio, instrucción y talento; en una palabra, era un joven encantador, aunque por desgracia un poco altivo y susceptible, lo cual creo que dependía de ser hijo natural y temía que su nacimiento le hiciese perder consideración en la sociedad. Pero, en honor de la verdad, el mayor de todos sus defectos era un deseo violento y continuo de ser el número uno en todas partes donde se hallase. Su padre, á quien nunca había visto, le pasaba una pensión que hubiera sido más que suficiente para sus necesidades, si Roger no hubiese sido la generosidad personificada. Todo cuanto tenía era

de sus amigos. Así que cobraba su trimestre, nunca dejaba de ir á verle alguno con cara triste y mustia.

—Bueno, compañero de glorias y fatigas, ¿qué tienes?—le preguntaba. —Tu aspecto es de no poder hacer mucho ruido al pegarte en los bolsillos. Vamos, aquí está mi bolsa: coge lo que necesites y vente conmigo á cenar.

Llegó á Brest una actriz muy guapa, llamada Gabriela, quien no tardó en hacer conquistas entre los marinos y los oficiales de la guarnición. No era de una hermosura cabal; pero tenía esbelto talle, buenos ojos, pie menudo y un aire algún tanto descarado, y todo eso gusta mucho en las latitudes de veinte á veinticinco años. Por añadidura, decíase que era la criatura más caprichosa de su sexo, y su manera de representar no desmentía esa reputación. Unas veces representaba de un modo admirable, como si fuese una actriz de primer orden; y al día si-

guiente, en la misma obra, estaba fría, insensible, hacía su papel como un niño recita el catecismo. Lo que interesó sobre todo á nuestros jóvenes fué la siguiente historia que de ella se contaba. Parece ser que en París fué querida de un senador muy rico, quien hacía por ella locuras, como suele decirse. Una vez, estando ese hombre en casa de ella se puso el sombrero; Gabriela le rogó que se lo quitase y hasta se quejó de que era una falta de respeto. Echóse á reír el senador, se encogió de hombros y arrellanándose en un sillón dijo: «No tiene nada de particular que esté como me dé la gana en casa de una ramera á quien pago.» Un buen cachete de cuello vuelto, dado por la blanca mano de Gabriela, fué el pago inmediato de esa respuesta, y le tiró el sombrero al otro extremo del cuarto. De aquí un rompimiento completo. Banqueros y generales habían hechos cuantiosas ofertas á la dama;

pero habíalas rechazado todas, y se hizo actriz con el propósito (según su dicho) de vivir independiente.

Cuando la vió Roger y supo esta historia, tuvo para sí que le convenía esa mujer; y con la franqueza un poco brutal de que se nos acusa á nosotros los marinos, he aquí cómo se las arregló para manifestarla cuán impresionados le tenían sus encantos. Compró las flores más bellas y más raras que pudo encontrar en Brest é hizo con ellas un ramo atado con una cinta muy bonita de color de rosa, y en el lazo acomodó con sumo esmero un rollo de veinticinco napoleones de oro: era todo lo que á la sazón poseía. Recuerdo que le acompañé en el escenario durante un entreacto. Dirigió á Gabriela un breve cumplido por la gracia con que llevaba su traje, ofreciéndola el ramo y la pidió permiso para ir á verla á su casa. Todo esto lo dijo en cuatro palabras.

Mientras Gabriela no vió más que

las flores y el guapo mozo que se las presentaba, se sonrió, acompañando su sonrisa con una reverencia de las más graciosas; pero en cuanto tuvo en las manos el ramillete y notó el peso del oro, su fisonomía cambió con más rapidez que la superficie del mar levantada por un huracán de los trópicos. Y en verdad que no estuvo menos iracunda, porque con todas sus fuerzas arrojó el ramo y las monedas á la cabeza de mi pobre amigo, quien llevó en la cara las señales de ellas durante más de ocho días. Dejóse oír la campanilla del director, entró Gabriela en escena y representó todo al revés.

Luego que Roger hubo recogido el ramo y el rollo de oro con aire muy confuso, fué al café para ofrecer el ramo (sin el dinero) á la señorita del mostrador, é intentó olvidar á la ingrata bebiendo ponche, sin conseguirlo; y á pesar del despecho que sentía de no poderse presentar con el ojo he-

cho un tomate, enamoróse locamente de la colérica Gabriela. La escribía veinte cartas diarias, y ¡qué cartas!, sumisas, tiernas, respetuosas, tales como pudieran dirigirse á una princesa. Las primeras le fueron devueltas sin abrir, y las demás quedaron sin respuesta. Aún conservaba Roger alguna esperanza, cuando descubrimos que la naranjera del teatro envolvía las naranjas en las cartas amatorias de Roger, las cuales le daba Gabriela con refinada mala intención. Esto fué un golpe terrible para la altivez de nuestro amigo. Sin embargo, no disminuyó su pasión. Hablaba de pedir la mano de la actriz; y como se le dijese que el ministro de Marina no daría jamás el consentimiento, exclamaba que se saltaría la tapa de los sesos.

En estas y las otras, aconteció que los oficiales de un regimiento de infantería de guarnición en Brest, quisieron hacer repetir una canción de

zarzuela á Gabriela, quien se negó á ello por puro capricho. Aferráronse tanto los oficiales y la actriz á su respectivo antojo, que los unos hicieron bajar el telón á silbidos, y la otra se desmayó. Ya saben Vds. lo que es el público en una ciudad de guarnición. Quedó convenido entre los oficiales, que en el día inmediato y los siguientes, sería silbada sin remisión, y no se le permitiría representar ni un solo papel, sin que antes diese una satisfacción pública con la humildad necesaria para expiar su culpa. Roger no había asistido á esa representación; pero aquella misma noche supo el escándalo que se produjo en el teatro, así como los proyectos de venganza que se tramaban para el día siguiente. En seguida tomó su partido.

Al otro día, cuando apareció Gabriela en el palco escénico, de las localidades de la oficialidad partieron una gritería y unos silbidos capaces de

romper el tímpano. Levantóse Roger, que con toda intención se había puesto muy cerca de los bullangueros, é interpeló á los más alborotadores en términos tan insultantes, que todo el furor de ellos volvióse al punto contra él. Entonces, con la mayor sangre fría sacó del bolsillo la cartera y apuntó los apellidos de los que le gritaban de todas partes; hubiera aceptado el reto para batirse con todo el regimiento, si por espíritu de cuerpo no se hubiesen presentado gran número de oficiales de marina y no hubiesen desafiado á la mayor parte de sus adversarios. La baraúnda fué verdaderamente espantosa.

Toda la guarnición estuvo arrestada varios días; pero en cuanto quedamos en libertad, hubo terribles cuentas que ajustar. Nos encontramos unos sesenta en el terreno del honor. Roger solo batióse sucesivamente contra tres oficiales; mató á uno de ellos é hirió

gravemente á los otros dos, sin sufrir él ni un rasguño. Yo fui menos afortunado, por mi parte: un maldito teniente, que había sido profesor de esgrima, me dió en el pecho una estocada, de la cual poco me faltó para morir. Aseguro á Vds. que fué un hermoso espectáculo el de aquel duelo, ó más bien aquella batalla. La marina salió vencedora en toda la línea, y el regimiento vióse obligado á abandonar á Brest.

Ya se figurarán Vds. que nuestros jefes superiores no olvidaron al autor de la disputa. Durante quince días tuvo centinela en su puerta.

Cuando se le levantó el arresto y sali del hospital, fui á verle. ¡Cuál no fué mi sorpresa al entrar en su casa y verle almorzando á solas con Gabriela! Tenian aspecto de hallarse en perfecta inteligencia desde mucho tiempo atrás. Ya se tuteaban y bebían en la misma copa. Roger me presentó á su querida

como su mejor amigo, y la dijo que me habían herido en la especie de escaramuza de que ella había sido causa primera. Esto me valió un beso de aquella hermosa mujer. Esa muchacha tenía inclinaciones enteramente marciales.

Pasaron juntos tres meses muy felices, sin separarse un instante. Gabriela parecía amarle con furor, y Roger confesaba que no había sabido qué es amor antes de conocer á Gabriela.

Entró en el puerto una fragata holandesa, y los oficiales nos convidaron á comer. Bebióse en grande de toda clase de vinos, y alzados los manteles, no sabiendo qué hacer, porque esos señores hablaban muy mal el francés, nos pusimos á jugar. Los holandeses parecían tener mucho dinero, y, sobre todo, su primer teniente quería jugar tan fuerte, que ninguno de nosotros se cuidaba de aceptar su invitación al juego. Roger, que, por lo común, no

jugaba, creyó que en aquella ocasión tratábase de sostener el honor de su país. Así, pues, jugó y aceptó todas las posturas que quiso el teniente holandés. Ganó al principio, pero luego perdió. Después de algunas alternativas de ganancia y de pérdida, se separaron sin haber hecho nada. Devolvimos el banquete á los oficiales holandeses, y se volvió á jugar otra vez. Roger y el teniente reanudaron su desafío. Durante varios días se dieron citas, ya en el café, ya á bordo, probando toda clase de juegos, en particular el *chaquete*, y aumentando siempre las puestas, tanto, que llegaron á jugar veinticinco napoleones de oro la partida. Eso era una suma enorme para unos pobres oficiales como nosotros. ¡Más de dos meses de paga! Al cabo de una semana, Roger había perdido todo el dinero que tenía, y además tres ó cuatro mil francos pedidos á préstamo á unos y á otros.

Ya comprenderán Vds. que Roger y Gabriela habían concluido por hacer vida conyugal y tener bolsa común; es decir, que Roger, que acababa de cobrar una fuerte suma por su participación en unas presas hechas, había puesto en la masa común de bienes diez ó veinte veces más que la actriz. Sin embargo, hacía cuenta siempre que esos caudales pertenecían principalmente á su querida, y no había guardado para sus gastos particulares más que una cincuentena de napoleones. Se vió obligado á recurrir á estos fondos de reserva para seguir jugando. Gabriela no le hizo la menor observación.

El dinero para la casa llevó el mismo camino que el dinero para el bolsillo. Bien pronto vióse reducido Roger á jugarse los últimos veinticinco napoleones. Tenia terrible deseo de ganar; por eso fué larga y porfiada la partida. Hubo un momento en que te-

niendo Roger en mano el cubilete, ya no tenía más que una probabilidad para ganar; creo que necesitaba el *seis-cuatro*. Era á una hora avanzada de la noche. Un oficial que les había estado mucho tiempo mirando jugar, concluyó por dormirse en una butaca. El holandés hallábase rendido de fatiga y adormilado; además, había bebido mucho ponche. Sólo Roger estaba bien despierto, y era presa de la más violenta desesperación. Echó los dados temblando. Con tal fuerza los echó sobre el tablero, que con el golpe se cayó al suelo una vela. El holandés volvió primero la cabeza hacia la vela, que acababa de mancharle de cera el pantalón nuevo; después miró los dados. Mercaban el seis y el cuatro. Roger, pálido como la muerte, recibió los veinticinco napoleones. Continuaron jugando. Cambió la racha á favor de mi desgraciado amigo, quien, sin embargo, no hacía más que dejar de apun-

tarse tantos ganados por él, y encasillar las fichas como si hubiese querido perder. El teniente holandés se empeñó en seguir para desquitarse: dobló, decupló las puestas y perdió todas ellas. Aún me parece estar viéndole: era un mocetón rubio y flemático, cuyo rostro parecía de cera. Por fin se levantó, después de haber perdido cuarenta mil francos, los cuales pagó sin que su fisonomía revelase la menor emoción.

—Lo que hemos hecho esta noche no significa nada—le dijo Roger;—estaba V. medio dormido, no quiero su dinero.

—Bromea V.—respondió el flemático holandés;—he jugado muy bien, pero la suerte me ha sido adversa. Estoy seguro de poder ganarle á V. siempre, dándole cuatro agujeros de ventaja. ¡Buenas noches!

Dijo y se marchó.

Al día siguiente supimos que, deses-

perado por su pérdida, se había levantado la tapa de los sesos en su cuarto, después de beber un tazón de ponche.

Los cuarenta mil francos ganados por Roger estaban extendidos encima de una mesa, y Gabriela los contemplaba con una sonrisa de satisfacción.

—¡Somos muy ricos—dijo ella.—¿Qué vamos á hacer con todo este dinero?

Nada respondió Roger; parecía como alelado desde la muerte del holandés.

—Es preciso hacer mil locuras—continuó Gabriela.—Dinero ganado con tanta facilidad debe gastarse lo mismo. Compremos una carretela, y mofémonos del prefecto marítimo y su mujer. Quiero tener diamantes y cachemiras. Pide licencia y vamos á París. ¡Aquí no conseguiremos acabar nunca con tanto dinero!

Detúvose para observar á Roger, quien, con los ojos fijos en el suelo y la cabeza apoyada en una mano, no la

había oído y parecía dar vueltas en la cabeza á los más siniestros pensamientos.

—¿Qué demonios tienes, Roger?—exclamó ella, apoyando una mano sobre su hombro.—Parece que estás de monos conmigo; no puedo sacarte del cuerpo ni una palabra.

—¡Soy muy desgraciado!—dijo por fin, reprimiendo un suspiro.

—¡Desgraciado! Dios me perdone; pero ¿tendrás remordimientos por haber desplumado á ese gordo *mynheer*?

Roger levantó la cabeza y la miró con ojos extraviados.

—¿Qué importa—prosiguió ella—qué importa que haya tomado la cosa por lo trágico y que se haya levantado la tapa de los pocos sesos que tenía? No me conduelo de los jugadores que pierden, y lo cierto es que su dinero está mejor en nuestras manos que en las suyas: lo hubiera gastado en beber y fumar, mientras que nosotros haremos

mil extravagancias á cual más elegantes.

Paseábase Roger por el aposento con la cabeza inclinada sobre el pecho, los ojos medio cerrados y llenos de lágrimas. Les hubiera dado á Vds. lástima si le hubiesen visto.

—¿Sabes que gentes no conocedoras de tu sensibilidad caballeresca—le dijo Gabriela—podrían creer que has hecho trampas?

—¿Y si fuese verdad eso?—exclamó él con voz sorda, parándose delante de ella.

—¡Bah!—respondióle sonriéndose.—No tienes maña bastante para hacer trampas en el juego.

—Sí, las he hecho, Gabriela. ¡He cometido fullerías, como un miserable que soy!

Comprendió ésta en su emoción que decía la verdad. Sentóse en un sofá y permaneció sin hablar en un rato; por fin, dijo con voz muy conmovida:

—Mejor querría que hubieras muerto á diez hombres, que no hubieses hecho trampas al juego.

Reinó un mortal silencio de media hora. Ambos estaban sentados en el mismo sofá, y no se miraron ni una sola vez. Roger fué el primero en levantarse, y la dió las buenas noches con una voz bastante sosegada.

—Buenas noches—respondióle ella con tono seco y frío.

Después me dijo Roger que se hubiera matado aquel día mismo, á no temer que nuestros camaradas adivinasen la causa de su suicidio. No quería que su memoria fuese infame.

Al día siguiente, Gabriela estuvo tan alegre como de costumbre; hubiérase dicho que había olvidado ya la confidencia de la víspera. En cuanto á Roger, se había vuelto sombrío, caprichoso, arisco; apenas salía de su cuarto, evitaba la presencia de sus amigos, y á menudo pasaba días enteros sin diri-

gir una palabra á su querida. Atribuía yo su tristeza á una sensibilidad respetable, pero excesiva, y varias veces intenté consolarle; pero trataba de desistirme, afectando una gran indiferencia hacia su desgraciado compañero de juego. Un día, hasta tuvo una violenta salida contra la nación holandesa, y quiso sostenerme que no podía haber en Holanda ni un solo hombre honrado. Sin embargo, informábase en secreto acerca de la familia del teniente holandés; pero nadie pudo darle noticias.

Seis semanas después de aquella desdichada partida de *chaquete*, Roger encontró en el cuarto de Gabriela una carta escrita por un guardia marina, quien parecía darla gracias por favores que ella le había hecho. Gabriela era el desorden personificado, y dejó esa carta encima de la chimenea. No sé si habría sido infiel; pero Roger lo creyó, y su cólera fué espantosa. Su amor y

un resto de orgullo eran los únicos sentimientos que podían adherirle aún á la vida, y el más fuerte de sus sentimientos iba á quedar así repentinamente destruido. Abrumó á insultos á la orgullosa cómica; y violento de carácter como era, yo no sé cómo no la pegó.

—Sin duda—la dijo—ese chisgarabís te habrá dado mucho dinero. Es la única cosa que vosotras queréis, y otorgarías tus favores al más sucio de nuestros marineros si tuviese con qué pagarlos.

—¿Y por qué no?—respondió fríamente la actriz.—Sí; me haría pagar por un marinero... pero... *no le robaría*.

Roger exhaló un grito de rabia. Sacó tembloroso el puñal, y por un instante miró á Gabriela con ojos enloquecidos; luego, haciendo el mayor esfuerzo sobre sí propio, tiró el arma á sus pies y escapóse del aposento, para no ceder á la tentación que le asediaba.

Aquella misma noche pasaba yo muy tarde por delante de su casa, y al ver luz en sus habitaciones, entré para pedirle prestado un libro. Le encontré ocupadísimo en escribir. No se movió de su sitio, y apenas pareció darse cuenta de mi presencia en su cuarto. Me senté junto á su escritorio y contemplé sus facciones: tan alteradas estaban, que á cualquiera otro que no fuese yo, le hubiera costado trabajo conocerle. De pronto vi encima de la mesa una carta cerrada ya y dirigida á mí. La abrí en seguida: anunciábame Roger que iba á poner término á sus días, y me encargaba diferentes comisiones. Mientras iba yo leyendo, no cesaba de escribir él, sin cuidarse de mí: de Gabriela era de quien se despedía... Comprenderán Vds. cuál fué mi asombro y lo que hube de decirle, confundido como me quedé con su resolución.

—¡Cómo! ¿Quieres matarte, tú que eres tan feliz?

—Amigo mío—me dijo cerrando la carta—no sabes nada; no me conoces, soy un bribón; tan despreciable soy, que me insulta una prostituta, y tan convencido estoy de mi bajeza, que no tengo ánimos para pegarla.

Entonces me refirió la historia de la partida de *chaquete*, y todo lo que ya saben Vds. Al oírle, estaba yo tan emocionado, por lo menos, como él, y no supe ni qué decirle; le apreté las manos con lágrimas en los ojos, pero sin poder hablar. Por fin, se me ocurrió la idea de convencerle de que no tenía que acusarse de haber causado la ruina del holandés voluntariamente, y que después de todo, no le había hecho perder con su... fullería... más que veinticinco napoleones.

—¡De modo que soy un ladrón en pequeño y no en grande!—exclamó con amarga ironía.—¡Yo, que tenía tanta ambición, no ser sino un bribonzuelo!

Echóse á reir, y yo me eché á llorar.

De pronto se abrió la puerta, entró una mujer y se precipitó en sus brazos: era Gabriela.

—¡Perdóname—exclamó, abrazándole con fuerza—perdóname! Lo comprendo: no amo á nadie más que á ti. Y ahora te amo más que si no hubieses hecho aquello de que te acusas. Si quieres, robaré... ya he robado... ¡Sí, he robado!... He robado un reloj de oro... ¿Puede hacerse algo peor?

Roger meneó la cabeza con aire incrédulo, pero su frente pareció iluminarse.

—No, pobrecilla mía—dijo rechazándola con dulzura.—No tengo más remedio que matarme. Sufro demasiado; no puedo resistir el dolor que aquí siento.

—Pues bien; si quieres morir, Roger, moriré contigo. ¡Qué me importa sin ti la vida! Tengo valor: he disparado escopetas; me mataré como cual-

quiera otro. En primer término, yo, que he representado tragedias, tengo ya costumbre de hacerlo.

Al comenzar tenía los ojos arrasados de lágrimas; pero esta última idea la hizo reir, y el mismo Roger dejó escapar una sonrisa.

—¡Te ríes, oficial mío!—exclamó Gabriela palmoteando y besándole.—¡No te matarás!

Y no dejaba un instante de besarle, ya llorando, ya riéndose, ya jurando como un marinero; porque no era de esas mujeres á quienes les asusta una palabrota.

Entre tanto, habíame apoderado de las pistolas y el puñal de Roger, y le dije:

—Mi querido Roger, tienes una amada y un amigo que te quieren. Créeme, aún puedes tener alguna felicidad en este mundo.

Sali después de abrazarle, y le dejé á solas con Gabriela.

Creo que sólo hubiésemos consegui-

do retardar su funesto propósito, á no recibir del ministro la orden de embarcarse, como primer teniente, á bordo de una fragata que tenía que ir á cruzar por los mares de la India, después de haber pasado á través de la escuadra inglesa que bloqueaba el puerto. El empeño era arduo. Le hice comprender que más valía morir noblemente de una bala de cañón inglesa que poner él mismo fin á sus días, sin gloria y sin utilidad para su patria. Prometió vivir. La mitad de los cuarenta mil francos los distribuyó entre marineros inutilizados, ó viudas y huérfanos de marinos. El resto se lo dió á Gabriela, quien juró no emplear ese dinero sino en buenas obras. La pobre muchacha tenía la intención de cumplir su palabra, pero le duraba poco el entusiasmo. Después he sabido que dió algunos miles de francos á los pobres; con el resto compró trapos y moños.

Embarcamos Roger y yo en una hermosa fragata: la *Galatea*. Nuestra marinería era valiente, bien instruida, muy disciplinada; pero nuestro comandante, que se creía un Juan Bart porque juraba como un capitán procedente de la clase de sargentos, porque destrozaba la lengua francesa y porque nunca había estudiado la parte teórica de su profesión, de la que comprendía la práctica nada más que tal cuál, era un ignorante. Sin embargo, al principio le favoreció la suerte. Salimos con fortuna de la rada, gracias á una fuerte racha de viento que obligó á la escuadra de bloqueo á tomar el largo, y comenzamos á cruzar quemando una corbeta inglesa y un buque de la Compañía en las costas de Portugal.

Bogábamos con lentitud hacia los mares de la India, contrariados por el viento y por las falsas maniobras de nuestro capitán, cuya impericia aumentaba el riesgo de nuestro crucero.

Cuándo desalojados por fuerzas superiores, cuándo en persecución de buques mercantes, no pasábamos ni un solo día sin alguna nueva aventura. Pero ni la azarosa vida que llevábamos, ni las fatigas que le producía su cargo de jefe del detall de la fragata, podían distraer á Roger de las tristes ideas que sin descanso le perseguían. El, que pasaba en otro tiempo por el oficial más activo y más brillante de nuestro puerto, limitábase ahora nada más que á cumplir con su deber. Tan pronto como concluía el servicio encerrábase en su camarote, sin libros ni papel; pasaba horas enteras tumbado en la litera, y el infeliz no podía dormir. Al ver su abatimiento, se me ocurrió un día decirle:

—¡Caspita! Por poca cosa te afliges, querido. Has escamoteado veinticinco napoleones á un holandés orondo, ¡bueno!, y tienes remordimientos como por más de un millón. Pues bien, dime:

cuando eras amante de la mujer del prefecto de***, ¿los tenías acaso? Y, sin embargo, aquella hembra valía más que veinticinco napoleones.

Revolvióse sobre el colchón sin responderme, y proseguí:

—Después de todo, tu crimen (puesto que dices que es un crimen) tenía un motivo honroso y procedía de un alma elevada.

Volvió la cabeza y me miró con aire furibundo.

—Sí. Porque, en último término, ¿qué hubiera sido de Gabriela, si hubieses perdido?... Si perdías, quedábase reducida á la miseria... Por ella, por amor á ella has hecho la trampa. Hay gentes que matan por amor... ó que se matan... Tú, mi querido Roger, has hecho más. Para un hombre como nosotros, hay más valor en el... robar (digámoslo en plata) que en matarse.»

—Acaso—nos dijo el capitán, interrumpiendo su relato—les parezca ri-

dículo yo. Les aseguro que mi amistad hacia Roger me daba en ese momento una elocuencia que hoy no vuelvo á tener; y lléveme el diablo si al hablarle de esa suerte no iba yo de buena fe y creyendo todo lo que le decía. ¡Ah, entonces era yo joven!

Roger tardó aún algún tiempo en contestar. Me tendió la mano y, como haciendo un gran esfuerzo sobre sí mismo, me dijo:

—Amigo mío, me crees mejor de lo que soy. Soy un cobarde pillastre. Cuando cometí esa fullería con aquel holandés, no pensaba más que en ganarle los veinticinco napoleones, y eso es todo. No pensaba en Gabriela, y por eso me desprecio á mí mismo... ¡Yo, estimar mi honor en menos que veinticinco napoleones! ¡Qué bajeza!... Sí, sería dichoso si pudiese decirme á mí propio: «he robado por sacar de la miseria á Gabriela»... ¡No!... ¡No! No pensaba en ella... En aquel momento

no era un enamorado... Era un jugador... era un ladrón... He robado dinero por tenerlo para mí... Y esa acción de tal modo me ha embrutecido y envilecido, que hoy no tengo ya valor ni amor... vivo, y ya no pienso en Gabriela... soy hombre al agua.

Parecía tan desventurado, que si me hubiese pedido entonces mis pistolas para matarse, creo que se las hubiera dado.

Cierto viernes, día de mal agüero, descubrimos una gran fragata inglesa, la *Alcestes*, que se puso á darnos caza. Era de cincuenta y ocho cañones; nosotros no teníamos más que treinta y ocho. Largamos todas las velas para huir de ella, pero su andar era superior al nuestro y nos iba dando alcance; era evidente que antes de la noche nos veríamos obligados á empeñar desigual combate. Nuestro capitán llamó á Roger á su cámara, donde estuvieron juntos en consulta un cuarto de hora

largo. Roger volvió á subir al combés, me agarró del brazo y me condujo aparte, diciéndome:

—De aquí á dos horas, ese pobre hombre que se pasea por el castillo de popa habrá perdido la cabeza. Dos partidos podían tomarse: el primero, el más honroso, era dejar que el enemigo llegase hasta nosotros y luego hacer entrar al abordaje con brío contra él á un centenar de mozos de empuje; y el otro partido, que no es malo pero sí bastante cobarde, consistiría en aligerarnos tirando al mar parte de nuestros cañones. Entonces podríamos acercarnos muchísimo á la costa de Africa, que se descubre allá abajo, á babor. El inglés, por miedo á irse á pique, veríase obligado á dejarnos escapar; pero nuestro capitán no es un cobarde ni un héroe: va á dejarse destrozar desde lejos á cañonazos, y después de algunas horas de combate arriará honrosamente el pabellón. Tanto peor para

vosotros: los pontones de Portsmouth os esperan. En cuanto á mí, no quiero verlos.

—Quizá nuestros primeros cañonazos—le dije—causen al enemigo averías bastante grandes para obligarle á cesar la caza.

—Escucha: no quiero quedar prisionero, quiero hacerme matar. Ya es tiempo de que concluya con esto que me pasa. Si por desgracia no salgo más que herido, dame palabra de que me arrojarás al mar. Ese es el lecho donde debe morir un buen marino como yo.

—¡Qué locura!—exclamé.—¡Y qué comisión me das!

—Cumplirás el deber de un buen amigo. Sabes que debo morir. Sólo he consentido en no matarme con la esperanza de ser muerto, recuérdalo. Vamos, hazme esta promesa; si te niegas, pediré este servicio al contraestre, quien no me lo negará.

Después de reflexionar algún tiempo, le dije:

—Te doy palabra de hacer lo que deseas, con tal de que estés herido de muerte, sin esperanza de curación. En ese caso, consiento en ahorrarte sufrimientos.

—O seré herido de muerte, ó quedaré muerto.

Me alargó la mano y se la estreché con fuerza. Desde entonces estuvo más tranquilo, y hasta brilló en su rostro cierta alegría marcial.

Hacia las tres de la tarde, los cañones de caza del enemigo comenzaron á dar en nuestro aparejo. Cargamos entonces parte del velámen, presentamos un costado á la *Alcestes* y disparamos nuestras andanadas, respondiendo los ingleses con vigor á nuestros fuegos. Al cabo de una hora de combate, nuestro capitán, que no hacía nada á derechas, quiso intentar el abordaje. Pero teníamos ya muchos muertos y heri-

dos, y el resto de la tripulación había perdido parte de su ardor; además, había sufrido mucho el aparejo, y los mástiles estaban muy destrozados. En el momento en que largábamos todas las velas para acercarnos al inglés, nuestro palo mayor, que casi no podía tenerse ya derecho, cayó con un estrépito horrible. La *Alcestes* aprovechóse de la confusión que ese accidente nos produjo al pronto. Pasó por nuestra popa, soltándonos su andanada á medio tiro de pistola; barrió de proa á popa á nuestra desdichada fragata, que no podía oponerle en ese punto más que dos cañoncitos. Hallábame en ese momento cerca de Roger, quien se ocupaba en hacer que cortasen los obenques que aún sostenían el derribado mástil. Le siento apretarme con fuerza el brazo; me vuelvo, y le veo caído de espaldas en el combés y todo cubierto de sangre. Acababa de recibir un metrallazo en el vientre.

El capitán acudió corriendo á él, y le dijo:

—¿Qué debemos hacer, teniente?

—Clavar nuestro pabellón en ese trozo de mástil y hacernos echar á pique.

El capitán le abandonó en seguida, no haciéndole maldita la gracia este consejo.

—Vamos—me dijo Roger—acuérdate de tu promesa.

—Eso no es nada—le respondí;—puedes sanar de ello.

—Tírame por encima de la borda—exclamó jurando horriblemente, y agarrándome por los faldones de la levita. —Ya ves que no puedo escaparme de esta; arrójame al mar, no quiero ver arriar nuestra bandera.

Acercáronse á él dos marineros para llevarlo á la sentina.

—¡A vuestros cañones, tunantes!—exclamó con fuerza.—¡Tirad con metralla y apuntad al entrepuesto! Y oye tú: ¡Si faltas á tu palabra, te maldigo

y te tengo por el más cobarde y el más vil de todos los hombres!

Su herida era mortal de necesidad. Vi al capitán llamar á un guardia marina y darle orden de arriar nuestro pabellón.

—Dame un apretón de manos—dije á Roger.

En el momento mismo en que fué arriada nuestra bandera de combate

.....»

—¡Capitán, una ballena á babor!—interrumpió un alférez, corriendo hacia nosotros.

—¡Una ballena!—exclamó el capitán, transportado de júbilo y dejando sin concluir su relato.—¡A escape, al mar la falúa! ¡Al mar el chinchorro! ¡Todos los botes al mar! ¡Vengan arpones, cuerdas, etc., etc.!

.....

No pude saber cómo murió el pobre teniente Roger.



EL AYUNO

POR

EMILIO ZOLA

I

Cuando el vicario subió al púlpito, con su ancha sobrepelliz de nivea blancura, la baronesa estaba devotamente sentada en el sitio de costumbre, delante de la capilla de los Angeles, cerca de un calorífero.

Después de un instante de recogimiento, el vicario se pasó delicadamente por los labios un pañuelo de batista; después abrió los brazos, semejante á un serafín que se dispone á volar, inclinó la cabeza, y habló. La

voz pareció al principio, en la vasta nave, como murmullo lejano de agua corriente, como queja amorosa del viento en el follaje. Poco á poco creció el murmullo, la brisa se convirtió en tempestad, rodó la voz con el majestuoso retumbar del trueno. Pero siempre, por instantes, aun en medio de las más formidables explosiones, la voz del sacerdote se dulcificaba súbitamente, recorriendo con claros rayos de sol el sombrío huracán de su elocuencia.

Desde que empezó á susurrar entre las hojas, la baronesita había adoptado la posición beatífica y ensimismada de una persona de oído delicado, pronta á deleitarse con todos los primores de la sinfonía preferida. Dulce éxtasis pareció embargarla ante las frases musicales del exordio: siguió después, con atención de inteligente, las inflexiones de la voz, la sonoridad del efecto final con tanto arte preparado, y cuando la voz adquirió todo su volumen, no pudo

retener un «¡bravo!» discreto, un cabeceo de satisfacción.

Desde este punto fué como un goce celeste; todas las devotas se sentían arrobadas.

II

No obstante, el Vicario decía algo: acompañaba su música con palabras. Predicaba acerca del ayuno. Exponía cuán agradables son á Dios las mortificaciones de las criaturas. Inclinado sobre el púlpito, en su actitud de gran pájaro blanco, suspiraba:

—Ha llegado la hora, hermanas y hermanos míos, en que debemos todos, imitando á Jesús, llevar nuestra cruz, coronarnos de espinas, subir nuestro calvario, desnudos los pies, pisando los guijarros y la maleza.

La baronesita hubo de encontrar, sin duda, la frase muy artística, porque guiñó dulcemente los ojos, como penetrada de inefable satisfacción, y al compás de la sinfonia del vicario, sin dejar de seguir sus frases melódicas, cayó en un semi-éxtasis lleno de voluptuosidades íntimas.

En frente de ella se abrían las altas ventanas del coro, pardas con la niebla. La lluvia no cesaba. La encantadora criatura había acudido al sermón con un tiempo atroz. Hay que ser sufrido cuando se tiene religión. El cochero había sufrido un aguacero espantoso, y ella misma, al saltar del carruaje, se mojó ligeramente las puntas de los pies. Verdad que su cupé era excelente, cerrado, techado como una alcoba; pero, ¡es tan triste ver, á través de los húmedos cristales, las filas de paraguas corriendo afanosamente por las aceras! Pensaba, además, que, á haber hecho buen tiempo, habría podi-

do ir en victoria, lo que es mucho más agradable.

En el fondo, su mayor temor era que el vicario despachase demasiado pronto. Le sería preciso entonces esperar á que llegase el coche, porque ciertamente no había de volver á pie con semejante día. Y calculaba que, al paso que iba, no tenía el vicario voz para dos horas; el cochero no estaría á tiempo, y esta ansiedad amargaba algo las devotas alegrías de la baronesa.

III

El vicario, con bruscos movimientos de cólera que le hacían erguirse, flotante el cabello, los puños dirigidos á lo alto, como hombre que es presa del espíritu vengador, gritaba:

—Y, sobre todo, ¡desgraciadas de

vosotras, pecadoras, si no vertéis sobre los pies de Jesús los perfumes de vuestros remordimientos, el aceite oloroso de vuestro dolor! ¡Creedme! ¡Temblad, caed de rodillas sobre las piedras; sólo viniendo á encerraros en el purgatorio de la penitencia, abierto por la Iglesia durante estos días de contrición universal; sólo desgastando las losas con vuestras frentes pálidas por el ayuno; sólo sometiendoos á las angustias del hambre y del frío, del silencio y de la noche, mereceréis el perdón divino el día fulgurante del triunfo!

La baronesita, sacada de su preocupación por este terrible apóstrofe, movió la cabeza lentamente, como compartiendo la opinión del enojado sacerdote: por su parte, no abrigaba la menor duda; era menester coger las disciplinas, ocultarse en el rincón más sombrío, más húmedo, más glacial; y azotarse sin piedad.

Después volvió á caer en sus ensue-

ños: se perdió en el fondo de un bienestar, de un éxtasis lleno de ternura. Estaba cómodamente sentada en una silla baja de ancho respaldo, y tenía á sus pies un cojineté bordado que la preservaba del frío de las baldosas. Medio echada, gozaba de la iglesia, de esa gran nave, donde flotaban los vapores del incienso, y cuyas profundidades, sumidas en sombras misteriosas, se inundaban de adorables visiones.

La nave, con sus colgaduras de terciopelo rojo, sus adornos de oro y mármol, con su aire de inmenso *boudoir*, bañada en aromas embriagadores, iluminada por la suave claridad del crepúsculo, cerrada y como pronta á partir en busca de amores sobrehumanos, la había envuelto poco á poco en los encantos de sus pompas. Era aquello como una fiesta de los sentidos. Su gruesa y bonita persona se abandonaba, lisonjeada, mecida, acariciada, y,

sobre todo, su voluptuosidad se sentía pequeña ante tan gran beatitud.

Pero, bien á pesar suyo, lo que mayor placer le producía, era el tibio aliento del calorífero, colocado casi bajo sus enaguas. Era muy friolera la baronesita. El calor deslizaba discretamente sus suaves caricias á lo largo de sus medias de seda. Grato sopor la embargaba en este baño de blanda molicie.

IV

Seguía airado el vicario. Abrianse ya ante los ojos espantados de las devotas, para tragarlas, las calderas de aceite hirviendo del infierno.

—Si no escucháis la voz de Dios, si no escucháis mi voz, que es la misma voz de Dios, en verdad os digo, veréis

cómo crujen vuestros huesos, veréis cómo se abre vuestra carne sobre los carbones encendidos, y entonces será inútil que gritéis: «¡Piedad, Señor, piedad; yo me arrepiento!» ¡Dios no os atenderá y os empujará al abismo con el pie!

A este último arranque hubo un estremecimiento en el auditorio. La baronesita, que resueltamente se dormía bajo el influjo del aire tibio en que flotaban sus ropas, se sonrió vagamente. Conocía mucho al bueno del vicario. El día anterior lo había tenido á su mesa. Adoraba el pastel de salmón trufado, y el burdeos era su vino favorito. ¡Hombre excelente, sin duda! De treinta y cinco á cuarenta años, moreno, el rostro tan redondo y sonrosado, que, más que rostro de sacerdote, parecía el rostro alegre de una moza de granja. Por otra parte, hombre de mundo, de paladar delicado, de lengua almibarada, decía á la baronesita con voz me-

losa:—«¡Ah señora; con semejante tocado, haría V. que se condenase un santo!»

En cuanto á él, no se condenaba. Igualmente galante con la marquesa, con la condesa, con todas sus penitentes, era el niño mimado de estas damas.

Cuando los jueves iba á comer á casa de la baronesita, ésta le cuidaba como á tierna y querida criatura á quien un soplo de aire puede constipar, á quien un plato mal condimentado produciría infaliblemente una indigestión.

En el salón, su butaca estaba al lado de la chimenea; en la mesa, los criados tenían orden rigurosa de atenderle especialmente y servirle, á él solo, cierto vinillo de edad de doce años, que bebía, cerrando los ojos con fervor, como si estuviera comulgando.

¡Era el vicario tan bueno, tan bueno! Mientras que desde lo alto del púlpito hablaba de huesos que crujen y de

miembros que se chamuscan, la baronesita, en su estado de somnolencia, veíale á su mesa, limpiándose beatíficamente los labios, y diciéndole: «He aquí un bizcocho, señora, que haría que V. hallase gracia cerca de Dios, si su belleza no bastase por sí sola para asegurarle el paraíso.»

V

El vicario, desahogada su cólera, proferidas sus amenazas, estalló en sollozos. Era de ordinario su táctica.

Casi de rodillas en el púlpito, no mostrando más que las espaldas, se enderezaba de súbito, irguiéndose, inclinándose, como abatido por el dolor; se enjugaba los ojos, dándose fuertes

restregones con un paño de muselina almidonada; movía los brazos á la derecha y á la izquierda; adoptaba actitudes de pelicano herido.

Era el ramillete final, el trozo á toda orquesta, la escena, llena de movimiento, del desenlace.

—¡Llorad, llorad! —suspiraba con voz expirante.—¡Llorad por vosotros, llorad por mí, llorad por Dios!...

La baronesita se había quedado dormida, con los ojos abiertos.

El calor, el incienso, la sombra que se espesaba, habían embotado sus sentidos. Se había hecho una pelota, se había encerrado en las voluptuosas sensaciones que experimentaba, y allá, en sus adentros, soñaba cosas muy agradables.

A su lado, en la capilla de los Santos Angeles, había un gran lienzo, que representaba hermosos jóvenes, medio desnudos, con alas en las espaldas. Sonreían con sonrisa de amantes apa-

sionados, é inclinados, arrodillados, parecían adorar á alguna baronesita invisible.

¡Gallardos mozos, de labios tiernos, de piel sedosa, de brazos musculosos!

Y lo malo era que uno de ellos se parecía como un huevo á otro al joven duque de P***, uno de los mejores amigos de la baronesita.

En su estado de adormecimiento, preguntábase ella si el duque no estaría así bien, desnudo, con alas en las espaldas; por otra parte, se imaginaba al bello y sonrosado querubín vestido con el negro traje del duque.

Después fijóse el sueño: era ya realmente el duque, en ropas muy ligeras, que desde el fondo de las tinieblas le enviaba besos con los dedos.

VI

Al despertarse la baronesita, oyó al vicario que pronunciaba la frase sacramental:

—Esta es la gracia que os deseo.

Permaneció un instante como asombrada.

Creyó que el vicario deseaba para ella los besos del duquesito.

Hubo un gran ruido de sillas. Todo el mundo se fué.

La baronesita lo había pensado perfectamente; su cochero no estaba al pie de las gradas. El pícaro del vicario se había apresurado á concluir su sermón, robando á sus penitentes lo menos veinte minutos de elocuencia.

Impacientábase la baronesita en una nave lateral, cuando vió salir al vicario precipitadamente de la sacristía. Miraba la hora en su reloj, con el aire de hombre muy ocupado que no quiere faltar á una cita.

—¡Ah, querida señora! Me he retrasado—dijo.—Ya lo sabe V.; me esperan en casa de la condesa. Hay allí un concierto espiritual, seguido de una pequeña colación.



CHRISTEL

POR

SAINTE-BEUVE

Durante el invierno de 1819, hacia fines de Febrero, llegó á un pueblecito del Perche, para establecerse en él, una madre con su hija. Iban á desempeñar la administración de correos que, por graves quejas dirigidas contra su predecesor, había quedado vacante. Llegaron por la noche, y al día siguiente se instalaron en la casita que, en una calle contigua á la plaza, ocupaba la administración desde hacía muchos años. En ella no tenían que pagar alquiler; la

habitación del piso bajo que daba á la calle, era la que constantemente ocupaban.

Después de los cambios y arreglos que hicieron, el reparto de la administración fué el siguiente: la sala, con dos ventanas, no tenía entrada por la calle; la puerta exterior comunicaba con un viejo pasillo, cuyo tabique había sido derribado á medias, colocando en él una verja de madera, á través de la cual entregaban la correspondencia. Siguiendo la verja, hacia el fondo del pasillo, una puerta, también enrejada y siempre abierta, daba entrada á la administración.

Las dos personas que venían á desempeñar aquel humilde y penoso cargo, á pasar días interminables y monótonos detrás de aquellas ventanas, contemplando aquella verja de madera, no estaban acostumbradas á tan triste situación por su vida anterior. La baronesa de M..., viuda de un jefe de es-

cuadrón muerto en 1815 de pena y despecho, después de los desastres de los Cien Días, era alemana. Conoció en Lintz á M. M..., teniente entonces bajo las órdenes de Moreau. Se amaron y huyó con él, siguiendo á su marido por todas partes, y riendo para siempre con su linajuda familia. Su hija nació en Suiza, en el frío Appenzel, y más tarde alumbró su infancia el sol de España. Esta joven, que acababa de cumplir diez y ocho años, era la única preocupación de su madre. Durante dos años, después de la muerte de M. M..., la digna y noble viuda vivió con el producto de algunas economías y la venta de varias alhajas, restos de una posición desahogada. Todo era para ella preferible á la idea de reanudar relaciones con su familia de Alemania, tan orgullosa de sus blasones, que, aun después de la boda de Maria Luisa, había sido con ella inflexible. La amenazadora miseria, y, so-

bre todo, el porvenir de su hija, iban quizá á obligarla á escribir, cuando la subida al ministerio del general Dessolle, fué para ella un rayo de esperanza. Su marido había servido á las órdenes del general, y éste, en espera de algo mejor, hizo que la diesen aquella administración de correos, que motivó su llegada al pueblo.

Hacia cerca de dos meses que la madre y la hija desempeñaban el empleo que era para ellas único recurso del presente, y quizá última esperanza del porvenir, pues ya se hablaba de la salida de M. Dessolle. No salían nunca ni habían entablado amistades en el pueblo. Las servía una antigua criada que habían llevado con ellas. La madre, enferma, siempre triste, no se mo-

via de una butaca colocada cerca de la ventana. En cuanto se abría la puerta y aparecía alguien ante la reja, se ponía la muchacha de pie, diligente, atenta y agradable para todos, como si nunca hubiese hecho otra cosa, recibiendo con su blanca mano las sucias monedas que los aldeanos la daban para el franqueo de las cartas que dirigían á los paisanos y paisanas que habían ido á París en busca de trabajo. Los días de mercado particularmente, atendía á todos ellos y les ayudaba á escribir los sobres, y algunas veces hasta ella misma les escribía las cartas. Pronto fué conocida y respetada por las gentes de los alrededores, y eso que en general eran ingratos y de naturaleza agreste y dura.

Un día que su madre dormitaba en su sillón, como acostumbraba á hacerlo después de comer, la joven Christel, pensativa, dejando llegar hasta ella el primer rayo de la primavera que ju-

gueteaba por la habitación, arreglaba con mano distraída las cartas recibidas; la mayor parte para distribuir y algunas para los castillos de los alrededores, que venían á la lista de correos. Entre ellas llamaron su atención tres, dirigidas al conde Hervé de T..., todas tres escritas por la misma mano, por una mano que parecía elegante y de mujer, y en las que creía adivinar algún misterio. Entre los demás papeles ordinarios, la blancura de aquéllos se destacaba y demostraban estar cerrados por delicados dedos. El perfume que exhalaban denotaba el ambiente embalsamado en que habían sido escritos. Estos indicios entristecieron á Christel, haciéndola recordar la vida elegante que había perdido y para la que había nacido. Hija ejemplar, generosa, capaz de todos los sacrificios, tenía un fondo de distinción natural, y la sangre de los nobles abuelos de su madre se mezclaba, sin perder nada en ello, á la

sencillez de un carácter ingenuo y á una educación esmerada. Su conformidad con la suerte ocultaba su altivez, así como la bondad hacía resaltar sus gracias, y la dulzura atenuaba la vehemencia de su imaginación.

Christel padecía, y aquel día padecía más que nunca. Se ocultaba cuidadosa de su madre, por temor de delatarse, y procuraba no confesárselo á sí misma nada más que en aquella hora de sueño que la dejaba entregada á su tristeza.

Christel no había amado todavía, ocupándose únicamente de su madre. Sólo se había separado de ella un año, que estuvo en Ecouen, el último feliz que pasó. Las desgracias de su patria francesa ocupaban preferente lugar en su alma juvenil, llenando el vacío que dejaban los demás sentimientos. Sin embargo, los lozanos recuerdos de la niñez que evocaba en aquella hora, los hermosos lugares que había reco-

rrido y que se habían quedado impresos en su memoria, cierto bosque de Alsacia, tal balcón de Burgos, los ecos mil de una charanga militar oculta en el laberinto cubierto de musgo de algún paseo, todo lo sentía, sin que ella se diese cuenta, como un preludeo interminable, como un confuso panorama. Christel tomó los tres billetes y los puso aparte, en un lado del escritorio, como para no mezclarlos con los demás. «¡Qué saludo tan cariñoso—se decía—qué atracción tan irresistible, qué canto de sirena debe de encontrar en ellos el que los lea!» Apenas acababa de dejarlos sobre la mesa, cuando entró un joven que, descubriéndose respetuosamente detrás de la verja, preguntó si había alguna carta dirigida á la persona que nombró.

Christel, en el momento que sintió abrir la puerta de la calle, se levantó, adelantándose apresuradamente con el afán que siempre demostraba la no-

ble joven en el buen desempeño de su cargo.

Al oír el nombre de la persona á quien debían de venir dirigidas, respondió vivamente y sin reflexionar, sí, entregando las tres cartas que tenía separadas y ruborizándose al notar su apresuramiento. El conde Hervé estaba demasiado preocupado con lo que recibía para apercibirse de otra cosa; saludó, salió, y cuando pasaba por delante de las ventanas, vió Christel que ya había roto uno de los sobres y leía ávidamente lo que tanto parecía interesarle. En los días siguientes se recibieron más cartas, que siempre recogía él mismo, cortés, silencioso, ocupado solamente de ellas. Un extraño interés se despertó en Christel; evidentemente aquel joven amaba y era amado. El conde Hervé tenía veinticinco años, era de arrogante figura, había servido algún tiempo en la guardia de honor y después en los mosqueteros en 1814.

Hacia algunos meses que había dejado el servicio, alejándose de París y de la sociedad para vivir en una finca que su padre poseía á una legua de aquel pueblo. Era el joven de una de las más nobles y antiguas familias del país. Sucesivamente se enteró Christel de todos estos detalles, sin poner nada de su parte para obtenerlos, pero aunque ni la madre ni la hija recibían visitas, la curiosidad y los comentarios de las vecinas al ver llegar al joven al galope de su caballo hasta la entrada de la plaza, habían bastado para enterarla. El interés que Christel demostró por este amor que adivinó desde el primer momento, ¿fué inspirado solamente por curiosidad femenina, y, digámoslo así, desinteresada? ¿No experimentó muy pronto cierta turbación y sufrimiento? ¡Ni ella misma lo podría decir! Lo cierto es, que al apretar un día entre sus dedos uno de aquellos billetes coquetos, olorosos y casi transparentes bajo

su fina cubierta, sintió brotar sangre de una repentina herida, se encontró envenenada con su perfume. Al entregarlos aquel día, el rubor abrasó sus mejillas y después palideció; amaba.

Amor, amor, ¡quién podrá penetrar uno solo de tus misterios! Desde la creación del mundo le cubres con tu manto, ejerciendo tu soberano poder sobre los corazones, inspirándoles de mil maneras diversas inagotables pasiones. La juventud de todas las generaciones tiene su Edén, con el encanto de los dones más preciados. El más maravilloso y el más mágico de los amores es el que se siente, y aún más, si es posible, el que se presiente. No digáis que sólo una vez puede nacer en el corazón para un mismo objeto, porque yo sé que renace de sus cenizas y puede tener dos primaveras. No digáis tampoco que nace ó no nace repentina y definitivamente por una sola mirada,

y que una vez entablada la amistad se hace imposible el amor.

Dante, Petrarca, amantes que dedicaron tiernas melodías al amor, han podido comprobar el año, el mes y la hora en que sintieron penetrar en su pecho la flecha amorosa, en que les hirió el sagrado y fulminante rayo. En cambio, otro, ha dicho después de dos años de espera:

Cada cual se cree el más amado y el más amante. La juventud se figura que estas tempestades son sólo patrimonio suyo, y se equivoca; si se retrasan y llegan en la edad madura, estallan con mayor violencia porque han tenido más tiempo para formarse. Así, cada cual, si en realidad ama, cree que su amor es el más sublime y perfecto. El más verdadero de todos los amores es el que al parecer nace sin causa. ¿Por qué amó Christel al conde Hervé? ¿Por qué le admiró desde el primer momento? No hizo más

que entrar, saludar cortés, pero indiferentemente; no dijo ni una palabra, ni dirigió una mirada que no fuese precisa. No le conocía nada más que de nombre, por lo que oía á las vecinas. Le admiraba por la necesidad que tiene el amor de admirar, sin que hubiese dado motivo para ello, porque para ser amado no se necesita merecerlo. Era hermoso, joven, sensible, fiel evidentemente y quizá desgraciado, ¿que más podría pedirse? Al pasar á caballo por delante de sus ventanas reparaba que montaba muy bien. Creía saber todo cuanto con él se relacionaba. ¡Oh qué fe le habría inspirado si fuese á ella á quien amase!

Aquellas cartas constantes despedían un fuego que abrasaba sus manos y refluía á su corazón. El correo de París llegaba á las dos y media; al terminar de comer, poco después, cuando su madre dormitaba, Christel se acercaba sin hacer ruido al escritorio, y

hacía apresuradamente el apartado. Así que concluía tomaba la carta dirigida á Hervé, que al principio había separado, y la estrechaba largo tiempo entre sus manos temblorosas como si hiciese algo prohibido. Algunas veces la conservaba hasta que su madre se despertaba ó él mismo venía á recogerla, que solía ser á las cuatro de la tarde. Concluyó por leer claramente el pensamiento que encerraba el sello del lacre que variaba caprichosamente; blasón más bien de coquetería que de amor, que sólo desea ser comprendido. El sello diario la demostraba con bastante exactitud la clase de sentimientos que iba á transmitir, y esto constituía uno de sus tormentos.

Algunas veces quería engañarse á sí misma; si el lacre color de rosa ó azul le mostraba una flor, un pensamiento erguido en su rígido tallo como si fuese una flor de lis (estaba entonces muy de moda), debe de ser una

flor de lis—se decía—y no un pensamiento.

Al siguiente día el fiel lebel no le permitía abrigar la menor duda, y aumentaba su tristeza y melancolía. El reposado león le hacía soñar, y algunas veces que sólo había alrededor del lacre el día de la semana, respiraba con más libertad. Un día vió con sorpresa una cabeza de muerto y dos huesos en cruz. ¿A qué obedecerá esto—se dijo—ó será sólo un juego? ¿Será posible que se atraiga así la desgracia? Tampoco tardó en distinguir todas las cartas que él escribía, tanto las que él mismo ponía en la caja, como las que traía un criado que muy pronto conoció. Su mirada lo comprendía todo sin que se dijera una palabra. Las cartas de él eran sencillas, sin lacrar, dirigidas á París, á la lista de correos, á un nombre que no debía de ser el verdadero. ¡Seguramente eran mucho más serias que las de ella! ¡Con cuánta

emoción las oprimía cuando estampaba el timbre necesario!

¿Qué amor era aquel que tanto interesaba al conde Hervé, que lo alejaba de su vida de placeres y lo relegaba al campo desde hacía seis meses, preocupado con una sola idea?

Poco importa saberlo; el relato se parecería demasiado á otros tantos que nos han dado á conocer amores efímeros y vulgares. Una mujer del gran mundo, á la que había hecho la corte durante largo tiempo, correspondió á su amor y le otorgó favores que no se conceden impunemente. Fingió amarle, ó, en efecto, creyó que le amaba. Sobrevinieron obstáculos que le decidieron á partir y á confinarse por algún tiempo en aquel destierro. Ella se mostró agradecida; parecía que con la ausencia su amor aumentaba, y se lo repetía constantemente. Poco á poco, entre los obstáculos y las distracciones, se atuvo á la *amistad*, palabra sacra-

mental de las mujeres para 'empezar á despedir al amor, y concluyó por olvidar promesas hechas con tanta frecuencia por escrito, de palabra, y á veces no sólo de viva voz.

Todavía no se había llegado á tanto, pero empezaban á faltar cartas; Hervé parecía presentirlo; no iba á buscarlas, ó muchas veces era en vano.

Cuando la correspondencia marchaba bien, cuando los sellos de París traían sus pensamientos (porque, decididamente, por realistas que se los quiera hacer, no podían parecer una flor de lis), cuando diariamente devolvía el correo la contestación de Hervé, Christel sentía una ansiedad cruel, le parecía que el correo que llevaba la contestación le arrancaba la fibra más sensible de su alma, la encantadora esperanza de su juventud.

Pero si las cartas de París tardaban, si volvía una vez y otra sin encontrar contestación, si cortés, discreto, siem-

pre silencioso, limitándose á la impréscindible pregunta, no podía menos de delatar su ansiedad por una mano adelantada con excesiva ligereza por algún movimiento de despecho con los labios, entonces le compadecía y sufría á la vez por ella y por él. Pálida y temblorosa, sin que él lo notara, le entregaba la carta apetecida á él, pálido y tembloroso también, pero por distinto motivo; quería que la carta causase la felicidad de él y lo temía por ella. Desfallecía si le veía sonreír á las primeras líneas, porque cuando tardaban en llegar, la impaciencia no le permitía esperar; rasgaba el sobre en el momento, y si le parecía triste, al acabar la lectura también se entristecía.

¡Oh! Si poco después alguna aldeanita llegaba, volviendo y revolviendo en sus manos una carta para algún soldado paisano suyo y se la entregaba para el franqueo, temblorosa y ruborizada, también ella enrojecía al to-

marla, diciendo en voz baja: «Le pasa lo que á mí.»

Por aquella época, un joven, hijo del notario del lugar, para quien Mad. M... había llevado alguna carta de recomendación, pero cuya amistad no había cultivado, quiso ser presentado en su casa y obtener permiso para visitarlos. La intención era conocida, y Mad. de M... habló de ello á su hija; ésta, desde las primeras palabras, la detuvo, y arrojándose en brazos de su madre, la suplicó, dándole ardientes besos, que no volviese á hablarla de aquel asunto. La madre no insistió; pero al ver tan rotunda negativa, y por otros indicios que ya había observado, lo comprendió todo.

Sin embargo, hacía ya meses que el conde Hervé iba muchos días á la semana, y nada había pasado ostensiblemente que pudiera indicar lo que ocurría, nada más que á la sagacidad de un corazón interesado.

Solamente habría podido adivinar que existía una pasión un rival ó una madre; una madre prudente, reflexiva y enferma á la que aún hace ser más previsora el temor de tener que abandonar á su hija demasiado pronto. El mismo Hervé, apenas había distinguido en aquella habitación, en la que nunca entraba, á la joven mensajera pasiva de su amor. Un día tuvo la prueba de esta verdad cruel. Era un domingo; había salido con su madre para dar un paseo, cosa que hacían pocas veces. Seguían las dos despacito la carretera, contemplando la encantadora vista que ofrecía el campo regado y cruzado de mil arroyuelos y desde donde se descubría el horizonte.

Había bastante gente á lo largo del camino. De pronto vieron al conde Hervé que venía á caballo. Era la hora ordinaria de su visita y una carta le esperaba en la administración. Christel se echó á temblar y rogó á su ma-

dre en aquel momento que se apoyase bien sobre su brazo sin temor de cansarla.

Hervé pasó al trote de su caballo por delante de ellas; las miró con curiosidad, pero como nunca las había visto fuera de su casa ni se había ocupado de lo que podría parecer Christel con su esbelto talle al aire libre, no las conoció á tiempo y no las saludó. Diez minutos después, al volver, se encontraron de nuevo, ¡habiendo comprendido al no ver más que á la criada en la administración que podían ser ellas, las saludó! Prueba evidente de lo poco que se había fijado y de su indiferencia.

¡Qué incomprensible es el corazón, qué original en sus demostraciones! Absorto, preocupado con el deseo que le domina, es ciego para todo cuanto le rodea. En esas novelas antiguas tan saboreadas, vemos al paje mensajero de amor que con su gracia de adoles-

cente cautiva á la dama del castillo y hace que se olvide de quien lo envía. Los arrogantes embajadores de los reyes, al ir en busca de las hermosas prometidas á lejanas playas, han solido alcanzar las primicias de los corazones. Aquí vemos á un joven de quien es mensajera una linda muchacha, elegante, esbelta, vehemente, que lee desde hace meses la muerte ó la vida en su mirada y en la que ni siquiera ha reparado. Ciertó que la ve sencillamente vestida, sin otra flor que la que ella representa, detrás de una verja que no es dorada, en una habitación estrecha y oscura, ¿pero no la ilumina ella con su presencia?

Christel pasaba momentos crueles, difíciles, amargos, humillantes; la dulce melancolía y las ilusiones de los primeros días habían desaparecido. El estado de su ánimo la avergonzaba y se decía con exaltación: «¿Por qué no he de poder vencer esta pasión?»

Ya no recurría en sus tristezas á sus antiguas aficiones, á su cariño filial, á sus lecturas predilectas; nada de esto bastaba: necesitaba sentimientos más enérgicos, más profundos, oscuros, desesperados, como, por ejemplo, su culto por la patria. Evocaba la memoria de su padre, la bandera bajo la cual había combatido, el duelo de la invasión; excitaba, provocaba en ella el orgullo herido del vencido; trataba de envolver en su aversión con el afán de represalias al noble realista, al mosquetero de 1814, pero era en vano; sus esfuerzos resultaban inútiles, el amor, que conoce su poder, se reía de aquellas cóleras ficticias. Ni el mismo emperador evocado sobre una roca tenía ninguna autoridad. Quería ver desprecio en la conducta de Hervé, vanidad insolente en aquella indiferencia constante, y esto la indignaba; pero no, aún era peor, bien lo conocía; aquel pretendido desdén la hería más

cruelmente por lo mismo que era involuntario.

¿Cómo olvidar ella á su vez? ¿Cómo huir sin aislarse de aquel incendio interior que la devoraba? Arrojaba á un rincón las odiosas cartas y juraba no volverlas á ver ni á tocar. Si al menos hubiese podido salir, distraerse frecuentando la sociedad, aturdirse como la mujer más frívola en el torbellino del baile insensato, ó aún mejor, escaparse, correr por los bosques como corza ligera y buscar en sus antros secretos la flor del olvido.

Pero no, y siempre no; su jaula la aprisiona, es necesario que siga encerrada detrás de aquella verja, cerca del veneno lento que pasa por sus manos y que la mata; ella misma se convierte en instrumento dócil y mudo de su martirio. Lágrimas de impotencia, de celos, de humillación y de vergüenza abrasan las mejillas, y vertidas por dentro de su alma, devastan la vida,

la esperanza, los risueños oasis del recuerdo. Sin embargo, si él llegara á entrar en aquel momento y con su cortesía habitual hubiese dirigido la sencilla pregunta que acostumbraba, la veríamos demudarse, y todos aquellos arranques de orgullo caerían por su base, convirtiéndose en humilde dolor; todo lo demás habría desaparecido. Seis meses habrían pasado desde la primera visita. Octubre tocaba á su término. Desde hacía algún tiempo las cartas eran menos frecuentes; una vez, dos veces había ido á buscarlas, y siempre en vano. La segunda vez ya se dirigía á la salida, cuando retrocedió, insistiendo en que volviesen á mirar. Lo hizo ella por satisfacerle, aunque bien sabía el resultado. Puso todo el paquete de cartas dirigidas á la lista sobre la tablita que estaba por dentro de la verja, y los dos, inclinados, emocionados, aunque por razones tan diversas, leyeron uno á uno todos los so-

bres. Sus cabezas casi se tocaban á través de los barrotes; pero ni aun aquel día se le ocurrió la idea de pasar aquella puerta y buscar cerca de ella, con ella.

¿Dormía mientras tanto la pobre madre? Callaba, hundida en su sillón, tan palpitante y emocionada como su hija. ¿Qué hacer? Desde hacia algunos días su enfermedad se había agravado y casi no podía levantarse. Darse por enterada con su hija, era decirle que se había delatado, hubiese sido, digámoslo así, echar leña al fuego, que manteniéndolo secreto y ahogándolo, quizá se extinguiera por sí mismo. La prudente madre no perdía la esperanza de que así sucediese y callaba todos sus pensamientos.

Volvió por tercera vez, y tampoco encontró carta; insistió de nuevo, él, tan correcto siempre, como persona á quien la inquietud trastorna y no quiere disimular.

En medio de la habitación estaba ella de pie, más pálida que él, respondiendo por monosílabos, sin saber qué decir, cuando de pronto, sin poder sostener una lucha tan desigual, sintió que desfallecía, hizo un ademán como para sostenerse á la verja y cayó desvanecida.

La pobre madre, que desde el primer momento comprendió lo que ocurría, se levantó precipitadamente del asiento en que el dolor la tenía clavada y tratando de levantar á la joven, exclamó completamente trastornada: «¡Mi hija, mi pobre hija! ¿Qué habéis hecho, caballero, es posible que no hayáis adivinado? El se adelantó presuroso, atravesó la verja, entró en la habitación por la primera vez, pero era demasiado tarde.

¡Cuántas veces, entre dos corazones que podrían comprenderse y unirse, se levanta, por todo obstáculo, no una muralla, ni una pared, ni una verja de

hierro, sino, como ahora sucedía, una sencilla verja de madera, ni siquiera cerrada, y sin embargo, nada se adivina y se muere y se deja morir!

Christel tardó en recuperar los sentidos; al abrir los ojos vió á Hervé cerca de ella esperando su vuelta á la vida, y respondió á esta primer mirada con una sonrisa indescriptible. Todos los días volvió á verlas, pero ni pedía cartas, ni vinieron más, al menos de aquella mano.

Una extraña, conmovedora y tácita inteligencia se estableció entre aquellos tres seres. Ni pidieron ni dieron ninguna explicación. La madre no habló particularmente con la hija. Hervé, atento y discreto, fué varias veces á visitarlas, y, por último, todas las tardes pasaba largas horas á su lado. Supo apreciar, desde el primer momento, la distinción y nobleza de aquellos dos seres. La debilidad de Christel continuaba; la palidez marmórea de sus

mejillas no desaparecía, pero ya se la veía sonreír, y sus ojos, de un azul más celeste, demostraban el agradecimiento de la felicidad que disfrutaba. Su enfermedad la obligaba á la quietud; no ocupaban la habitación de la calle; una persona que Hervé había indicado, antigua ama de gobierno entendida y fiel, estaba todo el día por módico salario en la administración, y sin dejar de hacer calceta, atendía á todos los que llegaban; vivían retiradas en una habitación próxima á la de Mad. M... La ventana daba á un jardinito, cuyo muro, muy bajo y distante, dejaba ver á lo lejos los prados y las colinas despojadas entonces de verdura: era pleno invierno. Aquella habitación tan sencilla, de virginal elegancia, adornada con el retrato del padre y el arpa, por desgracia muda, de Christel, habría sido agradable y risueña en el verano, contemplando la naturaleza selvática al lado de aquellas mujeres queridas.

Así pensaba Hervé por la primera vez cuando empezaban á caer las primeras nieves. Sin embargo, la cruda estación no careció de encantos para ellos.

Sin interrogarse, se contaban insensiblemente su vida pasada, la que se asemejaba en mil puntos diferentes. ¡Cuántas veces coincidían en sus encantadores recuerdos! Hervé y Christel no tenían necesidad de confrontar largo tiempo sus almas ni explicarse sus gustos y tendencias, pero es muy agradable verse reflejado uno en otro, hacer poco á poco descubrimientos en la vida del ser amado, como en un país conocido, gozar día por día de lo nuevo que pueda ofrecer, aunque casi todo está previsto y parecen reminiscencias de la vida pasada, sueños de oro de la niñez. A poco de conocerse creían que se habían amado siempre. La familia de Hervé tenía parientes en Alemania; él mismo sabía hablar á la perfección aquel idioma. ¡Qué alegría para Chris-

tel, qué emoción para su madre, que se creía transportada á una de las selvas de sus antepasados. La pequeña biblioteca de Christel contenía algunos libros escogidos, traídos por su madre de Alemania; Hervé solía leer alguna oda de Klopstock, algún poema de Matthisson, literatura alemana, algo anticuada, pero siempre ingenua y elevada. Un libro que él la llevó, entonces muy en boga, *Las Meditaciones poéticas*, la agradó en extremo. Más de una vez al leer Hervé aquellas elegías tan conmovedoras, tuvo que pararse bajo una impresión demasiado fuerte, causada por la repentina idea de que pudiera ser presagio doloroso. El arpa silenciosa, en un ángulo de la habitación, atraía también sus miradas, habría deseado que Christel la tocara, pero la debilidad de la joven no lo permitía sin un extremado cansancio. Esperaban que llegase la primavera, y entonces podría hacerlo con más alegría después de

tanto silencio. Así pasaron días felices, sin apresurar nada, sin preocuparse demasiado del porvenir.

Seguramente que Hervé amaba á Christel: pero ¿la amaba con verdadero amor, es decir, con ese amor involuntario, inmotivado, que no lo inspira ni el agradecimiento, ni la compasión, ni el conocimiento profundo, razonado, sentido, de todos los méritos y de todas las gracias? Porque el amor en sí no es nada de esto.

No me atrevo á asegurar tanto respecto de Hervé, pero la amaba con ternura; la quería más que á una hermana, y desde el primer momento de intimidad concibió delicados y leales proyectos. Al conocer el origen de Madame M..., comprendió que su familia no pondría obstáculos insuperables á sus deseos. Muchas veces intentó hablar de sus proyectos, pero la timidez, ese pudor de toda afección sincera, hizo que sus palabras fuesen más confusas de lo

que él deseaba. Una tarde que se habló más extensamente de curación y esperanza, formando proyectos para la primavera próxima, conviniendo en dirigir los paseos á caballo hacia un bosque de hayas seculares de la propiedad de Hervé, que, según decía, había albergado las hadas de su infancia y del que se complacía en ponderar la belleza, creyó el momento oportuno, y después de algunas palabras acerca de su madre, á la que había hablado, según decía, de aquella visita deseada. «Ya es tiempo—añadió—de que conozca á la que va á recibir en su casa.» Christel se estremeció y le detuvo, haciendo un gesto significativo acompañado de una mirada al cielo, tan resignada, tan agradecida, tan sin esperanza y demostrando un sentimiento tan profundo al comprender la imposibilidad de realizar aquellos proyectos con una enferma como ella, que la afligida madre no pudo menos de cambiar con Hervé una

mirada profunda, arrasados sus ojos de lágrimas. La primavera se aproximaba; Abril, con sus mañanas alegres, con sus rayos de sol, besando sus tiernos vástagos, con sus parleros pájaros picoteando en los cristales, aparecía tan juguetón como el día en que Christel, hacía un año justamente, reparó por primera vez en las fatales cartas. El horizonte campestre que se descubría desde la salita empezaba á verdear y presagiaba poco á poco la fresca sombra, las flores. Christel ya no salía de esta habitación; en un rincón se había colocado su modesta cama, que sin cortinas y cubierta con un chal, apenas se veía. Todavía se levantaba y pasaba la tarde y parte de la noche sentada en un sillón. A pesar que la debilidad, aumentada desde hacía algunos días, parecía que estaba mejor; había más animación en el semblante y en la mirada, más color en las mejillas, y todo presagiaba que la primavera influiría

provechosamente. Hervé cobraba esperanzas, y así lo manifestaba; hacía dos horas que, acariciados por el sol poniente, hablaban del porvenir. Christel se prestó gustosa á la ilusión, y aprovechó la ocasión para darle sanos consejos, describiéndole una vida de dicha y virtud en la que él la creía presente, pero en la que ella sabía que no podría influir sino desde el cielo bendiciéndole: «Viviréis la mayor parte del tiempo en vuestras posesiones—le decía.—París y la sociedad no os atraen demasiado; hay que ocuparse del porvenir, fundándolo en bases sólidas de virtud. Debéis de praveros contra los odios de allá y haceros amar aquí.» Al hablar de la familia y los hijos embellecía los deberes que se contraen diciéndole: «Tendrán las mismas hadas de vuestra infancia bajo los mismos bosques que os han prestado su sombra.» Hervé no trataba de comprender; estaba poseído de una santa alegría. La

luz misteriosa de la caída de la tarde y aquellas francas palabras, le dieron valor y expresó con claridad su deseo de próxima unión; aquella vez, sea que ella estuviese muy débil después de tanto esfuerzo, ó demasiado enternecida, dejó que se explicase hasta el fin sin interrumpirle. Al contrario, vió en la sombra una mano que buscaba la suya, la entregó y sintió que después de estrecharla fuertemente, separó Christel su mano dejando entre las de él la de su madre. Siguió un largo silencio producido por la emoción; el día había desaparecido por completo; no se oyó más que un suspiro. A poco, entró repentinamente la criada, sin que la hubiesen llamado, trayendo luz. La brusca claridad iluminó la blanca frente de Christel, caída hacia atrás, y sus tranquilos ojos para siempre dormidos.

¡Oh muerte! ¡Revistes tantas formas variadas, que aun el que te ha contemplado alguna vez puede encontrarte

bajo nuevo aspecto! Te han visto cuando te afianzas á la juventud y á la hermosura, encarnizarte con violencia, descargando golpe sobre golpe para derribarlos, como hace con su hacha el leñador furioso, y sosteniendo largos asaltos con agonías terribles. Otras veces atacas lentamente minando poco á poco el exterior y el fondo, y operas la obra de destrucción grado por grado en las naturalezas más florecientes, devastándolas con un arte cruel antes de descargar el último golpe en el corazón; una vejez centenaria se imprime en rostros de veinte años. Otras veces también, cuando te sirves de tus más dulces flechas, no haces más que debilitar, disminuir insensiblemente la respiración, conservando las facciones su armonía, la frente su puro contorno, y cuando imprimes en ella tu beso helado parece que es su última corona. ¡Oh muerte, cuántas formas variadas revistes, casi tantas como el amor!

Al día siguiente Hervé condujo á la infeliz madre al castillo de su familia, donde se vió rodeada de atenciones delicadas y de un cariño filial por parte de él. No fué por mucho tiempo, porque antes de terminar el próximo otoño, á la caída de las primeras hojas del cementerio, se reunió al tesoro que había perdido.

¿Qué fué de Hervé? Esto es menos interesante; los hombres, aun los mejores y los más sensibles, tienen mil recursos, infinitas juventudes. Padeció, pero vivió. La sociedad se apoderó nuevamente de él; las pasiones políticas le distrajeron y también otras pasiones del corazón, si no es profanar el nombre aplicándolo á inclinaciones pasajeras. Sea como quiera y haga lo que haga, recuerda eternamente á la divina criatura que tanto padeció, y en sus momentos mejores y más graves, bajo aquella nieve que al huir la hermosa juventud ha dejado á trechos en su ca-

beza, es el refugio secreto de sus más puras tristezas y el origen verdadero de sus inspiraciones más desinteresadas.

—Es muy cierto—dijo entonces una mujer joven y hermosa, ya experimentada, que había escuchado hasta entonces en silencio toda la historia;—los hombres necesitan esas existencias cogidas al pasar para tejerse un recuerdo.



EL PAN BENDITO

POE

FRANCISCO COPPÉE

Empujé la puerta, cuyos bordes estaban recubiertos con burlete y entré en la iglesia á la hora de la misa mayor.

Una ráfaga de aire tibio, en que se combinaban el olor de los cirios encendidos, el perfume del incienso y el tufo del calorífero me dió en el rostro, al mismo tiempo que llegaban á mi oído el penetrante rumor de las monedas de diez céntimos agitadas en la vieja bolsa de terciopelo por la dama postulante, y el canto llano, penetrante, unísono, de los chantres que decían

allá, en el fondo de la iglesia, en el coro:

—*Et cum spiritu tuo.*

Pero di media vuelta á la izquierda, pasé por una pequeña puerta ojival y de repente dejé de percibir todo ruido, respiré la atmósfera pesada de las cuevas y recibí en los hombros una impresión desagradable de frialdad: me encontraba al pie de la escalera de caracol que conduce al cuarto del órgano, en donde iba á ver, en este domingo, á mi amigo Hermann.

¿Ha notado el lector la semejanza que hay entre las escaleras que conducen al cuartucho de los organistas y las de los entresuelos de las tiendas de vinos? Tal vez por este parecido mi amigo Hermann es muy aficionado á tomar en el almuerzo vino de Chablis y caracoles, y suele llevar algunas manchas de la salsa de éstos en la inamovible corbata blanca, todo lo cual no es obstáculo para que sea un excelente con-

trapuntista y un admirable improvisador: nunca olvidaré las variaciones que en cierto día de Pasuas y en el canon de misa improvisó estando yo presente, acerca de este motivo melancólico, tan oído por las calles de París:

¡Ropa vieja que vender!

¡El traperol!

Estuvo tan hábil como el músico Bach, y estoy convencido de que al oírlo, lloraron de alegría mística en el Paraíso todos los ángeles, arcángeles, serafines, querubines, potencias, virtudes, tronos y dominaciones.

En mi estado normal, soporto la música; pero cuando estoy triste, la amo, en especial la música de iglesia. Por eso iba á visitar á Hermann.

En aquel día estaba triste ¡oh!, tan triste como un mes de lluvia «en un puerto de mar». ¿Por qué? No lo recuerdo. Quizá á causa de la niebla que

siempre me produce una inquietud abrumadora, ó tal vez por melancólica displicencia, porque la vida es corta y los días son largos. ¿Sería tal vez la causa de aquel pliegue que sentía en el corazón, la deslealtad de algún amigo ó la infidelidad de alguna mujer? ¡Qué importa! Como quiera que fuese, tenía el espíritu conturbado; mariposas negras volaban por mi cerebro, y me sentía inclinado á acusar al destino de no darnos la felicidad más que en dosis homeopáticas.

El órgano de Hermann—Noel y Chapsal nos obligan á escribir esta frase bárbara—es uno de los más grandes de París: visto desde la nave del templo, tiene un aspecto magnífico, á pesar de su ornamentación de pésimo gusto, con sus altas torrecillas, sus enormes tubos de perspectiva que hacen pensar en las cartucheras de un circasiano gigante, y sus angelotes de madera tallada, vestidos con pompa

mundana y con los carrillos inflados para soplar en sus trompetas de oro. Subí la escalera medio á oscuras, con menos cansancio que vago pesar, y llegué hasta el sitio de Hermann.

*
*
*

Encontré á mi amigo sentado en su taburete, con los brazos cruzados, delante del teclado. Precisamente en aquel momento, dominando el ruido de pisadas que desde las naves laterales llegaban hasta nosotros, se oyó como á lo lejos la voz gangosa del diácono:

—*Sequentia Sancti Evangelii secundum Matthaeum.*

Entonces los dos cangrejos de cinco patas que sirven de manos á Hermann—verdaderas manos de pianista—cayeron sobre el teclado, y un raudal de

notas que me causó un estremecimiento en el corazón, se produjo tan claro, tan poderoso, tan nutrido, tan sonoro, que apenas me dejó oír el coro de fieles que se unía á la música del órgano para responder al diácono:

— *Gloria tibi, Domine.*

Precisamente aquel conjunto armonioso, era el que yo buscaba.

Pero el instrumento debía permanecer mudo hasta el fin del Evangelio, y, mientras tanto, después de haber estrechado el cangrejo que Hermann me tendió muy cordialmente, apoyé los codos en una barandilla del órgano, al lado de uno de aquellos ángeles sonoros de trompetas que era verdaderamente monstruoso visto de cerca, con sus mofletes de tritón de las aguas de Versalles.

Desde el sitio en que me había colocado, el golpe de vista era admirable. La mirada podía descubrir hasta el fondo del ábside; y en verdad que no

me desagradan esas iglesias jesuíticas del siglo XVIII, en que las nubes azuladas de humo del incienso suben hasta confundirse con los rayos de sol que penetran por las grandes ventanas sin vidrios. Esas columnas corintias, esas estatuas del gusto de Bernin, esos púlpitos de columnas retorcidas, esos doseles terminados en penachos, esos deslumbradores altares, con sus nubes de mármol y sus rayos de sol de madera dorada, todo eso es de mal gusto, aunque sea de mucha perspectiva y muy suntuoso: eso es propio del arte declamatorio, conforme; da idea de una plegaria escrita por un retórico, es cierto; representa el período de decadencia, todo lo que se quiera; pero á mi me gustan más San Roque ó San Sulpicio, que todas nuestras iglesias modernas, copias de basílicas bizantinas ó de catedrales del siglo XV.

Sin embargo, aquel día, lo repito, estaba triste y tenía ganas de llorar;

nada podía distraerme, y mientras que la nariz del diácono cantaba en monótona variedad de sonidos el pésimo latín en que se tradujo el Evangelio, yo permanecía apoyado en los codos en una posición de abandono, cerca del coloso mofetudo, y dejaba caer mi mirada precisamente por debajo de mí mismo, como una plomada.

Muy grotesca es la humanidad vista desde semejante posición. A cada instante algunos fieles entraban y salían, y los sordos golpes de la puerta forrada de burleteretumbaban detrás de ellos y acompañaban irregularmente la lejana salmodia del diácono. Y veía pasar á un hombre muy grueso, cuyo abdomen ocultaba los pies y que parecía rodar sobre su vientre; con su morrión en un brazo, un soldado, del que no se veía más que el círculo de su cabeza rasurada, el borde superior de las orejas y su par de charreteras rojas; dos papalinas blancas que ocultaban á

dos hermanas de la caridad, y parecían alas que se agitan con el aspecto de dos enormes pesadas mariposas. Las calvicies eran especialmente dignas de verse desde aquella altura; su desnudez, á las veces cruzada por un surco, brillaba; y pude explicarme el error del águila que habiendo suspendido una tortuga en el espacio, tomó el cráneo de Esquilo por una piedra con la cual podría romper el caparazón de su tortuga, y mató de un golpe al trágico griego.

Todos los que pasaban no tenían aspecto de figuras humanas hasta que habían andado unos cincuenta pasos en la nave central ó en las laterales, y me recordaban un antiguo dibujo del *Almacén pintoresco*, un dibujo del hábil Granville, en el que se halla representado ese singular efecto de perspectiva. Y todas mis dichas de niño me acudían á la memoria en un efluviio de recuerdos: ¡qué felices horas aquellas

en que abría mi caja de acuarelas y mojaba el pincel con la lengua para iluminar los grabados de un viejo librote! Quien no haya tenido un ejemplar de los primeros años del *Almacén pintoresco*, antes de su primera comunión, no ha sido niño. ¡Qué lejos estaba ya de mí aquel hermoso tiempo! Y me sentía más triste, más desgraciado que nunca.

Sin embargo, el Evangelio había concluido, los *Dominus vobiscum* volvían á comenzar, se había dicho el *Credo* y se llegaba al Ofertorio.

En este momento de la misa, el órgano funciona sin acompañamiento, como se sabe. Después de haber sacado y empujado algunos registros, Hermann, teniendo sus dedos huesosos colocados en forma de patas de araña sobre el teclado, y con las piernas encogidas para oprimir los pedales, hacía surgir del mágico instrumento un sublime canto de oración, y allá abajo,

en el santuario, donde se balanceaban los incensarios rítmicos, se acababa de presentar el pan bendito.

*
*
*

¡La espléndida torta! ¡El triunfante bollo! Este predominaba en mantel immaculado, y se adivinaba, al admirarlo dede lejos, que debía oler bien y estar recién hecho.

Después de las oraciones, aparecieron dos grandes cestas circulares llenas de trozos de pan bendito, pequeños y grandes, las llevaban cuatro niños de coro que iban precedidos por un rozagante pertiguero con entorchados, dotado con un par de pantorrillas que hubieran hecho soñar á Catalina II si las hubiera visto parecidas en un granadero de su guardia. Cuanto al real bollo, había

desaparecido al momento: sin duda estaba reservado para el señor cura.

El pan bendito fué desde luego presentado á los mayordomos de la iglesia, que estaban sentados en el banco de las autoridades.

Eran graves burgueses vestidos con pesadas ropas de invierno, llevando gorras de terciopelo, sentados en sillas de coro con la actitud tranquila y segura de los ricos: tomaron sin escrúpulo entre sus dedos cubiertos con guantes forrados, los mayores trozos, y después de haberse santiguado, los comieron con lentitud: algunos de esos encargados de la fábrica, ya antiguos amigos de la casa, tomaban un segundo pedazo, y también un tercero, y sacando de su bolsillo un periódico envolvían con cuidado la torta para llevarla á su familia.

Cuando las cestas llegaron á las primeras filas de fieles, cerca de la mesa de comunión, iban ya bastante mer-

madas; pero aquellos á quienes las presentaban, gozaban todavía de privilegios: devotos conocidos, damas piadosas y postulantes, penitentes del padre Tal ó Cuál, todos feligreses notables, que tenían sus nombres ó sus iniciales grabadas en una placa de cobre en el dosel de su reclinatorio.

Esos aún pudieron tomar buena porción de pan bendito y hacer de él su pequeña provisión. A la décima ó duodécima fila no había ya más que varios medianos trozos; después, á pesar de la presencia de la hermana, las huérfanas de papalina negra y esclavina azul no fueron más discretas; de modo que las gentes más retiradas registraron en vano el fondo de las cestas; sólo encontraron insignificantes migajas.

Cuanto á un grupo de pobres que yo había visto al entrar situados debajo de la caja del órgano, infelices mujeres con rosario, ancianos de pie ó de rodillas sobre su gorra, criadas con

papalinas de aldeas, ¡por vida mía! ¡tanto peor para los que no pueden destinar cinco céntimos para la alquiladora de sillas!, vieron pasar por delante de sus narices las cestas vacías que los monaguillos conducían á la sacristía, balanceándolas con ademanes incultos.

En la situación fastidiosa de ánimo en que me hallaba, aquella injusticia me molestó. Hermann había vuelto á abrir y cerrar los registros; había escogido las flautas más dulces y los sonidos más suaves para dejar oír «las voces celestes» y llenar la vasta iglesia con un himno de dulzura y de serenidad. Me sentía con el corazón agitado, y entonces tomé esta nota que acabo de encontrar en un cuaderno de apuntes:

«La felicidad se parece al pan bendito de la misa mayor: solamente se reparte un pedacito los domingos y no todos los fieles participan de él.»

UNA CONDESA

POR

ALFONSO DAUDET

Carlos d'Athis, publicista, tiene el honor de participar á V. el nacimiento de su hijo Roberto.

El recién nacido sigue bien.

Todo el París literario y artístico recibió, hace cosa de diez años, esa esquila impresa sobre papel satinado y con el escudo de armas de los condes de Athis-Mons, de los cuales, el último, Carlos de Athis, había sabido, muy joven aún, conquistarse un nombre de poeta.

«...El recién nacido sigue bien.»

papalinas de aldeas, ¡por vida mía! ¡tanto peor para los que no pueden destinar cinco céntimos para la alquiladora de sillas!, vieron pasar por delante de sus narices las cestas vacías que los monaguillos conducían á la sacristía, balanceándolas con ademanes incultos.

En la situación fastidiosa de ánimo en que me hallaba, aquella injusticia me molestó. Hermann había vuelto á abrir y cerrar los registros; había escogido las flautas más dulces y los sonidos más suaves para dejar oír «las voces celestes» y llenar la vasta iglesia con un himno de dulzura y de serenidad. Me sentía con el corazón agitado, y entonces tomé esta nota que acabo de encontrar en un cuaderno de apuntes:

«La felicidad se parece al pan bendito de la misa mayor: solamente se reparte un pedacito los domingos y no todos los fieles participan de él.»

UNA CONDESA

POR

ALFONSO DAUDET

Carlos d'Athis, publicista, tiene el honor de participar á V. el nacimiento de su hijo Roberto.

El recién nacido sigue bien.

Todo el París literario y artístico recibió, hace cosa de diez años, esa esquila impresa sobre papel satinado y con el escudo de armas de los condes de Athis-Mons, de los cuales, el último, Carlos de Athis, había sabido, muy joven aún, conquistarse un nombre de poeta.

«...El recién nacido sigue bien.»

¿Y la madre? ¡Oh! De ella no hablaba la esquila. Todo el mundo la conocía demasiado. Era hija de un antiguo cazador furtivo de Sena y Oise, una antigua modelo que se llamaba Irma Sallé, y cuyo retrato había rodado por todas las Exposiciones, como el original había rodado por todos los estudios. Su frente pequeña, su labio levantado á la antigua, aquella cara de campesina—una guardadora de pavos con facciones griegas—aquel color, un poco tomado, de las muchachas que se crían al aire libre, que da á los cabellos rubios reflejos de seda pálida, daban á aquella chiquilla una especie de originalidad bravia, completada por dos ojos de un color verde magnífico, medio escondidos entre las espesas cejas.

Una noche, después de un baile

en la Opera, Athis se la llevó á cenar, y desde hacía dos años seguía la cena. Pero aun cuando Irma había entrado por completo en la vida del poeta, aquella esquila de dar parte, insolente y aristocrática, demostraba claramente lo poco que en ella significaba.

Y, en efecto, en aquel hogar provisional la mujer no era más que una ama de llaves, que regentaba la casa del aristócrata poeta, con el cuidado de su doble naturaleza de campesina y de cortesana, esforzándose á cualquier costa por hacerse indispensable. Demasiado rústica y demasiado tonta para comprender nada del genio de Athis, aquellos versos magníficos, refinados y de buen tono que hacían de él una especie de Tennyson parisiense, había sabido, sin embargo,

LIBRARY
"ALFONSO CASTELLANO"
APR. 18 1925 MONTREAL, MEXICO

plegarse á todos sus desdenes, á todas sus exigencias, como si en el fondo de aquella naturaleza vulgar hubiera quedado un poco de la admiración humillada de la plebeya hacia el aristócrata, de la vasalla hacia el soberano. El nacimiento del niño no hizo más que aumentar su nulidad en la casa.

Cuando la condesa de Athis-Mons, la madre del poeta, mujer distinguidísima de la mejor sociedad, supo que tenía un nietecito, un vizconde pequeñín, debidamente reconocido por el autor de sus días, tuvo deseos de verle y abrazarle. Ciertó que para una antigua dama de la reina María Amelia era muy duro pensar que el heredero de aquel título tenía una madre semejante; pero ateniéndose á la fórmula de las esquelas de dar parte, la

anciana se olvidó de que tal mujer existía. Escogió para poder ver al niño una nodriza, á cuya casa iba cuando estaba segura de no encontrar á nadie; lo admiró, lo mimó, lo adoptó de corazón é hizo de él su idolo, ese último amor de las abuelas, que les sirve de pretexto para vivir unos cuantos años más con el fin de ver crecer á sus nietos...

Luego, cuando el vizconde fué un poco mayor y volvió á vivir con su padre y con su madre, como la condesa no podía renunciar á verlo, se hizo un convenio: cuando la abuela tiraba de la campanilla, Irma se escondía silenciosamente, humildemente, ó bien llevaban al niño á casa de su abuela; y mimado por aquellas dos madres, quería á la una tanto como á la otra, admirándose de percibir en las caricias

cierta voluntad de exclusión, de acaparamiento.

Athis, entregado por completo á sus versos, á su fama creciente, se contentaba con adorar á su Roberto, con hablar de él á todo el mundo, y con imaginar que el niño era sólo suyo. La ilusión no duró mucho.

—Quisiera verte casado... — le dijo un día su madre.

—Sí... pero el niño...

—No tengas cuidado. He descubierto para ti una joven noble, pobre, que te adora. He hecho que conozca á Roberto, y ya son amigos antiguos. Además, el primer año tendré yo al niño conmigo, y después ya veremos.

—¿Y esa... esa mujer?—se atrevió á decir el poeta ruborizándose un poco, porque era la primera vez

que hablaba de Irma delante de su madre.

—¡Bah!—respondió la anciana —le daremos una buena dote, y estoy segura que encontrará con quien casarse. Los burgueses de París no son supersticiosos.

Aquella misma noche, Athis, que no había estado nunca muy enamorado de su querida, le habló de aquellos arreglos, y la encontró, como siempre, sumisa y obediente. Pero al otro día, cuando volvió á su casa, la madre y el niño se habían marchado. Acabaron por encontrarlos en casa del padre de Irma, en una horrible cabaña, en el hosque de Rambouillet; y cuando el poeta llegó, su hijo, su heredero, vestido de terciopelo y encaje, en las rodillas del viejo cazador, jugaba con su pipa, corría detrás de las

gallinas, satisfecho de hacer volar sus rizos rubios al aire libre.

Athis, aunque muy conmovido, quiso fingir que se reía, y trató de llevarse á los fugitivos. Pero Irma lo entendió de otra manera. La echaban de la casa, y ella se llevaba á su hijo. ¿Había algo más natural?... Fué menester nada menos que la promesa del poeta de que no se casaría, para que se decidiera á irse con él, y así y todo impuso condiciones. Habían olvidado demasiado que era ella la madre de Roberto. Ocultarse siempre, desaparecer cuando la condesa llamaba, aquella vida no era posible. El niño había crecido demasiado ya, para que se le expusiera á esas humillaciones delante de él. Se convino en que, puesto que la condesa no quería encontrarse con la querida de su

hijo, no iría á casa de ésta, y le llevarían el niño todos los días á la suya.

Entonces empezó para la abuela un verdadero suplicio. Todos los días había pretextos para no mandarle el niño. Roberto tenía tos, hacía frío, llovía. Otras veces era el paseo, la equitación, la gimnasia. Ya no veía casi á su nieto la pobre anciana. Al principio quiso quejarse á Athis; pero sólo las mujeres conocen el secreto de sus guerrillas. Sus ardides se ocultan como los puntos escondidos que sujetan los volantes y los encajes de sus vestidos. El poeta no era capaz de ver nada, y la pobre abuela pasaba la vida esperando la visita de su nieto, esperando en la calle cuando salía con un criado, y con sus besos furtivos, sus miradas presurosas, aumentaba su

cariño maternal sin poder nunca verlo satisfecho.

Entre tanto, Irma Sallé—siempre con ayuda del niño—iba ganando terreno en el corazón del padre. Ahora estaba al frente de la casa, recibía, daba reuniones, se instalaba como mujer que no piensa en marcharse. Cuidaba, sin embargo, de decir de cuando en cuando delante de su padre: ¿Te acuerdas de las gallinas del abuelo? ¿Quieres que vayamos á verlas? Y con esa eterna amenaza de marcharse preparaba la instalación definitiva del matrimonio.

Necesitó cinco años para hacerse condesa; pero al fin lo fué... Un día el poeta fué temblando á anunciar á su madre que estaba decidido á casarse con su querida; y la pobre señora, en lugar de indignarse,

acogió aquella calamidad como una dicha, sin ver más que una cosa en la boda: la posibilidad de ir á casa de su hijo y de amar libremente á Roberto. El hecho es que la verdadera luna de miel fué para la abuela. Athis, después de su calaverada, quiso alejarse un poco tiempo de París. Encontrábase á disgusto; como el chiquillo, colgado á las faldas de su madre, mandaba en todos, fueron á pasar una temporada al pueblo de Irma, al lado de las gallinas del tío Sallé. Era aquella la cosa más curiosa, más disparatada que se puede imaginar. La condesa y el cazador se encontraban todas las noches á la hora de acostar al niño. El viejo cazador con su pedacillo de pipa ennegrecida en la boca, la anciana dama de la corte con sus cabellos empolvados y su respeta-

ble aspecto de gran señora, contemplaban juntos á aquel niño hermoso que se tiraba á sus pies en las alfombras, y que tanto admiraban uno y otro. Una le llevaba de París todos los juguetes nuevos, los más bonitos, los más caros; el otro le hacía pitos magníficos con pedazos de caña, y, ¡caramba! el heredero dudaba qué preferir.

En resumen: entre todos aquellos seres agrupados como á la fuerza alrededor de una cuna, el único verdaderamente desgraciado era Carlos de Athis. Su aspiración elegante y de buen tono se resentía de aquella vida en medio del bosque, como esas parisienses delicadas para quienes el cuerpo tiene demasiado aire y demasiada savia. Ya no trabajaba, y lejos de aquel París que tan pronto olvida á los ausentes, sentía

que casi no se acordaban de él... Afortunadamente el niño estaba allí, y cuando el niño sonreía, el padre ya no pensaba ni en sus éxitos de poeta ni en el pasado de Irma Sallé. Y ahora, ¿queréis saber el desenlace de ese drama singular? Pues leed la esquelita con orla de luto que he recibido hace pocos días, y que es como la última hoja de esa aventura parisiense:

Los condes de Athis tienen el pesar de participar á V. la muerte de su hijo Roberto.

¡Infelices! ¿No os parece estar viéndolos á los cuatro, mirándose uno á otro, al lado de aquella cuna vacía?...

FIN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
Semblanza de Eugenio Moutón (Merinos).....	5
<i>El Gallo del campanario</i> , por Eugenio Moutón (Merinos).....	41
<i>La Criadita</i> , por Catulo Mendes.....	77
<i>Sganarelle</i> , por Teodoro de Banville.....	91
<i>La Obra maestra del crimen</i> , por Juan Richepín.....	105
<i>Los Generales y el Muyik</i> , por Chchedrine.....	145
<i>La Partida de Chaquete</i> , por Próspero Merimée.....	167
<i>El Ayuno</i> , por Emilio Zola.....	209
<i>Christel</i> , por Sainte-Beuve.....	225
<i>El Pan bendito</i> , por Francisco Coppée.....	265
<i>Una condesa</i> , por Alfonso Daudet....	279

COLECCIÓN DE LIBROS ESCOGIDOS

à tres pesetas tomo.

- 1.—LA SONATA DE KREUTZER, por Tolstoy.
- 2.—EL CABECILLA, por Barbey d'Aurevilly.
- 3.—MARIDO Y MUJER, por Tolstoy.
- 4.—RECUERDOS DE MI VIDA, por Wagner.
- 5.—DOS GENERACIONES, por Tolstoy.
- 6.—QUEBRADA, por Goncourt.
- 7.—EL AHORCADO, por Tolstoy.
- 8.—HUMO, por Turguenef.
- 9.—LAS VELADAS DE MEDAN, por Zola.
- 10.—EL PRÍNCIPE NEHLI, por Tolstoy.
- 11.—RENATA MAUPERIN, por Goncourt.
- 12.—EL DANDISMO, por Barbey d'Aurevilly.
- 13 y 14.—JACK, por Daudet.
- 15.—EN EL CÁUCASO, por Tolstoy.
- 16.—NIDO DE HIDALGOS, por Turguenef.
- 17.—ESTUDIOS LITERARIOS, por Zola.
- 18.—MISS ROVEL, por Cherbuliez.
- 19.—MI INFANCIA Y MI JUVENTUD, por Renán.
- 20.—LA MUERTE, por Tolstoy.
- 21.—GERMINIA LACRETEUX, por Goncourt.
- 22.—LA EVANGELISTA, por Daudet.
- 23.—LA NOVELA EXPERIMENTAL, por Zola.
- 24.—UN CORAZÓN SENCILLO, por Flaubert.
- 25.—EL JUDIO, por Turguenef.
- 26.—LA TEMA DE JUAN TOZUDO, por Cherbuliez.
- 27.—MIS MEMORIAS, por Stuart Mill.
- 28 y 29.—ESTUDIOS JURÍDICOS, por Macaulay.
- 30.—MIS ODIOS, por Zola.
- 31.—LA CASA DE LOS MUERTOS, por Dostoyuski.
- 32.—NUEVOS ESTUDIOS LITERARIOS, por Zola.
- 33.—LA NOVELA DEL PRESIDIO, por Dostoyuski.
- 34.—EL SITIO DE SEBASTOPOL, por Tolstoy.
- 35.—ESTUDIOS CRÍTICOS, por Zola.

- 36 y 37.—HISTORIA DE AMÉRICA, por Campe.
- 38.—EL SITIO DE PARÍS, por Daudet.
- 39.—MARTÍN ALONSO PINZÓN, por José María Asensio.
- 40.—AMORES FRÁGILES, por Cherbuliez.
- 41.—MEMORIAS DE ENRIQUE HEINE.
- 42.—ESTUDIOS DE ANTROPOLOGÍA CRIMINAL, por E. Ferri.
- 43.—CASA DE MUÑECA, por Enrique Ibsen.
- 44.—LA ELISA, por E. Goncourt.
- 45.—ANTROPOLOGÍA Y PSIQUIATRÍA, por Lombroso.
- 46.—NOVELAS DEL LUNES, por Alfonso Daudet.
- 47.—EL REY LEAR DE LA ESTEPA, por Turguenef.
- 48.—LOS COSACOS, por el Conde León Tolstoy.
- 49.—TRES MUJERES, por Sainte-Beuve.
- 50 y 51.—EL NATURALISMO EN EL TEATRO, por Zola.
- 52.—IVÁN EL IMBÉCIL, por Tolstoy.
- 53.—LOS APARECIDOS Y HEDDA GABLER, por Ibsen.
- 54.—EUGENIA GRANDET, por H. Balzac.
- 55.—RAMILLETE DE CUENTOS, por varios autores.
- 56 y 57.—MEMORIAS ÍNTIMAS, por Ernesto Renán.
- 58.—EL PESIMISMO EN EL SIGLO XIX, por E. Caro.
- 59.—CARTAS DE MI MOLINO, por Alfonso Daudet.
- 60.—UN DESPERADO, por Iván Turguenef.
- 61.—LA FAUSTIN, por E. de Goncourt.
- 62.—PAPÁ GORIOT, por H. de Balzac.
- 63.—EL CANTO DEL CISNE, por Tolstoy.
- 64.—UN IDILIO DURANTE EL SITIO, por Francisco Coppée.
- 65.—EL SUICIDIO Y LA CIVILIZACIÓN, por E. Caro.
- 66.—FILOSOFÍA DEL ARTE (La pintura en Italia).
- 67 y 68.—LOS NOVELISTAS NATURALISTAS, por Zola.
- 69.—TERNEZAS Y FLORES.—AYES DEL ALMA.—FÁBULAS, por Campoamor (tomo I de sus obras completas).
- 70.—SALONES CÉLEBRES, por Sofía Gay.
- 71.—EL CAMINO DE LA VIDA, por Tolstoy.
- 72.—EL HIPNOTISMO, por Lombroso.
- 73.—NUEVOS ESTUDIOS DE ANTROPOLOGÍA CRIMINAL, por Lombroso.
- 74.—LA PINTURA EN LOS PAÍSES BAJOS, por Taine.
- 75.—PLACERES VICIOSOS, por Tolstoy.
- 76.—URSULA MIROUET, por Balzac.
- 77.—EL DINERO Y EL TRABAJO, por Tolstoy.
- 78.—ESTUDIOS ESCOGIDOS, por Arturo Schopenhauer.

- 79.—DOLORAS, CANTARES Y HUMORADAS, por Campoamor (tomo II de sus obras completas).
- 80.—PRIMER AMOR, por Turguenef.
- 81.—EL TRABAJO, por Tolstoy.
- 82.—TESORO DE CUENTOS, por varios autores.
- 83.—APLICACIONES JUDICIALES Y MÉDICAS, por César Lombroso.
- 84.—LA PERLA NEGRA, por V. Sardou.
- 85.—MI CONFESIÓN, por Tolstoy.
- 86 y 87.—EL DOCTOR PASCUAL, por E. Zola.
- 88.—LA CONQUISTA DEL PAN, por Kropotkin.
- 89.—AGUAS PRIMAVERALES, por Turguenef.
- 90.—LOS HAMBRIENTOS, por Tolstoy.
- 91.—PAULA MERE, por Cherbuliez.
- 92.—OBRAS COMPLETAS, de Augusto Ferrán.
- 93.—META HOLDENIS, por Cherbuliez.
- 94.—¿QUE HACER? por Tolstoy.
- 95.—LO QUE DEBE HACERSE, por Tolstoy.
- 96.—EL ARTE EN GRECIA, por Taine.
- 97.—BAJO LAS BOMBAS PRUSIANAS (el sitio de París), por Teófilo Gautier.
- 98.—DEMETRIO RUDÍN, por Turguenef.
- 99.—LA VIDA DICHOSA, por Lubbock.
- 100.—TARTARIN EN LOS ALPES, por Daudet.
- 101.—EL IDEAL EN EL ARTE, por Taine.
- 102.—COSTUMBRES LITERARIAS, por Caro.
- 103.—VIAJE A ITALIA, NÁPOLES, por Taine.
- 104 y 105.—VIAJE A ITALIA, ROMA, por Taine.
- 106.—VIAJE A ITALIA, FLORENCIA, por Taine.
- 107.—VIAJE A ITALIA, VENECIA, por Taine.
- 108.—VIAJE A ITALIA, MILÁN, por Taine.
- 109.—ESTUDIOS PENALES Y SOCIALES, por Tarde.
- 110.—VENGANZA DE UNA MUJER, por Barbey d'Aurevilly.
- 111.—CÉSAR BIROTTEAU, por Balzac.
- 112.—LA QUIEBRA DE CÉSAR BIROTTEAU, por Balzac.
- 113.—MI INFANCIA, por Tolstoy.
- 114.—LA CRÍTICA EN LA ACTUALIDAD, por Mateo Arnold.
- 115.—FISIOLOGÍA DE LA GUERRA (NAPOLEÓN Y LA CAMPAÑA DE RUSIA) por Tolstoy.
- 116.—CUENTOS ESCOGIDOS, por varios autores.

VIDAS DE PERSONAJES ILUSTRES

Jorge Sand, por E. Zola.....	1 pts.
Victor Hugo, por id.....	1 »
Balzac, por id.....	1 »
Daudet, por id.....	1 »
Sardou, por id.....	1 »
Dumas (hijo), por id.....	1 »
Flaubert, por id.....	1 »
Chateaubriand, por id.....	1 »
Goncourt, por id.....	1 »
Musset, por id.....	1 »
El P. Coloma, por E. Pardo Bazán.....	2 »
Núñez de Arce, por M. Menéndez y Pelayo.....	1 »
Ventura de la Vega, por Valera.....	1 »
Gautier, por Zola.....	1 »
Hartzenbusch, por A. Fernández-Guerra.....	1 »
Cánovas, por Campoamor.....	1 »
Alarcón, por E. Pardo Bazán.....	1 »
Zorrilla, por I. Fernández Flórez.....	1 »
Stendhal, por E. Zola.....	1 »
Martínez de la Rosa, por M. Menéndez y Pelayo.....	1 »
Ayala, por Jacinto Octavio Picón.....	1 »
Tamayo, por I. Fernández Flórez.....	1 »
Trueba, por Becerro de Bengoa.....	1 »
Lord Macaulay, por Gladstone.....	1 »
Sainte-Beuve, por Zola.....	1 »
Concepción Arenal, por P. Dorado.....	1 »
Enrique Heine, por Gautier.....	1 »
Ibsen, por L. Passarge.....	1 »
Taine, por Bourget.....	0,50
Bretón de los Herreros, por el marqués de Molins.....	1 »
Campoamor, por E. Pardo Bazán.....	1 »
Fernán-Caballero, por Asensio.....	1 »
Zola, por Maupassant y Alexis.....	1 »
Eugenio Mouton (<i>Merinos</i>), por Gastón Bergeret.....	1 »

Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia.

- La Nueva Ciencia Jurídica*, por varios autores, dos grandes volúmenes con grabados, 15 pesetas.
- La Génesis y la evolución del Derecho civil*, por D'Aguianno, 15 pesetas.
- La Criminología*, por Garofalo, 10 pesetas.
- Indemnización á las víctimas del delito*, por Garofalo, 4 pesetas.
- Derecho administrativo*, por Meyer y Posada, dos volúmenes, 10 pesetas.
- La Justicia*, por Spencer, 7 pesetas.
- La Moral*, por Spencer, 7 pesetas.
- La Beneficencia*, por Spencer, 6 pesetas.
- Las Instituciones eclesiásticas*, por Spencer, 6 pesetas.
- Derecho internacional público*, por Neumann, 6 pesetas.
- Derecho internacional privado*, por Asser y Rivier, 6 pesetas.
- Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*, por Federico Engels, 6 pesetas.
- Novísimo concepto del Derecho*, por A. Fouillée, 7 pesetas.
- Las Transformaciones del Derecho*, por Tarde, 6 pesetas.
- El Duelo y el delito político*, por Tarde, 3 pesetas.
- La Criminalidad comparada*, por Tarde, 3 pesetas.
- Estudios penales y sociales*, por Tarde, 3 pesetas.
- Antropología y psiquiatría*, por Lombroso, 3 pesetas.
- El Hipnotismo*, por Lombroso, 3 pesetas.
- Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal*, por Lombroso, 3 pesetas.
- Antropología criminal*, por Ferry, 3 pesetas.
- Nuevos estudios de antropología criminal*, por Ferry, 3 pesetas.

- El Visitador del preso*, por C. Arenal, 3 pesetas.
- El Derecho de gracia*, por C. Arenal, 3 pesetas.
- El Delito colectivo*, por C. Arenal, 1,50 pesetas.
- Estudios jurídicos*, por Macaulay, dos tomos, 6 pesetas.
- La Pena de muerte*, por Carnevale, 3 pesetas.
- La Casa de los muertos (La cárcel)*, por Dostoyuski, 3 pesetas.
- La Novela del presidio (La vida penal)*, por Dostoyuski, 3 pesetas.
- El Suicidio y la civilización*, por Caro, 3 pesetas.
- Mi infancia y mi juventud*, por Renán, 3 pesetas.
- Memorias íntimas*, por Renán, dos tomos, 6 pesetas.
- Mis memorias*, por Stuart Mill, 3 pesetas.
- El Pesimismo en el siglo XIX*: Leopardi, Schopenhauer Hartman, por Caro, 3 pesetas.
- Filosofía del arte*, por Taine, 3 pesetas.
- La Pintura en los Países Bajos*, por Taine, 3 pesetas.
- El Arte en Grecia*, por Taine, 3 pesetas.
- El Ideal en el arte*, por Taine, 3 pesetas.
- Viaje á Italia*, por Taine, seis tomos, 18 pesetas.
- ¿Qué hacer?*, por Tolstoy, 3 pesetas.
- Lo que debe hacerse*, por Tolstoy, 3 pesetas.
- Los Hambrientos*, por Tolstoy, 3 pesetas.
- Mi confesión*, por Tolstoy, 3 pesetas.
- El Trabajo*, por Tolstoy, 3 pesetas.
- El Dinero y el trabajo*, por Tolstoy, 3 pesetas.
- Placeres viciosos*, por Tolstoy, 3 pesetas.
- Fisiología de la guerra*, por Tolstoy, 3 pesetas.
- La Vida dichosa*, por Lubbock, 3 pesetas.
- La Conquista del pan*, por Kropotkin, 3 pesetas.
- Estudios escogidos*, por Schopenhauer, 3 pesetas.
- Pinzón*, por Asensio, 3 pesetas.
- Historia de América*, por Campe, dos tomos, 6 pesetas.

NOVELAS Y CAPRICHOS

Precioso libro que contiene lo siguiente:

Sopas de ajo (cuento), por el **Doctor Thebussem**.—El collar de perlas (cuento), por **Manuel del Palacio**.—Virtudes premiadas (novela), por **J. Octavio Picón**.—El poder de la ilusión (poema), por **Ramón de Campoamor**.—El mechón blanco (cuento), por **Emilia Pardo Bazán**.—Tisis poética (leyenda), por **José Zorrilla**.—Chucho (cuento), por **A. Palacio Valdés**.—La risa del payaso (cuento), por **Emilio Ferrari**.—El novenario de ánimas (cuento), por **Narciso Oller**.—Placidez (cuento), por **Eugenio Selles**.—La condesa de Palenzuela (cuento), por **Antonio de Valbuena**.

GRABADOS

Historias mudas.—Tomando el baño, Destreza de un bombero, Se paró el carro, El tigre y la suegra, Serenata romántico-naturalista, Dicha breve, De la novia a la suegra, Culpa y castigo, El fotógrafo, El que mucho abarca, Cambio de sacos, El perrillo amaestrado, Sueño interrumpido, El telescopio, En el circo, El pescador inglés, Desequilibrio, El viajero, Quien con perros se mete, El perrillo juguetero.

Autógrafos.—Del P. Luis Coloma, Ayala, Alarcón, Núñez de Arce, Hartzenbusch, Ventura Ruiz Aguilera, Zapata, Fernández y González, Selgas.

Retratos.—De Juan Eugenio Hartzenbusch, Núñez de Arce, P. Luis Coloma, Ventura de la Vega, Avellaneda, Wagner, Fernán-Caballero y Tolstoy.

Caricaturas.—Napoleón I en Austerlitz y en Waterloo, Napoleón III, Federico el Grande, Ricardo Wagner, Listz, Wagner y Bülow, Ricardo Wagner en «El anillo de los Nibelungos».

Sombras.—Bismarck, Crispi.

Grabados sueltos.—Transformación de una cafetera, Estudio de Fernán-Caballero, Un descanso, Un niño artista, Teatro de Bayreuth, Retrato de familia, Wagner llevando la batuta, El Mesías de los judíos, Caricatura.

Este precioso libro ha sido unánimemente ensalzado por la prensa de ambos mundos, y es por su tamaño, lectura y los 300 grabados que contiene, sumamente barato.

Difícil, si no imposible, sería encontrar otro más ameno y bonito en lengua castellana.

Precio: tres pesetas.

DERECHO ADMINISTRATIVO

LA ADMINISTRACIÓN

Y LA

ORGANIZACIÓN ADMINISTRATIVA

en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria

POR

J. MEYER

Este libro, de tanto interés para los abogados y políticos, ha sido esmeradamente impreso en buen papel, y forma un grueso volumen que se vende á cinco pesetas en las principales librerías.

TOMO SEGUNDO Y ÚLTIMO

La Administración política y la Administración social

EXPOSICIÓN CRÍTICA

DE LAS TEORÍAS Y LEGISLACIONES ADMINISTRATIVAS

MODERNAS MÁS IMPORTANTES

POR

ADOLFO POSADA

profesor de Derecho político y administrativo
en la Universidad de Oviedo.

Esta obra constituye el necesario complemento de la de Meyer y Posada sobre Organización administrativa.

Forma un hermoso volumen de quinientas páginas.—Cinco pesetas en las principales librerías.

LA CRIMINOLOGÍA

ESTUDIO SOBRE EL DELITO.
Y SOBRE LA TEORÍA DE LA REPRESIÓN

POR

R. GAROFALO

Profesor de Derecho penal en la Universidad de Nápoles, Presidente del Tribunal civil de Pisa, con un apéndice sobre «Los Términos del problema penal», por Luis Carelli.—Única edición española con multitud de adiciones y reformas hechas por su autor, y no comprendidas en las ediciones italianas.—Traducción por

PEDRO DORADO MONTERO

Catedrático de Derecho penal en la Universidad de Salamanca: Precio, diez pesetas.

INDEMNIZACIÓN

Á LAS

VÍCTIMAS DEL DELITO

POR

R. GAROFALO

profesor de Derecho penal en la Universidad de Nápoles
y Magistrado de Audiencia

TRADUCCIÓN Y ESTUDIO CRÍTICO

POR

P. DORADO MONTERO

Catedrático de Derecho penal en la Universidad de Salamanca.

Segunda parte de *La Criminología*.

Se vende al precio de Cuatro pesetas en las principales librerías.

LA JUSTICIA

POR

H. SPENCER

Un volumen grande, siete pesetas.

LAS INSTITUCIONES ECLESIASTICAS

POR

H. SPENCER

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS, PRÓLOGO Y NOTAS

POR

ADOLFO POSADA

Catedrático de Derecho en la Universidad de Oviedo.

Un volumen grande, seis pesetas.

LAS TRANSFORMACIONES DEL DERECHO

POR

G. TARDE

Estudio preliminar, traducción y 120 notas por

ADOLFO POSADA

Catedrático de Derecho en la Universidad de Oviedo.

Precio, seis pesetas.

DERECHO INTERNACIONAL PÚBLICO

POR

L. VON NEUMANN

Estudio preliminar, traducción del alemán y notas de

A. SELA

Catedrático de esta asignatura en la Universidad de Oviedo.

Un volumen grande, seis pesetas.

DERECHO INTERNACIONAL PRIVADO

POR

T. M. C. ASSER Y A. RIVIER

ESTUDIO PRELIMINAR, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

JOAQUIN FERNANDEZ PRIDA

*Catedrático de esta asignatura en la Universidad
de Sevilla.*

Un volumen grande, seis pesetas.

DERECHO PENAL

POR

A. MERKEL

Estudio preliminar, traducción del alemán y notas de

JERÓNIMO VIDA

Catedrático de Derecho en la Universidad de Granada.

De venta en las principales librerías.

DERECHO POLÍTICO FILOSÓFICO

POR

LUIS GUMPOWICZ

Profesor de ciencias políticas en la Universidad de Gratz (Austria).

TRADUCCIÓN PRÓLOGO Y NOTAS POR

PEDRO DORADO MONTERO

Profesor en la Universidad de Salamanca.

